

NORMAN BETHUNE:
UN CIRUJANO EN LAS REVOLUCIONES

Eduardo Monteverde

ENERO 2016.

© Eduardo Monteverde

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez, Óscar de Pablo y Ezra Alcázar.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

A Rolf Meiners- Guadalajara, Jalisco 1939 - México DF, 2015.

*Médico revolucionario en las ideas,
guerrillero en la acción, preso político.*

In memoriam

*Agradecimientos: Participaron Fernanda de la Cueva y
Paco Ignacio Taibo II, con la paciencia de las Moiras, el
escudo de Medusa, el telar de Penélope, y la infinitud, si
es que existe, del Infinito.*

Gangrena, el fantasma de los médicos, la devoradora de los pacientes, el enemigo de todos, la peste de los combates. Gangrena, ya descrita en el siglo V a.c. en el *Corpus Hipocraticum*, como el principio de la muerte que se anuncia en los tejidos que fueran sanos, la primera dentellada a la que seguirá el *esfacelo*, esa descamación pútrida de la piel, de los músculos, los huesos y hasta el cerebro. Necrosis, la muerte que viste de negro al cadáver. “Heridas de bordes cuarteados, coronadas de gangrena negra”.

Así describió en un poema la muerte, el cirujano Norman Bethune, que falleció de gangrena en el escenario quirúrgico de la invasión de Japón a China. Año 1939, en el bando comunista del Octavo Ejército de Ruta. El hombre curtido a la intemperie muere en un hospital aldeano de campaña. Hay algo de paradoja en este cirujano forjado entre las paredes de los quirófanos, en los humores de auditorios a reventar de obreros con el vapor de los overoles. Una voz grave que modulaba con encono el malestar de los trabajadores, el proletariado al margen de toda suerte de salud. Gente a quienes los médicos curaban, tan sólo para continuar como engranes en la maquinaria de las faenas.

Lo había visto en su país: Vértebras maltrechas, pulmones colapsados o con cavernas, huesos rotos, astillas en los ojos, hígados de piedra por el alcohol en la miseria de los obreros de Canadá, que entraba a la industrialización

————— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**
feroz al principio del siglo XX, sin una medicina digna para el pueblo.

Septicemia, otro enemigo de Norman Bethune que también lo vence. Del griego *septos*, pútrido, y *hema*, sangre, la infección que invade todo el cuerpo y lleva toxinas de los microbios desde los pies, corazón y cerebro. Mata sin piedad. Los microbios no tienen conciencia.

El doctor Bethune las conocía, era un experto en los estragos de los males, sobre todo en los sufridos por los pobres. Sabía que la tuberculosis no era lo mismo en un magnate que en un albañil. Él enfermó de tuberculosis, ese médico con la fama de bebedor prolijo, temperamental, poeta, dibujante. Seductor, acaparaba las tertulias, atraía por igual celos, envidias y asombros. Sólo tenía un blindaje, el de su preparación excelente en la medicina que opacaba los ataques de sus detractores. Esta virtud iba acompañada de su convicción por el socialismo como el mejor vehículo de la salud. Lo aprendió en la Unión Soviética. Lo ejerció en la Guerra de España, lo continuó en China. Ya había estado en otra guerra, en la Gran Guerra como camillero. Sus enemigos; la gangrena, la septicemia, el capitalismo y el fascismo.

El fervor por lo abrupto

Montañas de Canadá, 1911, un joven interrumpe sus estudios en las ciencias duras de la fisiología y la bioquímica para ir a trabajar como leñador en el norte de Ontario. Es parte del Frontier College, un cuerpo de pioneros escola-

rizados que se propone alfabetizar en territorio inhóspito. El nombre de fronterizo no se refería tan sólo a las lejanías. Las fronteras también eran los límites para aquellos que habían quedado atrás, la retaguardia de la civilización: campesinos, granjeros, prófugos reos, mineros y leñadores, analfabetos. Los indios no contaban, hacía tiempo que estaban en reservaciones.

No había médicos en ese contingente. En la oscuridad de la montaña eran curanderos, médicos brujos, los guardianes de la salud. El joven Bethune mira con desdén el folclore de los remedios y la magia, la raquílica eficacia. Todavía no sabe de medicina, pero las ciencias duras le han dado otro poder, el de los razonamientos sobre la naturaleza, la física y la química que más tarde ejercerá como médico en los mejores hospitales del mundo. La medicina con las leyes de la materia en las causas y los efectos. En el futuro la medicina en las trincheras, en la Revolución.

A los veintiún años Bethune llegó con el Frontier College al montañoso Escudo Canadiense, *Canadian Shield*, cordillera formada en el precámbrico ígneo, cuatro mil millones de años atrás, rocas metamórficas, volcanes que se fueron cubriendo de selvas impenetrables de pinos y de jornaleros menesterosos, un paisaje alejado de la furia industrial del sur canadiense, de las universidades y de la medicina de vanguardia.

Allá fue para alejarse de su padre. Lo odiaba, ambos se odiaban, aunque el hijo llevaba siempre una fotografía del reverendo Malcolm Bethune, pastor presbiteriano de una generación de misionarios escoceses llegada a Canadá en el siglo XVIII. La mala relación paterna era

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

insólita en la congregación. Presbiteriano (del griego *prés-bites*, anciano) donde la congregación exige una regla de fidelidad absoluta para los mayores. Un día el reverendo le hizo comer inmundicias a Norman para que el muchacho de carácter rebelde se disciplinara bajo las normas de esta iglesia reformada.

Dice la conciencia presbiteriana: “Nadie se salva de la Ley de Dios, porque está escrita en el corazón de los hombres y es indescifrable por la razón. La observación de las leyes humanas que se escriben, no bastan para la salvación. Dios ha elegido a quienes serán salvados”. Dentro de estos estaba el doctor Norman Bethune, el predestinado.

Henry Norman Bethune nació el 3 de marzo de 1890 en el villorrio de Gravenhurst, en el noroeste de Ontario, fronterizo con los Grandes Lagos. Con las casas literalmente esculpidas en los bosques, estaba en tierra de indios acosados y hostiles, destinados a las reservaciones, leñadores y traficantes de pieles. El tatarabuelo emigró de Escocia y fue pionero de las primeras congregaciones presbiterianas en Canadá. El bisabuelo Angus Bethune recorrió del Atlántico al Pacífico a la caza de pieles e hizo fortuna como trampero. Explorador en Oregón con un gusto por lo agresivo y no muy administrador, descubrió en el horizonte que por alguna parte de ese océano estaban las fronteras con Asia, las tierras de Kublai Kahn, Marco Polo, los ingleses y las guerras de opio y conquistas, del interés por Estados Unidos en puertos de ultramar que lo llevaron a imaginar una gran compañía mercante, con flota de barcos, factorías y misioneros presbiterianos, que ya había. Se asoció con la Hudson Bay Company y fue un miembro poderoso. No se

cumplió el sueño de revolucionar los mercados ni imaginó que su bisnieto sí viajaría a China durante una Revolución. Una guerra que lo convertiría en héroe chino y canadiense. Canadá, un país precario en héroes, tendría al más pintoresco de sus paladines en una estatua de Bethune durante el gobierno de Mao Zedong, a cambio de un préstamo del capitalismo en dólares y en trigo.

A Norman le ponen el mismo nombre que a su abuelo, un médico notable con dos defectos, la afición para el alcohol y la incapacidad para el ahorro. Se especializó en Inglaterra en el Kings College de Londres y el Guy's Hospital, de excelente prestigio. A mediados del siglo XIX era ya un graduado del Real Colegio de Médicos. A su regreso al continente fundó la Escuela Superior de Medicina en Toronto.

Era decano cuando se decretó que sólo los anglicanos podían acceder a esa escuela. Presbiteriano en activo, renunció y la escuela fue cerrada. Regresó quince años después con la reapertura y la restitución de su cargo. Murió cuando Norman tenía dos años. Norman le atribuía al viejo su gusto por la medicina. ¿Qué tanto se recuerda a esa edad? La prestancia de la figura, el decoro del vestuario y la elegancia del andar, diría más tarde el cirujano, parafraseando a Oscar Wilde: "En la vida, es más importante el estilo que la sinceridad".

En la casa de Gravenhurst, con diez habitaciones, vivían sus padres, una hermana mayor, un hermano menor y el abuelo. Una vida sin sobresaltos en la que el padre preparaba los sermones y la madre, pianista, leía *La Biblia*. Elizabeth Goodwin era una mujer devota, inglesa

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

y presbiteriana. Misionera protestante en países exóticos, conoció a su marido en Hawaïi. En algún momento de su vida Malcom Nicols fue comerciante de piñas. En una de sus incursiones por esos mares conoció a la mujer. Su fe protestante se reforzó y regresó con su prometida a Canadá para profesar como pastor de tiempo completo. Se casaron con la condición de que dejara de beber, renegara de los bienes materiales y el dinero, para dedicarse en cuerpo y alma a la fe y a la evangelización. Ambos compartían el horror por el alcohol, que traería desavenencias con Norman, la oveja negra.

Gravenhurst, en el Distrito de Muskoka, en la rive-ra de los lagos Ontario y Georgia Bay. Paisajes del origen de la riqueza de su bisabuelo. Tierra de los ojibwa en los confines del Lago Superior, relegados desde mediados del siglo XIX en reservaciones, rebeldes a la asimilación europea, no fueron de particular interés para Bethune, excepto porque creció rodeado de nombres extraños, de entonación fascinante que cifraban montañas, lagos, bosques y gente. Un lenguaje ajeno al inglés, pero cotidiano, como más tarde lo sería el español y el chino en tierras, ahora sí, en verdad extrañas. Un lenguaje de nombres inteligibles sólo para los iniciados: Migwetch, Biwamanishnam, awasajiw, gichigami. Lenguaje no para cualquiera, como después fue el de la anatomía y la química: trascavidad de los epiplones, seno longitudinal superior, encrucijada biliopancreática, hilio pulmonar. Istmo de las fauces. El idioma aborigen no lo aprendió, pero sí gustaba del sonido. Tampoco aprendería chino ni español.

La muerte del abuelo fue una marca que lo seguirá a lo largo de su vida, en la lectura y en la vehemencia de las convicciones. Lo que recordaba del viejo Norman era el garbo, las lecturas de *La Biblia*. Lo imitaba. Cuando tenía ocho años llevó a su casa un ejemplar de *El origen de las especies*, del teólogo y naturalista Charles Darwin. La madre, preocupada por el contenido poco espiritual del libro, por las noches metía estampas y sentencias luteranas y bíblicas entre las páginas. Fue en vano, aunque la mujer murió antes de ver a su hijo convertido en un fervoroso ateo.

Fue también el inicio de la relación de amor y odio con su padre. No por el trabajo, sino por sus rasgos de independencia y travesuras. “Lo que importa es la captura y no tanto la mariposa”, le reñía a su hermano cuando incurcionaba por los bosques y montañas en su papel de niño entomólogo. Tenían que ser rescatados de los desfiladeros. A Norman lo salvó una vez su padre, con el riesgo de su vida, cuando estuvo a punto de ahogarse al cruzar a nado una bahía, con el único propósito de “atravesar”.

El trabajo era el nicho de las ideas presbiterianas donde el lema vivir para trabajar, a diferencia del trabajar para vivir de los católicos, era el sustento de las acciones. Una retórica de sacacorchos entre las dos visiones. Esta posición no estaba reñida con los placeres mundanos y el gusto por la naturaleza tan cuestionado en el catolicismo. Además, la salvación no estaba en la disciplina, sino en los designios de un Dios que juzgaba de antemano quién sería el elegido, fuera o no una persona moral. Para los presbiterianos la voluntad divina es insondable.

———— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

Entre lecturas y sudor de jornaleros Bethune creaba su mundo. A los diecisiete años concluyó el bachillerato en el pueblo de Owen Sound en 1917. La fundación fue a mediados del siglo XIX y ya en tiempos de Bethune, tenía fama de una ciudad que se industrializaba con fiereza, tanto que la taberna *El cubo de sangre*, era un emblema. No sólo para los rijosos, también para el futuro cirujano.

A los ocho años Norman ya anhelaba ser médico. Para tener un panorama más amplio, entró a la Universidad de Toronto a estudiar fisiología y bioquímica. Fueron estas bases acerca de la naturaleza de la materia, las que le dieron sus peculiares formas de racionalismo antes de volverse comunista con matices no muy racionales. Primero la materia y después la ideología, diría el inventor de artilugios quirúrgicos y de terapéuticas que nadie imaginó que podrían ser aplicadas en las revoluciones. La materia, sus leyes al principio y después la ética de la medicina, la pintura y la poesía en las que también sería un creador:

Y esta noche se asoma la misma pálida luna
Que cabalga tan serena, luminosa y lejana,
Espejo de nuestra mirada insomne
Se eleva sobre un impasible suelo canadiense

La piedad y el trabajo

Como siguiendo un clamor de la selva, suspende los estudios de la ciencia atraído por el crepitar de los árboles y los gruñidos de osos y leñadores. Allá va, a los confines de

Canadá. Será miembro del Frontier College, una escuela altruista fundada en 1899 por el pastor presbiteriano Alfred Fitzpatrick. Además de religiosa, era una congregación literaria y cultural para la educación informal de leñadores, mineros y obreros del ferrocarril. Se hizo, para evitar improvisaciones, con el aval académico de la Queen's University, en Ontario.

Al letrado Bethune no le bastaba con enseñar. Mientras la gente se congregara en torno a un trabajo, el lugar sería el adecuado para la enseñanza. Un método de larga tradición calvinista para hacer un mitin de cualquier reunión. La educación era un derecho para todos. Ser educado es un trabajo al igual que el de enseñar. Los misioneros del Frontier College no realizaban su tarea como una forma de salvación. Su parte laica responsabilizaba a los pobres de su propia precariedad. Esta filosofía la ejerció Bethune en China. Los pacientes importantes estarían entre los soldados heridos, en primer lugar. En el segundo los campesinos. La Revolución era lo relevante. La vida es el precio, la guerra el valor, pérdida y ganancia de la ética calvinista.

Lo que aprendió en el Frontier College lo aplicará más tarde a su conducta como médico en la izquierda: "La medicina es un comercio de lujo, tal y como la practicamos. Estamos vendiendo pan a precio de joyas. Que se nos deje tomar esa ganancia, la del poder económico, echarla a patadas de la medicina y purificar nuestra profesión del individualismo pernicioso. Que nos permitan decirle al pueblo no cuánto es lo que hemos ganado, sino preguntarle cuál es la mejor forma de servirlo".

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

Aún no era un converso al marxismo. Su filosofía económica era una mezcla del economista Adam Smith y del filósofo utilitarista John Stuart Mill. Aún más atrás, en las raíces de la Ilustración Escocesa con el presbiteriano David Hume, para quien en el medio de toda filosofía lo vital es el hombre.

Paisaje de la nación

Un par de años pasó el joven Bethune entre los parias de los bosques. Alfabetizaba trabajadores y de paso cobraba algunas monedas como leñador. Fueron sus primeras ampollas a la intemperie, los primeros roces con las lesiones de la piel que muchos años después acabarían por matarlo en China como médico insurgente. Canadá tiene una historia poco conocida en torno a la civilización que hoy domina, la europea, por supuesto. Una de sus acciones más fieras fue en contra, no sólo de los aborígenes, sino de los otros europeos, los católicos franceses pulverizados por los protestantes ingleses.

Hoy se expresa Canadá como uno de los países más prósperos y civilizados del planeta. Verdad a medias. La reputación aún no se recupera de las reservaciones indias y los internados para niños de las etnias, en los que se procedía a la blanchura de los indios con la prohibición de las lenguas autóctonas.

Los primeros colonizadores, fuera del pequeño y efímero contacto de los vikingos al comienzo del siglo XI en

lo que hoy es Labrador, son los ingleses. El veneciano Juan Caboto al servicio del rey Enrique VII en 1498, buscaba un paso por el norte del nuevo continente para alcanzar las Islas de la Especiería. Ya había dudas de que Las Antillas fueran Las Indias. Es el inicio de la pesadilla española por las tierras del Nuevo Mundo. España, obsesionada por el espejismo del oro, católica e inquisitorial, despreció los paisajes en el Atlántico Norte, donde se necesitaba más trabajo manual que orfebrería. Todavía hoy se exalta la pereza americana en la canción popular española del grupo vizcaíno Mocedades, *La otra España* que “es la perezosa, la de piel dorada, la marinera”, tan desvalida y desdeñada, haragana, de epidermis con destellos y vagabunda. Poca cosa para la corona de Castilla y Aragón, Habsburgo y Borbones y sucesores.

De Vizcaya salió la segunda banda de europeos. Los balleneros vascos de principios del siglo XVI. Permanecieron dos siglos hasta que acabaron con las ballenas en las costas de Labrador. Serían los cuáqueros los que reiniciarían el comercio, afincados en Estados Unidos.

Los ancestros de Bethune estaban por llegar. En 1534 cuando España dominaba con los virreinos de Nueva España y del Perú, iluminados por la inmensidad del oro y de la plata, el bretón Jacques Cartier llegaba al Golfo de San Lorenzo y al río San Lorenzo a la búsqueda del Paso del Noroeste que comunicara el Atlántico y el Pacífico septentrional con las Islas de la Especiería, que las plantas compitieran con los metales preciosos. Encontró otra fuente millonaria: el comercio de las pieles. Riqueza que favoreció al bisabuelo de Bethune cuando echaron y masa-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

craron más tarde a los franceses que se quedaron a colonizar. Este tráfico no requería de esclavos, por eso los negros no llegaron a Canadá, así nombrado por Cartier, que tomó esa palabra del algonquino, que significa aldea. Las tierras fértiles fueron el botín de emigrantes europeos dispuestos a labrar y a cazar con sus propias manos, a comerciar con los indios y en esto los protestantes ingleses fueron más hábiles que los católicos franceses. Diez años antes de Cartier, Giovanni da Verrazano, florentino a las órdenes del francés Francisco I puso el pie en lo que hoy es Nueva York y más tarde en Terranova. La diferencia de estos exploradores es que Cartier, además de bautizar la nueva tierra, lo primero que hizo al desembarcar fue plantar una cruz a la usanza colombina y dar inicio al virreinato de la Nueva Francia, siguiendo el ejemplo español. Los protestantes ingleses le darían sepultura a los católicos con todo y sus emblemas, con una buena cuota de sangre.

A principios del siglo XVIII Francia era dueña de un territorio que iba de la Bahía de Hudson y la isla de Terranova, hasta Nueva Orleans, por la cuenca del Mississippi. Decenas de lenguas, del inuit aleutiano al siux y al cherokee. El tránsito de los Habsburgo a los Borbones en España, desgasta en guerras y deudas con banqueros alemanes el dinero de la Corona. Francia y España son controladas por la política inglesa. Los españoles empiezan a perder colonias, reinos en Italia que pasan al Sacro Imperio Germánico. Inglaterra, que ya había explorado Canadá y tenía asentamientos, se queda con tierras francesas en la Bahía de Hudson, con el tratado de Utrecht de 1713. El naciente capitalismo español había quedado en aprietos con

la independencia de los Países Bajos en la Guerra de los Ochenta Años. Es el declive de la influencia del Vaticano en Europa Central el surgimiento del poder comercial de los protestantes y del poderío bélico de Inglaterra.

Las repercusiones de los conflictos europeos golpean a la América del Norte. Inglaterra trata de expandirse más allá de la cordillera de los Apalaches, en territorio de la Nueva Francia que ahora se llama Luisiana en homenaje a Luis XIV. Franceses y aborígenes se unen para evitar la invasión. A Inglaterra no le bastaban las Trece Colonias en la costa del este. El capital, la nueva burguesía y los primeros pasos de lo que sería la Revolución Industrial, necesitaban nuevos horizontes más allá de la cordillera aislante.

Los ojibwa, del territorio donde se asentaría la dinastía Bethune, se unen a una decena de grupos nativos en alianza con los franceses que les enseñan algo del arte de la guerra, de la pólvora y las emboscadas. No fueron suficientes los Siete Años que duró la guerra. Ganaron los ingleses. Se perdió la Alta Luisiana con sus grandes lagos y los indios. La región fue establecida como Reserva India. El resto del territorio Inglaterra lo cedió provisionalmente a España, como parte del Virreinato de la Nueva España, a cambio de La Florida.

Establecer la Reserva India fue un acto benévolo del rey Jorge III que terminó en un holocausto silencioso. Las tierras al este del Mississippi bajo el control de los franceses, se inundaron con esclavos de África y de las Antillas en un genocidio del que aún resuenan los ecos.

Poco antes de la Guerra de Los Siete Años, los ingleses arremetieron contra los franceses que se habían esta-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

blecido en Acadia, Nueva Escocia desde principios del siglo XVI, limpieza étnica de europeos contra europeos. Los franceses se negaron a firmar un convenio con la Corona inglesa por no traicionar su fe católica. Familias enteras fueron aniquiladas. Se inició una procesión de emigrantes abatidos, miserables y acosados en el camino por truhanes, soldados e indios. Se fueron colocando al sur de Luisiana y formaron la zona cajun, criolla, mestiza y negra. Entre manglares, pantanos y cocodrilos, se fusionaron con la población española, caribeña y africana. De los Apalaches a la desembocadura del Mississippi está la creación de la zona de la cultura popular más notable de Estados Unidos, con la contribución de los miserables irlandeses: la música que acompañará a las insurrecciones de Estados Unidos y Canadá, el banjo de Pete Seeger en la Guerra de España.

Bethune es un apellido francés. No obstante el patriarca John Bethune, pacifista y presbiteriano, participa en las refriegas contra indios y franceses, cuando Canadá comenzaba a civilizarse a la europea. Norman Bethune, por su lado, el más joven y notable de la dinastía, irá a Francia como camillero para defender a los franceses de los alemanes.

Hay vestigios del apellido Bethune en Escocia desde el siglo VIII, antes de las invasiones vikingas y normandas. Al norte de Francia se encuentra la ciudad de Bethune, nombre quizás derivado de Bitinia, una guarnición romana, o de algún viajero de la bíblica Betania en Medio Oriente.

Los pioneros Bethune en Escocia eran católicos, tal vez mercenarios, hombres de armas al servicio de los caudillos escoceses. Se vuelven terratenientes, comercian-

tes de lana y emigran a Canadá en el siglo XVIII. John Bethune, tatarabuelo del héroe médico de las revoluciones, fue capellán del 84 Regimiento de Infantería, formado por emigrantes leales al rey de Inglaterra. No sólo era predicador y aliento para las tropas. Era un fiero combatiente. Lo capturaron los independentistas americanos en la batalla del Puente de Moore's Creek. Sale libre y se casa con Veronique Wadin, de la familia propietaria de la North West Company, poderosa empresa de pieles. En Europa el castor era exterminado. Su hijo, Angus Bethune fue socio de la empresa antes de fundar su compañía.

La iglesia presbiteriana es tolerante con otros creídos, aunque rígida en sus normas. Aparece en el siglo XVI en Suiza y Escocia como parte de las reformas luteranas. Acepta sólo los sacramentos del Bautizo y de la Última Cena de la doctrina católica y es una fundadora tenaz de universidades, Princeton fue la primera. A diferencia de la iglesia anglicana, no considera al episcopado, a las autoridades u obispos, investidos por influencia divina. Moderados en la política, eran partidarios de la revolución industrial y burguesa, en tanto los anglicanos lo eran de la monarquía. La idea protestante del trabajo como vocación, fue un obstáculo en la lucha de clases que Norman Bethune se salta.

En el páramo de los héroes

El movimiento obrero canadiense es parco en cuanto a movilizaciones y logros. Las crisis se resuelven pausadamen-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

te. El Partido Comunista fue fundado en 1920, el Socialista en 1934 y han estado apegados a los procesos electorales. Los privilegios laborales, así llamados por encima de los derechos, han sido fruto de las concesiones de un capitalismo industrial avanzado. Los héroes escasean en el Olimpo canadiense. En la práctica no hay ejemplos de resistencia ni siquiera parecidos a los de Estados Unidos, su vecino, con un panteón más que glorioso en un abanico que va de Hiawatha y Pocahontas al francotirador Chris Kyle en el film de Clint Eastwood.

El personaje más insólito, más sobresaliente de la resistencia es Norman Bethune, más fuera de su país que en Canadá. Por dentro y en el sótano del panteón, está Louis Riel (1844-1885). Es el héroe de una resistencia olvidada, y al hablar de resistencia y de políticas en Canadá, hoy es imprescindible mencionarlo, como parte del paisaje histórico. Es un metis, la primera comunidad mestiza canadiense, producto de los encuentros de cree, ojibwa y anishnabe, con los trabajadores franceses que llegan a la región de Los Grandes Lagos en el siglo XVII. El mestizaje es tan prolífico que reciben el nombre de salteaux, gente de los rápidos en francés, por las corrientes de los ríos. A la hibridación se agregan los marginales ingleses. La colonización los desplaza hacia el oeste. Crean su propio idioma, el banji, palabra ojibwa que significa “un poquito”, ya que tiene algo de las lenguas autóctonas con galés, escocés y francés. Llegarán a ser la Primera Nación India por la tenacidad del metis Louise Riel. Los ingleses de Columbia Británica lo consideraban un villano. Los francocanadienses, una víctima del fanatismo religioso y la inclinación racista, aunque

que no mereció la pena de muerte. Católico obstinado fue testigo de la revuelta de su padre que cimbró a la Compañía del Hudson, monopolio de protestantes terratenientes y traficantes de pieles de la bisabuela de Norman Bethune.

Riel presenció la colonización en su natal Río Rojo, junto al Lago Winnipeg, por los angloprotestantes que corrieron a los católicos blancos con artimañas comerciales. Los metis estaban poco interesados en la agricultura. Eran cazadores de búfalos que se desplazaban en el azar de las manadas. La tierra fue quedando en manos de los escoceses presbiterianos con el espíritu protestante de la posesión y la vida para el trabajo.

El asentamiento del Valle del Río Rojo tenía cierta independencia de los anglosajones. Esta fue la razón de anexarla oficialmente a Canadá. En 1867 Canadá se independiza de Inglaterra y construye la Confederación Canadiense, con cuatro colonias. Fue un proceso pacífico. La separación de Inglaterra fue parcial, con la supremacía monárquica representada por un gobernador. En 1869 caen, pacíficamente también, sobre el territorio de los metis, con el ejército y un programa de censo y vigilancia que impone derechos sólo para los protestantes. La paz luterana.

En paz, Louis Riel pide representantes de su etnia en el parlamento y autoridades multilingües en banji, francés e inglés, con énfasis en la procuración de justicia, para negociar los términos de la anexión con Canadá. Manitoba sería la provincia con independencia federal. La vigilancia y el censo para delimitar las tierras, la presencia de patrullas militares, hizo que los metis se armaran. La prepotencia inglesa tensó la situación y los mestizos

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

ahorcaron a un líder protestante por intentar asesinar a Riel. El dirigente mestizo huyó a Montana. Se dice que con delirios de grandeza, se sentía el elegido para expandir el catolicismo en Canadá. Regresó tres años después a su patria y fue ahorcado.

El Valle del Río Rojo lleva en sus riveras una canción que habrá de poblar destinos insospechados poco menos de un siglo más tarde, cuando Norman Bethune andaba por España. Si la letra original es la despedida de una mujer metis que llora cuando su marido se va a confrontar a los terratenientes, en la Guerra de España en la que Bethune es cirujano militar, la tonada es un himno del Batallón Lincoln de las Brigadas Internacionales.

Para los anglocanadienses a ultranza Riel es un traidor, y un héroe para los metis de entonces, que reivindica a los francófonos. A partir de las luchas indias de los años sesenta, Riel es parte del elenco de los héroes, que comparte con el actor Dan Aykroid, conocido por su papel en el film *Los caza fantasmas*. Leonard Cohen es también un héroe canadiense, producto de otra cocción, como Bethune que se cuece aparte. Canadá necesita héroes.

La educación médica y primeros combates

Antes de los años treinta Norman Bethune mostró poco interés por la política. Sobre los indios y mestizos apenas se relata un viaje en torno al lago Muskoka, en la región donde nació. Lo atrajeron los rumores de una planta que curaba el cáncer. No la encontró y sería apenas una anécdota de

no ser porque iba acompañado de la enfermera canadiense Rene Caisse, patrona del auge de la herbolaria indígena y del chamanismo en los años sesenta.

Bethune tampoco se interesó por la mística nativa. La medicina occidental, con sus teorías y técnicas irrumpió poderosa en el siglo XIX. Las universidades canadienses ocupaban ya un lugar importante, nutridas por los conocimientos de Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos. Allá iban a prepararse los doctores, como el abuelo de Norman después de graduarse en Canadá.

Cuando Bethune merodeaba por el rumor de la planta contra el cáncer, la región de Gravehurst y el lago Muskoka habían cambiado una enormidad desde que Bethune la dejó para irse a sus andanzas y a estudiar medicina. Apenas era reconocible. Los cambios con el capital protestante eran vertiginosos por doquier. En el paisaje metis no quedaba nada de las cacerías de búfalos y las congregaciones católicas que dejó. La diferencia es que aquel cambio ocurrió apenas en tres años y cuando el otro héroe, Bethune regresó a sus parajes, habían pasado casi treinta años. Canadá era una potencia científica e industrial, con márgenes en los que se ocultaban las reservaciones de los indios. Tal era el escenario por detrás de la cortina de carreteras, campos de labranza con maquinaria, hospitales y laboratorios.

El traspatio de los indios era legal. El primer paso se dio en 1857 con el Acta de Civilización Gradual que consideraba inferiores a los nativos y a los metis. En 1874 es aprobada el Acta India. Se refuerza la inferioridad de las culturas originales y se establecen las reservaciones. En

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

1907 el doctor Peter Bryce, inspector del Departamento de Asuntos Indios, reporta que en el oeste de Canadá la gente vive en condiciones sanitarias criminales. El informe es publicado en un diario. Da cuenta de que los niños de las escuelas indias son infectados a conciencia con enfermedades como la tuberculosis. Se les deja sin tratamiento médico y la mortalidad alcanza niveles de 40 por ciento. Al doctor Bryce lo corren sin clemencia del servicio público.

Cuando Bethune recorre el lago Muskoka en busca de la hierba contra el cáncer, los niños mayores de siete años son obligados a ir a las escuelas públicas donde se les quita el idioma autóctono. La mayoría está controlada por católicos. En ese tiempo empieza la esterilización forzada con el Acta de Esterilización Sexual de Columbia Británica.

Cuando Bethune regresa del Frontier College, con el ejemplo de su abuelo y con la idea de ser doctor, vuelve a la Universidad de Toronto. Renuncia a las ciencias básicas de la fisiología y la bioquímica para entrar de lleno en su vocación. La otra, la del altruismo, la dejó por unos años. Empieza la carrera de medicina en 1912 y tres años más tarde la interrumpe. Con los llamados de la intemperie y de la solidaridad, entra como camillero voluntario del 2º Field Ambulance Medical Corps en la Primera Guerra Mundial. Este servicio militar estaba planeado como una estrategia inmediatamente detrás del frente de combate, aunque no siempre era así. A veces se veía rodeada por el enemigo. Era una unidad móvil para curar de inmediato a los heridos y devolverlos al combate. La mayoría eran jóvenes con escasa preparación médica, de esta suerte destacaba Bethune, desertor por un momento de la Universidad de

Toronto. Trasladaban a los heridos graves a un hospital y recogían cadáveres a discreción.

Ypres, Bélgica, entre abril y mayo de 1915. A lo lejos, en el frente enemigo se vio una nube densa y verdosa, que luego se diluyó en la nada a su paso sobre las colinas ondulantes de Flandes. Las fuerzas canadienses que apoyan a los ingleses, australianos y franceses están sitiadas en medio de una nube tóxica invisible. La ciencia está del lado de Alemania, el enemigo. El químico Fritz Haber observa con binoculares cómo caen los aliados. Está en medio de 180 toneladas de gas clorhídrico. Su más reciente invención. Los oficiales se le acercan, lo felicitan, le dan palmadas e imaginan el sonido de la agonía. Los misiles cargados con la nube caen en el campo. Aunque los alemanes están lejos, por precaución, imaginan que los aliados están aniquilados. Se equivocan.

En el frente contrario los soldados han aprendido a orinarse en sí mismos y en sus compañeros, a mear en pañuelos que colocan en sus bocas y neutralizan el veneno. Entre los voluntarios hay jóvenes científicos como Bethune que dan pronto con la orina como antídoto. La urea neutraliza la mezcla de fosgeno y cloro. Ypres durante su auge y riqueza medieval, ya había sufrido una amenaza letal. La ciudad fue diezmada en el siglo XIV por la Peste Negra y decayó sin misericordia con tres cuartas partes de la población abatida. Quinientos años después la situación es diferente. Los pobladores no peligran. Son los soldados aliados quienes están en riesgo ante las tropas alemanas que se ubican en tres frentes, la proa de un navío de guerra al que los ingleses llaman La Saliente de Ypres.

———— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

El enemigo es un fantasma. Nada aparece para dar marcha a una lucha cuerpo a cuerpo. El asesino es un vapor imperceptible hasta que deja ciegos a los soldados, se aloja en el cuerpo. Sin llamar entra por la nariz, por la boca, se diluye en los humores del pulmón y corroe la membrana de las células. No hay verdugo ni soga. La química es la ejecutora de la asfixia. Lo sabe bien el químico Haber, lo entiende Bethune. Es una batalla sin el bramido de los cañones, sin heridas, y el sonido es el estertor de los que han respirado. El camillero canadiense va por los que se asfixian, acarrea embozado en el pañuelo con su orina.

Fue la primera vez que se usó gas en una guerra. El quebrantamiento flagrante de la Convención de la Haya de 1899: "Prohibir el uso en los ejércitos y las flotas navales de nuevos tipos de armas y nuevos explosivos o cualquier otro tipo de detonantes más poderosos de los que son utilizados actualmente, lo mismo en rifles o cañones..."

El campo de batalla se convirtió en terreno de nadie. Los alemanes se daban por victoriosos cuando el viento sopló en dirección contraria. El gas mató a 90 hombres en las trincheras; de los 207 trasladados a las salas de vendaje, 46 murieron casi de inmediato y 12 tras largo sufrimiento. Los de los pañuelos con orina resistieron, se reorganizaron y atacaron ahora enmascarados de urea, a paso veloz y a bayoneta calada, que era el viento de los cuchillos con los filos de la fatalidad en el contraataque. Norman Bethune quedó gravemente herido en la refriega cuando estaba en el centro del vórtice. La batalla fue indecisa. 70 mil de los aliados y 35 700 de los alemanes. No fue una diferencia que daría la victoria a los contendientes, pero perforó el orgullo del imperio alemán.

El camillero Bethune, el estudiante de medicina, fue llevado a un hospital en Inglaterra. En medio de la refriega lo alcanzó una esquirla de metralla. El galerón de los heridos de guerra, la hilera de cuerpos ilustra la tragedia. Un ventanal da a un parque por el que asoman las sombras de los olmos y sauces. Cae el día en el paciente canadiense del hospital inglés, la bruma del atardecer no es la nube tóxica de la que salió herido más no asfixiado. Los temores se disipan con el recuerdo de su abuelo. Hay sonidos nuevos, balsámicos, no son los de las bombas ni las bayonetas y el chasquido al romper el cuerpo, es el de las pinzas que caen en las bandejas, las gasas que restriegan las llagas, la sonda que se desliza por los intestinos o la uretra, el lamento del compañero de junto que sale de la agonía. Es un valiente por naturaleza y una herencia su vocación por la medicina. Regresa a Toronto, nombre que en iroqués quiere decir “el lugar en el que los árboles se sostienen en las aguas”.

Fundada en 1827 como King's College, la Universidad fue el pilar de la educación superior de Canadá. Cuando Norman estudiaba, por allí andaban el canadiense Frederick Banting y del escocés John James Richard Macleod, ambos Premio Nobel de Medicina en 1923, por el descubrimiento de la insulina.

La Universidad de Toronto se precia de tener al menos una decena de Premios Nobel que han pasado por sus aulas. No es exacto ya que no todos han sido académicos, al menos William Faulkner cuya presencia estuvo fuera de lo habitual. Es una treta de orgullo. Si el novelista americano aparece en el elenco, fue porque la Universidad de Toronto cedió instalaciones para adiestrar pilotos duran-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

te la Gran Guerra. El escritor se apuntó. Nunca entró en combate. El día de la victoria aliada llenó la cabina de un biplano con whisky. Se elevó dando piruetas, se estrelló en el techo de un hangar y continuó bebiendo mientras lo rescataban. Compartía con Norman Bethune la pasión por la bebida.

El hallazgo de la insulina revolucionó la medicina, un hallazgo de empirismo y teoría que ha salvado millones de gentes. La diabetes, del griego “lo que pasa a través de”, era conocida por un mal que provocaba micciones frecuentes, sed y voracidad. Así la empleaba Galeno, como un sifón que vaciaba el cuerpo. Areteo de Capadocia en el siglo II, prueba la orina de los enfermos con el mal y descubre que tiene un sabor muy dulce. Ese pensamiento de antaño se consolida en el siglo XX. La atmósfera del descubrimiento revela el ambiente en el que maduraba Norman Bethune impregnado de racionalidad. La orina lo salvó en Ypres, la orina revela el misterio del azúcar.

La influencia de su abuelo lo hizo un naturalista por aprendizaje y por el gusto de lo agreste. Cuando miraba los olmos y los sauces a través de las ventanas del hospital en Inglaterra, los comparaba con las lejanas formas de las hayas, los arces y pinos de su tierra. Conocía todas las especies, las partes de las plantas, de la raíz a la flor con los pétalos, sépalo, corola y pistilo. Un clasificador nato, anatomista que descomponía, al igual que las plantas, las entrañas de los humanos, el páncreas complejo, el pulmón con sus lóbulos y vasos, nervios y fibras. Más tarde iba a experimentar en él mismo el colapso del órgano. Vaya como ejemplo las descripciones que Bethune conocía al de-

dillo, puesto que los dedos eran su herramienta orgánica como cirujano, orquestada con un lenguaje no propio para cualquiera, la diferencia entre la certeza por donde corta el bisturí y el lenguaje con poca sensatez de la poesía. El lenguaje le daba poder al cirujano, un idioma que reta al lugar común. El páncreas, ese nicho de la diabetes, era algo más que la simple apariencia.

“El sentido común en la medicina es tan raro que está en proporción inversa al nivel de la educación del médico.” Es un aforismo de William Osler, médico educado en Toronto y uno de los más importantes en el desarrollo de la medicina moderna. Bethune seguía sus razonamientos. Para un carnicero, o para cualquiera que se asome al interior del vientre sin conocimiento, el páncreas es un órgano pálido y carnoso, blando, con poca fibra que lo sostenga. Para Bethune era una masa con cabeza, cola y cuerpo. Un proceso *uncinado*, argot médico, que está por detrás de los vasos mesentéricos superiores. Hay un tubérculo omental epiploico en contacto con la cara posterior del epiplón menor. El páncreas está situado por detrás del peritoneo, las dos hojas del mesocólon transversal se proyectan hacia delante desde el páncreas. Para alcanzar el órgano, el cirujano debe entrar a través de la trasevidad de los epiplones a través de un orificio, una expedición más tortuosa que la de Alain Quatermain penetrando en las minas del Rey Salomón. La diferencia es que el camino no está iluminado por una antorcha sino por el lenguaje. El paisaje es el de los epiplones, hojas translúcidas y dobles de peritoneo, frágiles y fenestradas. El agujero está bajo el borde libre del epiplón mayor, el hígado por arriba, el duodeno por abajo,

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

la vena porta. Música para los oídos del cirujano. Parecería extravagante esta descripción, pero sin ella no se puede entender uno de los idiomas que hablaba Norman Bethune. Detestaba el de la sabiduría popular.

El héroe de Canadá comprendía también la geografía microscópica del páncreas, una carta de navegación a través de los Islotes de Langerhans, células productoras de insulina. Islotes, metáforas de navegación. Las otras secretan enzimas digestivas. Con la microscopía de finales del siglo XIX se observó que estas células tenían un aspecto cristalino y casi transparente. Fue un aviso de la naturaleza: las células no producían algo que evitara la acumulación del azúcar en la sangre. Los científicos de Toronto separaron todos los humores del páncreas, los probaron en perros una y otra vez. A los que les habían quitado el páncreas y les inyectaban la sustancia, sobrevivían. Los otros morían en tres semanas, deshidratados y con la glucosa por los cielos. Fue un triunfo del razonamiento hipotético deductivo. Bethune se las sabía, tenía una buena inteligencia para entender a la materia y sus fórmulas, aunque precaria en la política y sus modales. El hallazgo de que las células del páncreas tienen que ver con la glucosa es una hipótesis, son ideas incompletas hasta que las conjeturas se verifican con los experimentos de la Universidad de Toronto.

En el film *Vaqueros en el espacio*, Eastwood, 2002, los médicos le dicen a un astronauta que tiene cáncer en el páncreas. El sujeto les cuenta a sus compañeros que ha oído sobre el cáncer, pero que no tiene la más remota idea de que tuviera algo que se llamara páncreas. Es el dilema de las dos culturas, los mundos incomprensibles entre sí de las ciencias

y de las humanidades. Bethune cabalgaba sobre los dos, a caballo entre los hemisferios del conocimiento.

Las descripciones de la anatomía y los tejidos lucen extravagantes ante el público no avezado. Parecen un bati-burrillo, pero sin este idioma las ideas no se vuelven racionales, son el sostén de la materia. En otros razonamientos, como los literarios, a los científicos les puede parecer un revoltijo las figuras de la metáfora, la aliteración, la ironía o a elipsis, aunque sean el esqueleto sobre el que se sostienen las tramas desde Esopo hasta Vargas Llosa o Cormac McCarthy y lo que venga, en tanto haya discurso.

Bethune entraba por igual a la trascavidad de los epiplones que a la pintura y a la poesía, entre ataques de ira, pistola en mano o aborto luego de caer el día:

“A ese pálido disco al que alzamos nuestros puños crispados”.

Razonamientos

Los Islotes del páncreas y la navegación, una cosa refiere a otra. Retórica, sinécdoque seguida por Bethune. El médico se fue a navegar después de graduarse en medicina en 1916. Va a Londres al final de la guerra para posgraduarse en el famoso Hospital for Sick Children, afiliado al Kings's College, patrocinado en sus orígenes por Charles Dickens. Continúa en el West London Hospital y termina su preparación en la Royal Infirmary en Edimburgo. En 1922 ingresa al Royal College of Surgeons of Edinburgh, con el nombramiento de cirujano residente. La experiencia en pediatría, de la que hizo especialidad, le dio una muy

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

buena seguridad para tratar a los niños en las guerras. La infancia fue su debilidad.

Mucho hay de la ilustración escocesa escéptica y pragmática en la vida de Bethune. En la medicina formal sigue los razonamientos del doctor Joseph Bell compartidos con la Ilustración francesa. Fue el maestro de Conan Doyle, que al parecer tuvo amistad con Osler, quien se regocijaba de que “no hay profesión en la que la cultura sea más importante que en la medicina”. Está presente en el sencillo método de Bell, es el de *Zadig o el destino*, novela de Voltaire de 1847.

Nada nuevo bajo el sol. La base está en *La navaja de Occam*, principio de la Edad Media inglesa que se basa en que “la hipótesis más sencilla generalmente es la que vale”. La ciencia no admite respuestas rápidas. Bethune lo seguía en la práctica de la medicina, no así en sus exabruptos en sociedad.

La calma del pensar en Zadig, joven babilonio, se ilustra cuando le preguntan si conoce al perro de la reina. No lo ha visto, dice, pero no es macho sino hembra. Por el camino había surcos en los que se intercalaban montoncitos de tierra. Infirió que eran huellas de las tetas y que se trataba de una perra que recientemente parió. No le creen y lo meten a la cárcel, faltaba la prueba de la evidencia que se presenta cuando encuentran al animal. La demostración es lo contundente cuando se da importancia a lo trivial.

Esta forma de razonar conduce al doctor Bell, el primer detective médico de Scotland Yard, en el caso del opio y la muerte. Sucedió en Edimburgo. Una mujer acomodada apareció muerta. El marido avisó a Scotland Yard. Dijo que

su esposa murió intoxicada por el gas de las lámparas. La policía dudó. Llamó al doctor Bell, que observó vómito en la almohada y que la sangre en la autopsia era de color normal. Usó el principio de la abducción. En las intoxicaciones por gas no hay vómito y la sangre es brillante. El análisis del vómito reveló envenenamiento por opio. El marido fue ejecutado. La falta de evidencia conduce a la prueba. Bell fue el modelo para Sherlock Holmes. En *Silver Star* el detective le dice al doctor Watson que la clave está en el ladrido del perro. —No ladró —le responde Watson. No ladró, concluye Holmes, porque conocía al asesino.

Hay diferencias, sin embargo entre la lógica de la realidad y la de la ficción, la de la cirugía y la de la política.

La medicina es una ciencia inexacta que sigue a las probabilidades. A diferencia del arte es independiente del sujeto. La literatura de ficción no admite a la lógica formal que entiende a la naturaleza ajustando los hechos a la naturaleza. En la ficción, por el contrario, domina la lógica informal en la que los hechos se ajustan al culpable según las intenciones del escritor. Osler recomendaba la lectura a los médicos y como primer libro *La Biblia*, el texto que inició a Bethune en la lectura.

La diferencia entre un creyente y un científico está en que éste, aunque sea teísta, trabaja con las leyes de la materia. También, para ser escéptico se deben conocer estas leyes. No basta negar la existencia de los ovnis, hay que comprender las teorías de la luz, de la relatividad. Ser ateo implica saber, por lo pronto, de biología. De lo contrario es un farsante. El ateo en occidente es un no creyente judeo-cristiano. Bethune se proclamó ateo ya en su madurez.

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

En cuanto a los razonamientos científicos el perfil de Bethune es impecable. Su vida no tanto. La excelencia como cirujano lo exculpa de sus relaciones sociales. Es grosero y prepotente. No sigue uno de los aforismos de Osler: “He aprendido a ser un mejor estudiante y estar preparado para decir a mis alumnos: no lo sé”.

Termina la Primera Guerra Mundial en la que fue camillero. No se enteró de que dos canadienses empiezan a hacer transfusiones de sangre a los heridos en el campo de batalla. Esta novedad lo haría posteriormente líder del procedimiento en la Guerra de España. Cuando llegó a Londres ya había sido oficial cirujano en La Royal Navy, en la que se enrola con la melodía de *Rule Britannia*, el himno de los barcos más poderosos que soñara ninguna flota. Los ingleses son un navío, no una nación y aunque de antecesores escoceses, Bethune es inglés, por el momento. Hay melodía en la marcha bélica que acompaña los pulsos del marino fugaz.

“¡Oh el amor, el amor...!”.

Frances Eleanor Campbell era la prometida escocesa que Bethune conoció en 1920, la heredera rica con la que se casó en Edimburgo tres años después. El cirujano de los ancestros escoceses va al recate de sus raíces. Frances lo describe en su primera impresión, durante una cena, como “un hombre que desbordaba suficiencia, distinguido y feo, pero ciertamente un hombre de mundo. Aunque no parecía feliz, me pareció que era rico. Que no ponía atención en nadie más que en sí mismo. La conversación durante

la cena fue graciosa y se notaba que le agradaba mi compañía. Fue entonces cuando me percaté de que yo había hecho mi tarea”.

En un arrebato poco después Norman la llevó a un restaurante de lujo y se agasajaron con una cena formidable y generosa en bebidas. Fue una ruptura con las costumbres escocesas en la etiqueta del cortejo. Un pretendiente no podía salir con una hija de familia, a menos que los padres lo invitaran primero a la casa. La norma fue burlada con la jactancia del cirujano. Ambos tenían ciertas tendencias hacia la exageración, lo magnífico y la opulencia. Buena parte de la fortuna de Frances se gastó en la luna de miel que duró seis meses viajando por Europa. Un periplo visitando galerías de arte, bailes, bebida y en ocasiones, Bethune tomaba cursos breves de cirugía en Francia y Austria.

En el intermedio romántico entre Edimburgo y Londres, Frances le enviaba dinero. El salario como médico no le alcanzaba para excentricidades. Entonces conoció a la aristócrata millonaria Isabelle Humphries-Owen, su amante, que también lo ayudaba a financiarse. Hermosa, esbelta, de ojos tan oscuros como el cabello largo. También era médico y cirujana, egresada del King's College, viuda de un combatiente inglés en Francia. Culta y sociable, introdujo a Bethune en los círculos de artistas e intelectuales de Chelsea. Sin entrenamiento previo, se volvió un experto en pintura. Soñaba en hallar en las bodegas de las galerías el cuadro en el olvido de un gran maestro para venderlo y volverse millonario.

Le propuso a la aristócrata ser socia capitalista en el negocio del arte. Viajaban a Francia en busca de la obra

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

maestra hasta que la mujer se cansó. Decía que Bethune era un autócrata. Le escogía los vestidos y si no le gustaba un sombrero se lo tumbaba a sopapos. Terminaron. El doctor volvió a Edimburgo por Frances y le dio un anillo de bodas, “herencia familiar”, le dijo. Se lo había comprado su amante en Barcelona, la mujer a la que nunca le devolvió la inversión en el negocio del arte.

Se casó con Frances. Seguro de su prestancia y habilidades viajó a Estados Unidos. Se establecieron en 1924 en Detroit, ciudad en auge industrial y ebullición de obreros. Su práctica fue privada y elitista para recuperar los gastos de la boda. Continuó con la fama que empezaba a tener con un curso sobre tratamiento farmacológico en el Detroit College of Medicine and Surgery. En esta ocasión su actitud fue amable, lo que le permitió establecer relaciones con otros médicos y dar a conocer su ya vasta experiencia.

La práctica médica con la burguesía no tuvo buenos resultados. La clientela era escasa. Abarató sus honorarios y empezaron a llegar los pobres. Con estos clientes, y según la enseñanza cristiana, tomó en cuenta la caridad de las obras. El agradecimiento de los que no podían pagar se volvió una forma de retribución. Cobrar poco y tener muchos clientes, principio del menudeo capitalista, le permitió a la pareja tener automóvil nuevo y vivir con holgura en un buen barrio.

Frances Eleanor, hija de un abogado escocés y con una madre de familia naviera, culta y refinada, educada por una institutriz, hablaba francés y ruso y conocía bien la literatura de esos países, además de la inglesa. Llevaba el nombre de una reina medieval de Francia e Inglaterra y lo hacía notar en sus maneras.

Bethune tenía una virtud camaleónica. Sentía nostalgia por los bosques de su juventud en los que vestía pantalones de pana o franela sostenidos con tirantes y calzaba botas de leñador. Extrañaba también los vientos de la guerra y el uniforme de camillero, pero era por igual feliz con el atuendo de un dandi y los zapatos brillantes, su guardarropa en la academia y en la calle. Se sentía a sus anchas entre la ciudad y la burguesía. En cambio Frances a cada momento mencionaba el aforismo de Oscar Wilde: “América es el único país en el mundo que ha transitado de la barbarie a la decadencia sin pasar por la civilización”.

Una clientela de prostitutas, vagabundos, desarraigados e inmigrantes, colmó su consultorio. Bethune tenía en frente un acervo de enfermedades que adquirían formas insólitas por tratamientos inadecuados, negligencia y abandono. El acervo ideal para un detective de la medicina. Llegaban hasta su casa, la invadían. Frances no los entendía, hablaban jerga de obreros o no hablaban inglés. El refrigerador de la casa estaba abarrotado de medicinas y sueros. Frances no entendía a esa gente con acentos y pronunciaciones extrañas de países de Europa Oriental, o de México y Sudamérica.

No era un matrimonio feliz. Las desavenencias en un momento fueron graciosas, una negrura divertida. Frances recuerda que una vez, en medio de una tempestad en el Atlántico Norte durante su luna de miel, una discusión terminó cuando Bethune iracundo se echó a la oscuridad de las olas con el ánimo de no regresar. Frances fue tras él, lo sacó en medio de la furia conyugal y la cólera del oleaje. De un brazo lo arrastró por la arena. Al rato reían en el hotel acica-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

teados por las bebidas. En Detroit las reconciliaciones eran cada vez más raras. Frances se largó luego de un par de años de matrimonio. No lo hizo para siempre, a pesar de que se divorciaron para volverse a casar. Las locuras en Detroit ya no eran tan divertidas como antes. Bethune empezó a tener manifestaciones de tuberculosis. Frances lo cuidaba con esmero. Limpiaba las hemorragias por la nariz y la boca. Él, indiferente, se resistía a los mimos.

En 1927 huyó a casa de unos amigos en Nueva Escocia para restañar el abandono en el que la tenía Bethune absorto por su trabajo. Estaba cansada de un marido con ira incontrolada y dominante que le tiraba a golpes los sombreros que lo incomodaban. Bethune entró a un hospital para tuberculosos en Nueva York. Frances regresó con él en cuando Bethune ya recuperado encontró trabajo en la Universidad de McGill en Montreal. En ese lapso el cirujano tuvo su epifanía asomado a las vertientes de la muerte.

En el reencuentro Frances lo encontró cambiado. Su garbo ahora lo inclinaba hacia la desfachatez, siempre rodeado de mujeres y con alcohol, enemistado con sus colegas, insoportable. Se volvieron a casar. Se divorciaron de nuevo, Frances iba embarazada. Abortó. No se lo dijo a Bethune, que tenía una verdadera devoción por los niños, que no con los adultos. Así se le veía en el hospital infantil de Londres, más tarde en sus murales, como pintor. “¡Oh el amor, el amor...!” ¡Qué formas toma a veces!, diría León Felipe.

La tuberculosis

Difícil entender a Bethune y omitir a la tuberculosis, la más fiel de sus compañeras, constante, inseparable. La peste blanca matizada con el hollín de la industria de Detroit. La palidez extrema de los enfermos, el color y la textura de cirio en los muertos; era un azote de la calamidad fabril que vivían el mundo y Canadá y Estados Unidos donde la descubre Norman. El hacinamiento en las bodegas, las viviendas marginales y el transporte, los convertían en coto de caza para los microbios.

Los obreros eran el festín de las bacterias y en menor medida los ricos. A finales del siglo XIX y principios del XX se le llamó la “enfermedad de los artistas”, una mentira blanca y romántica. Los escritores eran personajes públicos. Si no podían pagar a un médico, no faltaría un mecenas para los honorarios, de un mal para el que no había medicinas eficaces. Se llegó al extremo de considerar a la tuberculosis una especie de aura creativa, una suerte de patología del arte. En la morosidad de la consunción, de la tisis, el artista se aislaba y de la soledad surgían las obras maestras. Un mito de la burguesía semejante al de la relación entre la neurastenia y la inspiración genial en la era victoriana. Bethune fue parte de ese reparto fabuloso en el que la enfermedad inspiraba.

Es arduo acercarse a Bethune si no se explora la comarca de la medicina con sus visiones y lenguaje que dominaba el cirujano junto con el de la poesía, la historia y las vivencias sociales; el médico en el papel de políglota de las ciencias y las artes. Tuberculosis, del latín tubérculo que

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

significa engrosamiento, hinchazón. En patología es la protuberancia o “la lesión producida por el bacilo de Koch, en forma de una masa gris o amarillenta, dura, transparente u opaca, constituida por la unión de varios folículos tuberculosos”. Curiosidades de la ciencia, pensamiento analógico que compara a las plantas con los fenómenos del cuerpo humano. En botánica se refiere al bulto en la raíz de algunas plantas donde se almacena almidón.

El término tuberculosis en medicina se empezó a emplear hasta 1860 en Inglaterra. Se le conocía desde mucho antes con otros nombres, tisis el más común, y el *tísico* despectivo. Hay vestigios de lesiones tuberculosas en huesos de hace 20 mil años. Hay coincidencias de brotes a partir de la agricultura por la domesticación de los animales. Un microbio que existe desde, quizás, el origen de la vida en la Tierra, rompió una barrera natural y se alojó en el ganado como *Mycobacterium bovis*. En el afán de los organismos por sobrevivir pasa a los humanos como *Mycobacterium tuberculosis*. El descubrimiento iniciará una revolución en la historia social.

Se enfrentó una tarde en 1890 a un individuo semejante a Bethune, alto y soberbio y lo derrotó el altivo Rudolph Virchow que no creía que las bacterias fueran nocivas, tampoco era seguidor de la teoría de la evolución. Reñía a todo el que se le opusiera y lo llamaba Neanderthal, el hombre prehistórico al que consideraba como un ser humano degenerado. Así trató a Koch una tarde gélida en la Sociedad de Fisiología de Berlín, atmósfera de guerra con la alianza del imperio alemán y el austrohúngaro para continuar el aislamiento de Francia derrotada por los alema-

nes años atrás. Virchow en su papel de político se había opuesto al canciller Bismarck y su lema: “Los grandes problemas no se resuelven con elecciones y discursos. La respuesta está en el hierro y en la sangre”. En el año de los descubrimientos de Koch se fundaba en Berlín la Sociedad Colonial Alemana.

Koch, héroe de Bethune, se quiso alistar en el ejército alemán para combatir a los franceses y celebró la masacre de la Comuna de París. No obstante, se volcaba en la misericordia hacia los enfermos de tuberculosis: “Si la importancia de una enfermedad para la humanidad se midiera por el número de muertes que causa (decía Koch) la tuberculosis debe ser considerada mucho más importante que las enfermedades más temidas, como la peste o el cólera. Uno de cada siete seres humanos muere de tuberculosis. Si consideramos cualquier grupo productivo de mediana edad, la tuberculosis acaba con la vida de una tercera parte de las personas o más”.

Fue una faena detectivesca en verdad, la de encontrar al microbio oculto por un ropaje indetectable por los métodos convencionales. Tres y medio siglos pasaban desde que Van Leeuwenhoek descubriera los microbios en el sarro de sus dientes, en el agua puerca y los llamara “animáculos”. Se conocía el papel de estos organismos en algunas enfermedades. Se les había visto por medio del microscopio en el cólera, mas nunca había sido un hallazgo contundente. El microbio se disfrazaba en la trama de células y tejidos de los animales infectados y de los muertos. Se necesitaba detectarlo, desenmascararlo como en el final de “La máscara de la muerte roja”, de Edgar Allan Poe, en un baile que en vez de ocurrir en un palacio, sucediera en un laboratorio, y ésta es la breve historia.

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

Virchow revolucionó el conocimiento con la teoría celular que empezaba a echar tierra a la generación espontánea de los seres vivos. Según esa conjetura, todo animal aparecía por designios divinos o fuerzas extrañas al razonamiento hasta que Virchow sentenció: “*omni cellula e cellula*”, o “toda célula se origina en otra célula”, experimentó con razonamiento a posteriori después de experimentar una y otra vez con un nuevo término, el cultivo celular y así la palabra cultivo salía de las granjas para entrar a la cultura con otro sentido. Sostenido sobre los hombros de los que le precedieron, el más próximo el francés Xavier Bichat, que clasifica veintiún tejidos, óseo, nervioso, muscular, etcétera y da un concepto de enfermedad que empieza con la alteración de esos tejidos. Virchow da un paso adelante cuando ubica a la célula como el ente material que enferma.

Para detectar lo que enfermaba a la célula era necesario teñirla, hacerla evidente como “La máscara de la muerte roja” en el último de los siete salones de diferentes colores en la multitud de un baile en el que los comensales palidecen al aparecer el último invitado con el disfraz de la muerte roja. Poe el detective, Bell, Conan Doyle, Bethune. Los detectives, de *de*, en latín quitar, y *tectum*, *tegum*, tejido, carpa, tienda. Así en detective, es el que quita el tegumento, el que devela, el que tiñe de bermejo a la muerte para quitarle el disfraz.

El doctor Koch empieza a teñir células con tintes ancestrales usados en los textiles y en los cosméticos egipcios, el antimonio que tiñe de negro los párpados de Nefertiti, la grana de artrópodos en los peplos y túnicas o el cinabrio

y matices rojizos de los cenefas de Castilla, el púrpura de la cañadilla, el sepia vaciado de los pulpos macerados que da tonalidad en los frescos de Pompeya, el azul sin sosiego en *El mar de hielo* o *El naufragio de la esperanza* de David Caspar Friedrich. El azul de metileno es la sustancia que le da resultado. Colorante que resulta de las innovaciones alemanas de la industria textil, botín que sostiene por igual al Káiser que al Tercer Reich, Koch pinta de azul al microbio desconocido. A diferencia de “La máscara de la muerte roja” no hay un espectro ininteligible. Lo que el médico encuentra es un filamento encorvado de dos micras bajo la lente de un microscopio. Se le llamará *Mycobacterium tuberculosis*, del griego *mycon*, hongo o mucosidad, por la consistencia de las lesiones a la vista.

Koch va más allá cuando presenta su hallazgo en Berlín ante el desconcierto de Virchow. No sólo ha desmascarado al microbio al pintarle la máscara de azul, sino que es capaz de cultivar al bicho, de reproducirlo una y otra vez, de sembrarlo en animales y enfermarlos de tuberculosis.

El cultivo de los microbios se hacía en líquidos en tubos de ensayo y matraces. Aficionado a la fotografía con gran habilidad, usó la gelatina de las placas fotográficas y a pinceladas les puso capas muy finas de microbios. Las bacterias se agrupaban en formas diferentes según la especie, a diferencia de los grumos en el líquido. Así recuperó a la de la tuberculosis, la incubó en una estufa y proliferaban como semillas y se teñían de azul. Esa mancha era fundamental para demostrar que los bacilos eran los responsables de la peste blanca.

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

Al gel, que era de agar, una sustancia de algas marinas densa por su riqueza en azúcares, le agregó suero animal. Un modelo empírico basado en la intuición, a su vez basada en un conocimiento profundo de la biología. Ya tenía un logro anterior con el mismo método al investigar el ántrax. Los bacilos de la tuberculosis se reprodujeron, bacilo, del latín, bastoncillo, por la curvatura de uno de los extremos. Crecían cuando los pasaba con inyecciones a los cobayos de experimentación. A cada paso de los experimentos el fantasma se hacía presente. Miles de millones de pequeños báculos de azul oscuro en un fondo celeste. Y los fotografió. Tenía la evidencia y la prueba. Así lo dijo al público aquella tarde en Berlín con su conferencia sobre tuberculosis y los postulados:

“1. La bacteria patógena debe aislarse siempre de los animales enfermos y nunca de animales sanos.

2. Cuando un animal está enfermo la bacteria debe aislarse en cultivo puro.

3. Si la bacteria se inocula a otro individuo debe reproducirse la enfermedad.

4. La bacteria debe aislarse nuevamente en cultivo puro”.

El impacto fue el equivalente al del descubrimiento de la estructura de ADN. La penicilina es subsidiaria de estos postulados. Virchow nunca lo tragó por completo. En la actualidad se han hecho adecuaciones, pero siguen con una validez contundente.

Bethune compartía con Koch algunas características. Ambos eran apasionados, enamoradizos de las mujeres y de la medicina, de lo desconocido y la devoción

al trabajo. De Virchow tenía el mal talente, la bravuconería, la supremacía con sus colegas y el coraje sin control, todo en torno a la búsqueda de la certeza. Quitar disfraces como el de *La máscara de la muerte roja*, realidad y ficción en el arcoíris de Bethune que se tiñó de rojo para ir a una guerra revolucionaria con el altruismo en la frente y la medicina a cuestas.

La epifanía

Todo eso lo sabía Norman Bethune que enfermó de tuberculosis. Entender el lenguaje de Koch y Virchow era comprender la enfermedad. Cuando en 1939, él, sobreviviente de la peste blanca combatía en España, aparece un libro con el mito que describe al enfermo tuberculoso: “un egocéntrico porque comienza a vivir por sí y para sí mismo, se crea su mundo (...) vive su vida interior con una intensidad realmente extraordinaria. Por otra parte, el obligado reposo que mantiene en serena juventud su cuerpo, que no puede en cambio superar la fantasía. Y así nace el pensador, el idealista, el poeta”. Mentira.

En cuanto a la egolatría, Bethune ilustra bien las descripciones de Frances Eleanor. También de sus colegas, como se verá más adelante, su cólera con o sin tuberculosis. Cuando es presa de la enfermedad sí tiene un cambio en su personalidad con una buena dosis de misticismo. Es una epifanía.

Difícilmente un enfermo de tuberculosis puede crear. La devastación es descrita desde Hipócrates como

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

“la más grande de todas las enfermedades, la más difícil de curar y la que más mata”, la llamó tisis que en griego significa consunción. Creía, con cierta certeza, que se debía a la supuración y a úlceras en los pulmones, a un exceso de flema en la teoría humoral del cuerpo humano, por encima de la bilis amarilla, de la sangre y de la melancolía o bilis negra. Podría tratarse de otras enfermedades, no había diagnóstico diferencial.

Es cruel, piadosamente cruel, que por excepción alguien con nudos de tejido muerto o de cavernas en el pulmón pueda pintar, escribir y menos danzar. La tristeza que acompaña a la enfermedad es parte de la agonía de los órganos. Ciertamente. Karl María von Weber cayó batuta en mano durante un ensayo antes de presentar en Londres su ópera *Oberon*, o el *Juramento del rey de los elfos*. Se dirá que esas criaturas lo acompañaron en su agonía, puede ser y contribuye a las leyendas de los genios, a la falsedad de las memorias, a la maravillosa disonancia cognitiva, la enfermedad cual bálsamo o perversión... En lo que hay algo de cierto es que en la tuberculosis de Bethune hubo una suerte de epifanía.

La melancolía de Margarita Gautier es descrita por Dumas hijo, entre un despecho amoroso y las tribulaciones de una enfermedad que asfixia. La cortesana se va consumiendo, con una postración de blancura en la piel, respiración intermitente, fiebre, estupor y hemorragias por la boca y la nariz. La terrible hemoptisis, el vertedero de la sangre impulsado por accesos de tos. La fidelidad de las descripciones, la transformación de la vida en la muerte, revelan la capacidad de un escritor para registrar el abatimiento.

Dumas nunca tuvo tuberculosis y fue ajustando los hechos de acuerdo con la trama. Es la empatía del arte con el tema. La técnica de la lógica informal.

Cuando Bethune contrajo la tuberculosis pulmonar su garbo y presencia rijosa se apagaron. Contó su mujer, años después de muerto Bethune, que el hombre había quedado pasmado frente a una pintura de San Francisco de Asís, pintada por Giotto. Fue al recorrer Italia en la luna de miel. No está claro, pudo ser también el cuadro de Caravaggio, "Lamentación sobre Cristo muerto", que irradia mayor piedad. Fue un estremecimiento estético, el tránsito en el camino que pocos años después se le rebelará como *pathos revolucionario*, con los acordes de *La internacional* en la Unión Soviética de Stalin, con el aliento de Marx y Lenin. La pasión por el arte y la guerra.

En el estilo de los murales que el cirujano pinta en el hospital se nota la influencia del artista místico William Blake. No hay indicios de que Bethune haya sido un gran lector. Agotaba su tiempo en la acción quirúrgica. Pero es inevitable hallar en sus pinturas la influencia del evolucionista Herbert Spencer en cuanto a la confianza en la técnica para sobrevivir en el mundo moderno, junto con los poemas esotéricos de W. B. Yeats que reclaman a la antigüedad en un siglo XX en el que todo se trastoca y "el halcón devora al halconero".

Bethune se afirmaba, siempre que podía, como un artista guiado por la intuición en lo que pintaba. En esa época estaba de moda decir que el cirujano era un artista, calificar a los doctores como genios inspirados por las musas hilanderas que tejían con sus manos las obras de los cirujanos.

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

En 1924 se internó en el Trudeau Sanatorium a orillas del lago Saranak al norte de Nueva York. La costumbre de aislar a los enfermos en sanatorios especiales venía del siglo XIX. Una creencia poco racional de la medicina da por hecho que el *Mycobacterium* proliferaba porque el corazón no latía con propiedad, que en las alturas, con menos presión y oxígeno, el corazón recobraba el pulso. Pamplinas, aunque dio lugar a *La montaña mágica*, de Thomas Mann que le valió el Premio Nobel.

Desde finales del siglo XIX se puso en boga la técnica de paralizar la respiración del pulmón más afectado por la tuberculosis cuando había cavernas. Se podían detectar gracias a la aplicación de los rayos X a la medicina. La técnica funcionaba en algunos casos. Colapsarlo, se creía, mataba al microbio y el cirujano Bethune optó por el método. Fue parte del ritual de su epifanía, en un tiempo sin antibióticos en el que las verdades racionales eran resueltas con tratamientos no demasiado racionales.

Entre los aforismos de Osler se dice: “Un médico que se trata a sí mismo, tiene por paciente a un estúpido”. Se impuso a sus colegas que lo trataban. Para mitigar la zozobra pintaba y escribía versos en medio de la incertidumbre del pronóstico de la enfermedad. Leía todo lo que encontraba sobre tuberculosis en la biblioteca y, como una iluminación, cayó absorto en los artículos sobre el neumotórax artificial. La técnica era controvertida, con riesgos. Sin conceder ordenó que lo operaran, bajo su dirección. Los médicos obedecieron a ese don prepotente con el que convencía a todo el mundo. Así lo decía Frances y los que lo conocieron. De haber podido, él mismo se hubiera he-

cho las incisiones en el tórax para abatir el pulmón de las cavernas y tubérculos tumorales. Tumor es una bola por etimología, patológica en cualquier cosa viva, planta o animal. En las minas no hay tumores. En sentido estricto, no se respira con los pulmones, ni con la nariz o la boca. El tórax es una caja de huesos, piel y músculos, tejido conectivo y células que se ventilan con el aire de la atmósfera. La presión es la misma que la de los alvéolos, las bolsas en las se intercambian los gases. Sale el dióxido de carbono y entra el oxígeno para que las células respiren. En los alveolos la presión es la misma que la de la atmósfera, el pulmón no se expande. Una pequeña cavidad, la pleura, entre los huesos y los pulmones hace una presión negativa, lo que permite el vaivén acompasado de la espiración y la aspiración.

Un agujero en la pleura del pulmón enfermo, lo colapsa. Al fenómeno se le llama atelectasia, del griego “sin expansión”, otra palabra que es melodía en los oídos y el cerebro de un cirujano. Varias eran las técnicas para el colapso. Lo usual era llenar con aire el espacio virtual de la pleura. Se empleaba también grasa o se extirpaban costillas. El aforismo de Osler no funcionó en este caso y el médico, paciente de sí mismo, se recuperó en seis semanas. Los buenos resultados se daban aproximadamente en la mitad de los casos, las complicaciones en más de 70 por ciento con supuraciones, principalmente.

Fueron meses los que pasó en el hospital entre la convalecencia, la cirugía y el reposo. Noches de meditación y poesía, días en los que llenó las paredes de un cuarto del hospital con el mural *Los progresos en la tuberculosis*. Nueve secciones de motivos eran épicos, de mitología

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

medieval. En parte autobiográficos y premonitorios, una narración de su infancia a la que llamó *El héroe embrionario*, *La adolescencia en mares de tormenta* y *La dulce muerte con el más amable de tus ángeles*, un llamado a todos los niños y jóvenes del mundo a partir del espectro del cirujano. En todos los dibujos aparecen ángeles. El primer ángel está en el nacimiento del héroe. El último en el presagio de la muerte del autor en 1932.

Ese año no llegó el advenimiento de *El Ángel de la muerte*, la predestinación no se cumplió, al menos en el campo de la fatalidad. Bethune había echado los dados, uno del azar, el otro del destino. Cuando empezó con el mal sus padres lo visitaron para llevarlo a un hospital en Toronto, vanguardia de la ciencia, lugar más próximo a la familia. Se negó. Ellos eran la luz y sombra presbiteriana. Se había divorciado. Decidió emigrar solitario al lago Saranak donde llegó el segundo advenimiento que seguía al primero, el que tuvo en la infancia, aquel de la predestinación. Ya no odiaba a sus padres que lo habían visitado. Le escribió a una amiga: “debes recordar que mi padre era un evangelista y que yo vengo de esa raza de hombres, violentos, inestables, de convicciones apasionadas y de no muy buena cabeza. Intolerantes, es cierto, pero con una visión sobre la verdad para dirigirla, dominarla si es necesario, para ser el maestro de lo cierto y enseñar la verdad, donde quiera que sea necesario. Así lo ha hecho mi familia, aún a costa de su propia destrucción, tal y como ocurrió con mi padre”.

En 1936 vuelve a pintar, esta vez, *En el nocturnal teatro del quirófano*, Bethune se autorretrata visto desde la gradería del anfiteatro. Un rayo bíblico de luz lo ilumina en

la mesa de operaciones, se refleja en el niño al que está operando. Es el teatro de una cirugía de emergencia en medio de la noche. Algo de predestinación y mucho coraje quedaron plasmados.

El azar y el destino, el dilema existencial de Bethune ya antes de entrar a la guerra, después de la visita de sus padres, del divorcio, de casarse de nueva cuenta con la misma mujer. Ser el Julio César de la Medicina, pero al mismo tiempo el revolucionario comunista, entre la liturgia presbiteriana, la comunista y la romana: aparece *alea iacta est*, la sentencia de Julio César al cruzar el Rubicón, "la suerte está echada". Hay una diferencia, Bethune jugaba con un dado diferente; el de la predestinación o destino.

Corría el primer cuarto del siglo XX, la fantasía psicoanalista de que "la infancia es destino", venía desde los asirios pasando por los griegos en Edipo y la recopilación de los cuentos de los hermanos Grimm. Los presbiterianos la acogieron de inmediato en una negación de la lucha de clases que ponía en jaque su credo y militancia...

Tenía mucha empatía con las Moiras. *Mora*, parte en griego antiguo, Moiras, las repartidoras de las partes. Cloto la hilandera de la vida en la rueca, Laquesis, aquella que echa la suerte, Atropos, la inexorable, la que corta la vida. Bethune no dejó de pensar en ellas, las tejedoras del destino, cuando se convirtió en comunista. Bethune tenía suficiente con el dilema. Era un fanático. No se tome a mal la acepción en este caso. Fanáticos eran en Grecia y Roma los iluminados por Fanes, anterior a Zeus. *Phanes*, el dios griego resplandeciente, generador de todas las cosas, padre de la Noche, Nix, su hija a la que se une para crear el cielo y la tierra. Era hermafrodita.

Visperas

Antes de leer el *Manifiesto del Partido Comunista*, curado de la tuberculosis, con el fardo de sus murales y las heridas restañadas del pulmón fue a Montreal y solicitó su adscripción como cirujano. Era portador de una nueva, evangelio quiere decir “la buena noticia”, de que la tuberculosis es diferente en los ricos que en los pobres. Era el ápice de sus pacientes obreros que conoció en Detroit. No era nada nuevo, pero en la grandilocuencia de Bethune tenía impacto. Le dieron el cargo de profesor de cirugía en la Universidad de McGill y de cirujano en el Royal Victoria Hospital. “El amo”, en términos académicos era el cirujano de tórax Edward William Archibald. Empezó el torneo en el teatro de la cirugía. La habilidad de Bethune en el macramé y el crochet del cuerpo humano eran una referencia insoslayable de su currículum. “El amo Archibald” lo hizo su asistente.

Operaba a rajatabla, inventaba artilugios de cirugía, pinzas para contener hemorragias, para provocarlas y transfundía. Era un guardián celoso de la sangre, del banco de sangre, se empapaba en sangre. Era el prólogo de su tercera iluminación, la de España. Las transfusiones tenían una historia lúgubre desde el Renacimiento con experimentos macabros. Con sus experiencias en la primera guerra, Bethune quería hacer de la transfusión un salvoconducto a la vida.

En 1929 Frances Eleanora regresó para casarse de nuevo. Los cambios que encontró la acongojaron. Daba sus

clases en la universidad tocado con una boina vasca, en el verano se quitaba la bata blanca que usaban sus colegas y vestía sacos sport con una bufanda de seda. En las sesiones fumaba cigarrillo tras cigarrillo y sacaba un ánfora de whisky exhortando a los alumnos a que fumaran para entender mejor la anatomía. Le gustaba que lo fotografiaran con el tabaco. El tiempo pasa, ahora se le ve en esas fotos con ciertos aires de pasado cursi como los retratos de Clark Gable, con el que tenía cierto parecido, de Humphrey Bogart, Bertold Brecht o Ho Chi Minh. Un tuberculoso fumador. “Los tiempos están cambiando”, escribió Bob Dylan, inspirado en el río de Heráclito, en el que nadie se baña dos veces aunque el agua sea tan eterna como el fuego. El cigarrillo se convirtió en una balandronada inútil “de lo sublime fallido”.

La relación con el doctor Archivar fue un desastre. Dejó la bonhomía académica para irse, en 1933 al Sacre Coeur, hospital católico para proletarios y marginales a cumplir sus epifanías, del griego aparición, *phane* lo que está por encima de. Estaba en la Crisis del 29, la que produjo historias como *Las Viñas de la ira*, de Steinbeck y las convicciones de Bethune.

Balandronadas y militancia

Su esposa lo abandonó de nuevo, no sólo por su desparpajo en el vestir. La atracción fatal de las mujeres, la relación con alguna mujer casada con un colega, los humores del alcohol y el rechazo de los médicos que lo criticaban por su conducta en el hospital, lo aislaban de la casa. Fueron el

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

meollo de la separación con Frances Eleanor embarazada. Este asunto cuestiona que el amor con el cirujano fuera platónico, asexual, como dijera algún biógrafo.

“El amo Archibald”, lo corrió del Royal Victoria Hospital. Uno de los motivos fue el aumento de la mortalidad en el quirófano. Un número importante, según Archibald, como impresionante también era el número de instrumentos médicos diseñados por Bethune, veintidós en total, cuatro artículos publicados en revistas médicas de gran prestigio y una bomba para colapsar pulmones tuberculosos. Un artefacto para cortar costillas y abordar el ápice de los pulmones, “las tijeras de Bethune”, aún se usan.

En el Hospital del Sacre Coeur Bethune se sintió a sus anchas. Era un sanatorio fundado a finales del siglo XIX en Montreal, por mujeres que cedieron su administración a las Hermanas de la Providencia. Pronto fue conocido como El hospital de los incurables, un asilo para pobres en el que abundaban los tuberculosos, un avatar en la cruzada contra la peste blanca con monjas en la escudería.

La bohemia de Montreal y sus bares fue el entorno de Bethune alrededor del hospital en un barrio céntrico y abigarrado. Escribía poesía, una pequeña obra de teatro y pintaba. Su guía y amante fue la pintora Marian Scott Dale, sociable, del gremio de la izquierda entre los artistas, esposa de Francis Reginald Scott, poeta y profesor de leyes en la Universidad de McGill, mimbro fundador de la Cooperative Commonwealth Federation. Compuesta en principio por trabajadores del campo y pequeños propietarios, luchaba por reformas sociales en el marco de la legalidad electoral. Bethune se acercó a este grupo, más como

observador y diletante. Fue una especie de pasaporte hacia la comunidad de artistas. Porte y presencia le atrajeron simpatías. Sabía cuándo contenerse. Vestía con cuidado sin dejar de lado un toque informal. Ser un cirujano famoso a cargo de los pobres le daba un atavío más a su reciente caracterización de artista, pintor, dramaturgo y escritor.

Él se enamoró de inmediato de Marian. Ella lo aceptó como un reto. El rumor entre las mujeres del rebaño intelectual de Montreal era que se trataba de una oveja negra, cuando en realidad se trataba de un lobo irresistible. Parte de la seducción se dio a partir de una confidencia. De rodillas, el cirujano le dijo a la mujer que se sentía un poco inferior, ya que no era versado en lecturas, menos en las de filosofía y de las ciencias sociales. Ella se entusiasmó como para ponerlo al día en el marxismo con artículos de su marido. No se interesaba demasiado por el *zeitgeist*, el espíritu de la época y el repertorio de canciones y movimientos populares, de la resistencia de los Wobblies. No hacía falta. No los vio aunque ahí estaban.

En 1936 con dinero de Marian y la Asociación Americana de Cirugía de Tórax de la que era consejero, va al 15º Congreso Internacional de Fisiología. En Moscú y Leningrado se llenó de luz con la medicina social. Las clases de cultura que le daba Marian continuaron en primera clase a bordo del *Empress of Britain* rumbo a Londres, la primera escala en la travesía a la Unión Soviética. Bethune le leía poemas de William Blake, una forma quizás de despedida. Barco de lujo, el más veloz de la época, un sustituto del Titanic. Lo hundieron los alemanes en la Segunda Guerra Mundial en el Mar del Norte, en un escenario como

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

el cuadro de Caspar David Friedrich, *El naufragio de la esperanza*, que cundirá por Europa. De Londres había aún un buen trecho a las tierras de la igualdad, un abismo a surcar. Al otro lado era territorio de una asimetría profunda con las tierras anglosajonas que dejaba atrás, proporción extraña como en el Tigre de Blake:

*“¿... qué mano inmortal, qué ojo
pudo idear tu terrible simetría?”*

El overol y otros antecedentes

El movimiento obrero canadiense, siempre débil, se fortaleció unos años con la incorporación de los Wobblies, el sobrenombre de los trabajadores de la *Industrial Workers of the World*, que se fundó en Chicago en 1905. La presencia en Canadá tuvo su fuerza después de la Gran Guerra. El mote se debía a que este grupo incluía a inmigrantes ilegales de Europa, a húngaros, afroamericanos sureños, polacos, lituanos, mexicanos y otros trasterrados que no podían pronunciar en buen inglés las siglas IWW. Parte de la doctrina de esta izquierda estaba en habilitar a los obreros mal capacitados en el uso de la tecnología. Mala pronunciación, mala comprensión del inglés como aquella clientela a la que Frances Eleanor no entendía en los días del consultorio en Detroit.

Vestían overoles de paño corriente o de mezclilla. Esta moda se hizo popular desde los años treinta con las películas de John Ford, Elia Kazan y Nicholas Ray. Los primeros intelectuales en usarlos fueron Jack Kerouak y Allan

Gingsberg. Bethune fue precursor en España. Le gustaba el overol de obrero, la tela azul diluida con el sudor: el overol, la estafeta que cubriría todo el mundo en la fábrica y en las canciones, que empieza en Norteamérica, pasa a Europa y a Sudamérica, aunque nunca llega a la órbita soviética.

Vieja historia la de la mezclilla, la del dril. Empezó en Calcuta en el siglo XVI, por eso se le llamaba calicó y era género de piratas. La gustaba al sanguinario inglés Jack Rackham, "Calico Jack" diseñador del Jolly Roger, la bandera pirata con la calavera y los sables. Al mando del Kingston, el Revenge o el Ranger, asolaba el Caribe. En los abordajes se quitaba chaqueta y calzas de paño elegante para que no se mancharan de sangre y vestía pantalones y camisa de calicó. Murió en la horca. Durante varios siglos Génova surtió de mezclilla a los marineros, los ingleses la llamaban Genoa de donde surgió la palabra *jeans*. En Francia se fabricaba desde el siglo XVIII la sarga de Nimes, que el señor Levi Strauss lleva a San Francisco en 1853. Los overoles de los obreros eran Levi's. Nunca se usaron en el lejano oeste. El vestido del cowboy es obra de Hollywood en el cine mudo. Bethune los hará uniforme emblemático en el overol de obrero sanitario.

Bethune no sabía lo que ignoraba. En 1908 se forma en Oregón "La Brigada Overol", una rama de los Wobblies, los de la ralea más baja, verdaderos sin tierra más abajo que *los parias de la tierra*. Son los *hobos*, "Oh, boy!", damnificados desde la Guerra de Secesión, los tramps, trabajadores emigrantes y desempleados que caminan por las vías con la miseria en un pañuelo atado a un bastón sobre el hombro. Termina la reunión y de inmediato trepan a los

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

furgones, su vehículo de siempre y viajan 4 mil kilómetros hasta Chicago. Por el camino reparten propaganda, volantes y panfletos al vuelo y terminan en una convención de Wobblies. Con sus overoles cantan el himno: *Aleluya, soy un proletario*.

En la convención anda Joe Hill, emigrante sueco, hijo de un ferrocarrilero luterano y fervoroso. Joel Emmanuel Hägglund, antes de cambiarse el nombre, comunista, obrero en todas las peripecias de un comunista radical, albañil, maquinista, vendedor de ferretería, vagabundo, hobo, participa en 1911 en la Rebelión de Baja California al lado del Partido Liberal de Ricardo Flores Magón. Es pionero de la canción de protesta. A los himnos protestantes les pone letras profanas. En *El predicador y el esclavo* denuncia a un pastor que ofrece pasteles en el cielo mientras los esclavos mueren de hambre. La frase “pie in the sky”, queda como un lema que burla a la religión. Lo acompañan pequeñas bandas con banjo, guitarra y acordeón.

Cantores contra el capitalismo y la plusvalía, la salud indecente. En Utah Joe Hill era una molestia para los mormones. Publicó el *Pequeño libro rojo de las canciones: aliento para las llamas de la rebelión*, himnos de liturgia proletaria para los mineros y trabajadores de los astilleros, del ferrocarril, de los campesinos. Lo ejecutaron con el overol puesto acusado en falso por matar a dos policías en “la expropiación” de una tienda de abarrotes en 1915. Entonó su última frase ante el pelotón de fusilamiento, una arenga para continuar la lucha sin detenerse en pequeñeces: “no pierdan tiempo preparándome un duelo”.

Son sustituidos por la One Big Union, izquierda legalista y electoral. Algo de revoltoso quedaba de los Wobblies cuando Bethune se acerca a la política. Había resonancia de víctimas que darían lugar a la canción de protesta, una fórmula de la resistencia. El folclor de América del Norte cambió para siempre y sacudió a todo el mundo. Los Wobblies reúnen los ritmos de Luisiana francesa, africana y española, con los irlandeses de Los Apalaches. La "Industrial Workers Band", vestida con overol azul, camisa negra y banda roja en la cabeza, atosigaba con trompetas y tambores a los evangelistas que trataban de bloquear los mítines. Las huestes obreras entonaban *Solidaridad para siempre*, de Ralph Chaplin, con música de *The Battle Hymn of the Republic*.

"Cuando la sangre inspirada de los trabajadores deba correr a través de la unión

No podrá haber poder más grande bajo el sol en la reunión".

La canción obrera, más que de protesta era el arma de los inconformes:

"¿Por ahora cuál es la fuerza más débil en la tierra que el vigor débil de un individuo solo?

Sólo el sindicato nos podrá dar el vigor.

Solidaridad para siempre es lo que nos dará la fuerza del honor".

El overol llegará a España, y más allá, a la otra España y años más tarde a la canción de la resistencia chilena.

Las resonancias de los Wobblies llegaron a Bethune en Montreal, una ciudad de solidaridad frágil entre los trabajadores.

———— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

Cuando Bethune viajó a España a combatir en 1936, las canciones querían eliminar fascistas como si fueran bisturí. En Madrid y en Barcelona, en Andalucía o por donde Bethune pasa se oía:

*“La sangre que corre valiente a diario
ha de ahogar un día en su tempestad
a los enemigos del proletariado,
y a los enemigos de nuestra unidad”.*

Sangre, “sangre inspirada”, decía la tonada de los Wobblies, y con sangre trabajaba Bethune en el Sacre Coeur en la conversión al socialismo. Transfusiones, amputaciones, luchas feroces contra las hemorragias, tuberculosis, septicemia y gangrena, las infecciones que lo matarían en China. En 1932, año de la profecía que lo iba a matar, entra a la Sociedad Americana de Cirugía Torácica. Tres años después era miembro del Consejo. Cada vez que podía gritaba en las Sesiones: “Hay tuberculosos ricos y tuberculosos pobres”. Los otros se molestaban. La economía determinaba a la salud y eso no era bien visto.

Cosa curiosa. El primer sistema socialista de salud pública, el más antiguo, venía del Imperio Alemán. El canciller Otto von Bismarck lo impone en 1883 con la Ley de la Seguridad de la Salud. Tres principios la sostenían: 1. Solidaridad. El gobierno era responsable de dar acceso a todo el que necesitara o solicitara ayuda. 2. Subsidiariedad. El gobierno se compromete a actuar sin influencia política ni administrativa. 3. Los gobiernos proveerán todas las condiciones necesarias y factibles.

Nada de eso existía en Canadá. Era por lo que Bethune pelearía, pero en público consideraba a esos prin-

cipios falacias burguesas para mantener a los explotados en buenas condiciones y generar capital. Lo publicó en 1932 en el prestigiado diario de la Asociación a la que pertenecía: “La tuberculosis es mucho más que una enfermedad. Es un problema que surge de las raíces mismas del sistema social y económico”.

En 1935 conoce a Maurice Hindús, un conferencista itinerante, profeta radical y letrado, viajero del universo socialista. Le basta a Bethune una sentencia para iluminarlo: “La medicina soviética está más avanzada que la europea y la norteamericana”. Es cuando viaja a la Unión Soviética. El último Premio Nobel de Medicina en lo que fuera Rusia lo ganó Iván Petrovich Pavlov en 1904, el sabio de los reflejos condicionados, el que observó que los perros salivan cuando se les muestra una comida, o con que se les presente el que los alimenta aunque tenga las manos vacías. Lo llamó secreción cerebral, principio de la psicología conductista y de la higiene cerebral que sería una técnica muy usada en el comunismo bolchevique.

Eso no lo vio Bethune, absorto en la medicina del trabajo, o no lo mencionó. La medicina social era un trabajo del comunista Nicolau A. Semashko, en 1917, primer comisario de sanidad. Tres principios fueron las columnas: 1. Unidad y organización, 2. Participación del pueblo en el cuidado de la salud como un trabajo, 3. Profilaxis y prevención. El segundo punto es el que más motivó a Bethune, era la solidaridad tan entonada en las canciones de los Wobblies. Casi lo mismo que las leyes del canciller Bismarck, que se hundieron tras la Gran Guerra como los hielos del cuadro de Caspar David Friedrich. Había dife-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

rencia con lo que hallaría el cirujano. En la inmensidad de la Revolución Bolchevique el paisaje era diferente y exorbitante. La medicina se desbordaba al infinito después de abarcar a los sindicatos obreros, a la construcción de las comunidades campesinas, los soviets, a todo el territorio en el que jamás llegó un jabón y menos una aspirina, ni en el zarismo ni ahora.

En el Occidente capitalista ya había conocimiento del “marco teórico”. El doctor suizo Henry E. Sigerist, combatiente de la Primera Guerra Mundial, conocedor de la miseria en las trincheras y en las ciudades, no desmayaba con las narraciones de lo miserable de la medicina capitalista. Antes de la guerra se graduó como filólogo en la Universidad de Zürich y estudió lenguas orientales en la Universidad de Londres. En 1928 empieza la carrera de medicina, en Suiza, se gradúa y es nombrado profesor de historia de la medicina en Leipzig. Viaja a la Unión Soviética y encuentra un nuevo concepto de la materia que publica en *Man and medicine*, 1931, ideas que no lo iban a dejar nunca, ni cuando lo echaron, años después, de la Universidad Johns Hopkins, por rojo e irreverente, aunque era un caballero en sus modales y en su escritura:

“Un nuevo orden político, económico y social ha nacido de allí y ha modificado muy profundamente las formas de la atención médica [...] Puesto que la salud es un bien al que todos tienen derecho el servicio médico es gratuito [...] La medicina preventiva tiene prioridad decisiva [...] El servicio médico se lleva a la población cada vez más por centros médicos, dispensarios, policlínicos [...] La cultura física se ha hecho popular [...] Lo que está sucediendo

allá es el inicio de un nuevo período de la historia de la medicina". Bethune no lo conoció, pero compartía su enseñanza.

Montó en el ferrocarril del furor industrial soviético, en el auge de las grandes fábricas y carreteras, la minería boyante. Por las ventanas pasan en un vértigo las pinturas y fotografías del obrero en una perspectiva de abajo hacia arriba. Los pies firmes, las piernas rudas, la cintura esbelta, el tórax de tonel y la mirada altiva que mira retadora al futuro. La mano empuña una llave de tuercas o una ametralladora. Contrapicada se le llama a ese ángulo fotográfico que enaltece. La fotografía es el nuevo lenguaje del pueblo. La Unión Soviética es una potencia innovadora y el arte es el pueblo mismo. Aleksandr Mijáilovich Ródchenko es un artista obrero por calidad y nacimiento. Transforma el sereno fotomontaje inglés del siglo XIX, combina ilustraciones diferentes, recortes de revistas, dibujos y la hoz y el martillo aparecen junto a los líderes. Su influencia libertaria llegará hasta la gráfica revolucionaria de España. También al fascismo.

La cámara es el ojo, exclama Dziga Vertov, judío y de origen burgués. La lente es más precisa que la pupila y es la máquina del cerebro. En el cine el movimiento debe ser captado sin actores y sin pensamientos previos del director. La cámara arranca apenas con el índice del fotógrafo para apropiarse de la realidad. Es el antecedente del *cinema verité*. Einsestein filma la historia, las víctimas del *Acorazado Potemkin*, el pueblo masacrado, con la toma más célebre del cine soviético, la contrapicada de las escaleras de Odessa, el pasado que explica la actualidad con el za-

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

rismo vencido. Circula *La madre*, de Máximo Gorki, escrita antes de la Revolución que presagia a la maternidad como matriz de la causa obrera, de aquellos que ya había descrito en *Los bajos fondos*, los héroes comunes que pavimentarán los caminos de la desigualdad. Y los hospitales...

Crecen los hospitales, la guarida natural de Bethune, son el señuelo para atrapar a la tuberculosis, la némesis espectral del cirujano. Ahí llegan los que no escaparon a las medidas de la higiene sanitaria socialista. No estarán solos como los obreros de aquel tiempo en *Los bajos fondos*. No, nunca más. La máquina es ahora una aliada contundente, el neumotórax es la guadaña contra la tuberculosis. Si bien era una peste mortífera de la que ningún país escapa, persiste de mala manera en la URSS, Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, Союз Советских Социалистических Республик: Soyuz Sovétskij Sotsialistícheskij Respublik; porque en los oídos de los angloparlantes sonaba mejor, esa fonética densa, donde la punta de la lengua roza el paladar duro para expresar las consonantes. Música, con la densidad de una solyanka, la sopa de los obreros.

Tuberkulez en ruso, palabra semejante a tuberculosis en las lenguas occidentales, pero más dura la palabra. Y la acción, a llenar de carmín comunista las sábanas de los hospitales para que no hubiera sudarios de la muerte blanca. La mortalidad por la infección era brutal. También las complicaciones del neumotórax artificial. La cavidad virtual de la pleura se llenaba de pus con otros microbios que entraban oportunistas, llegaban al cerebro, a las meninges, invadían todo el cuerpo, llegaban al corazón. No había antibióticos, pero no sólo eran de temerse las infecciones. El

proceso quirúrgico implicaba poner una sonda a través de la tráquea para ventilar al paciente. Al retirarla hay inflamación y asfixia. Los cambios de presión al colapsar el pulmón también matan. Muchos años después del auge del neumotórax se ha visto, con buena fidelidad, que el neumotórax artificial fue un arma de Stalin y sus médicos para eliminar enemigos políticos. Los estudios revelan también que había camas en los hospitales para la aristocracia del Partido Comunista aisladas de las del pueblo, a pesar de que Semanshko, Comisario del Pueblo para la Salud, decretó en 1920 a la tuberculosis como “la enfermedad del proletariado”. Combatirla, era de una épica semejante a la batalla que se libraba contra la Rusia Blanca, en la Guerra Civil de 1917 a 1923. El brazo armado era el Ejército Blanco, microbios purulentos zaristas y contrarrevolucionarios.

La peste blanca no era una metáfora simple. Los héroes de la Revolución, solidarios con el pueblo, también morían de tuberculosis. Plejanov, que da al materialismo su lugar en la historia, Gorki, que muere de tisis como los héroes de sus novelas, Dzerzhinski, polaco y fundador de la policía secreta bolchevique, entre otros muchos. Ya existía un tratamiento con tuberculina, un derivado del bacilo de la tuberculosis, pero su eficacia era menor a la de la máquina del neumotórax, más acorde con el espíritu socialista. El procedimiento implica engranes, instrumentos, como los de los obreros en los afiches.

En la URSS de Bethune el neumotórax artificial era tan común como una sierra. A cargo de la política contra la tuberculosis estaba Volf S. Kholtsman, médico y político con un escaparate que fascinó al cirujano canadiense. No

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

supo que Stalin lo mandaría matar poco después de que Bethune saliera de la URSS. Para el cirujano la ética de la medicina era lo que estaba a la vista, no tenía demasiados elementos para ver más allá, estuvo apenas un mes. En sus escritos deja ver que estaba de acuerdo con que la moral y la ética son subproductos de la lucha de clases y que como lo dijera León Trotsky, no hay moral por encima de la historia. El filósofo sería asesinado más tarde en México por órdenes de Stalin.

La ética médica en los hospitales comunistas de Stalin también estaba por encima de la historia. Lo cuenta Mary Leder, “Mackler”, una mujer de Estados Unidos que llega a Rusia a los quince años de edad, con un auténtico furor comunista, heredado de sus padres, judíos rusos de nacimiento, emigrantes. Vivían en California. Por la Gran Depresión decidieron volver a su patria y ayudar a la Revolución. No le tocó el colapso del comunismo, ella se colapsó con el antisemitismo y la xenofobia. En los hospitales se empezó a dar cuenta de que las cosas no marchaban tan bien como en las canciones y en el arte. *La varsovia* fue escrita por un preso del zarismo. En el primer verso habla de torbellinos hostiles que soplan sobre “nosotros”, en tercera persona del plural. No cabe el singular más que en la idiocia del aparato burgués. La primera estrofa ya le sonaba a “Mackle” fuera de tono:

*“Pero vamos a plantar con orgullo y valor,
La heroica bandera del trabajador.
Bandera de lucha de todos los pueblos,
Por la libertad y un mundo mejor”.*

En 1932 estaba hospitalizada, el vendaval del enemigo había sido derrotado desde 1923 con la debacle del

Ejército Blanco, pero como enferma no veía que ondeara la bandera de los trabajadores, al menos con el aliento de la dignidad. Una bronquitis sin atención se le convirtió en una neumonía rampante luego de pasar por un médico tras otro a lo largo de un mes, tratada con remedios de herbolaria. Al principio no tenía fiebre elevada, uno de los requisitos burocráticos para entrar a un hospital. Era miembro destacado del Konsomol, la juventud comunista. Trabajaba como obrera traductora. Había aprendido ruso. Pero era extranjera. Al ver cómo empeoraba, una compañera cuya madre tenía influencia en el politburó, le consiguió que entrara al Hospital Yauza, de gran prestigio. Como cualquier paciente, tuvo el visto bueno de la comisión de ingresos formada por el director médico del hospital, el administrador, que no era médico y un representante del secretario del partido que tampoco era doctor. Ser médico no era un requisito en la jerarquía sanitaria. La decisión la tomó el administrador por ser amigo de la amiga de Mary.

La raparon —no lo hacían con todas— Mary era judía, para prevenir el tifo. Los piojos y chinches anegaban los dormitorios. No protestó, deliraba ya con la fiebre. En su memoria apenas hay unas figuras de bata blanca que la observaban sin más intervención. El hospital era para males respiratorios especializado en tuberculosis. En el ala que le tocó había alrededor de setenta u ochenta hombres y mujeres jóvenes. “Mi cabello se caía a montones —recuerda Mackle su estancia en el hospital. La noche era un zumbido de chismes con un fortísimo impulso sexual con aire perverso. Grité que tenía novio y los muchachos no se me acercaron. Mis compañeras se enfurecieron, me mano-

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

searon y de ahí en adelante me hicieron la vida miserable. Temía desvestirme por la noche". No era la solidaridad esperada.

Se recuperó, no murió de neumonía ni de hambre. Entre 1930 y 1933, cuando Mackle salió del hospital, la Unión Soviética sí estaba exhausta, a consecuencia de un par de políticas; la desaparición de los kulaks, los últimos campesinos propietarios que fueron a dar a Siberia, y la estrategia agrícola del ingeniero Trofim Lysenko. La bibliografía del hambre empezó a darse a conocer después de la disolución de la Unión Soviética. Es difícil redondear cifras de muertes en las tragedias. El dilema es sencillo: ¿qué tanto es un uno? Hay estimaciones que dan entre tres y ocho millones de cadáveres por hambre. *Holodomor*, nombraron los ucranianos a esta fatalidad, matar de hambre. Fueron los más afectados en un holocausto que se extendió de los Urales a Siberia, al Cáucaso.

No fue la primera debacle alimentaria. Los campesinos son semi trabajadores y especuladores habría, dicho Lenin en 1921, se dice que durante un conato de ira, abrumado por la guerra civil. El nuevo Estado obrero se veía amenazado y los campesinos no eran considerados como vanguardia de la Revolución y se les culpó del hambre que cundía. Nueve años después se les volvió a culpar. Los nuevos tiempos no llegaban, continuaba la época de la vieja canción:

*"Muere de hambre el obrero
¿callaremos hermanos, por más tiempo?
¿Puede acaso el ver la horca
asustar a nuestros jóvenes camaradas?"*.

Melodía de interrogaciones. A los trabajadores los ahorcaba el hambre. Stalin vendía las cosechas a Occidente. Confiaba en la sabiduría de Lysenko en la que el trigo crece sin más abono sólo por estar sembrado en tierra socialista. Las leyes de Mendel eran una falacia imperial. El politburó dirigía las nociones de la ciencia, las reescribía. Por burguesa la farmacología fue acotada. Se despreció, entre otras cosas, la investigación y puesta en marcha de la penicilina.

Los científicos soviéticos fueron arrumbados en sus laboratorios, para otros el destino fue Siberia y más allá, la muerte. La duda acerca de la verdad oficial lleva al patíbulo. Poco antes de morir el sabio Iván Pavlov, que fue segregado pero sobrevivió por su prestigio, se atrevió a enviarle una carta a Viacheslav Mólotov, el poderoso Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la Unión Soviética, firmante del “Pacto de No Agresión” con la Alemania de Hitler, con el supuesto de armar a su país previniendo una invasión nazi, como finalmente ocurrió. “No sacrificaría ni la pata trasera de una rana por un experimento como los que está haciendo el régimen comunista soviético.” Fue en 1934, año en el que le escribió a Stalin para reprocharle el oportunismo y vileza de sus intelectuales y decir que “se avergonzaba de ser ruso”.

¿Qué esperaba Bethune de su viaje a la URSS?

Otros antecedentes

La iluminación, la luz, era lo que esperaba, la antorcha de la inmensidad, como los estoicos. El cirujano supo de la

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

excelencia de la medicina soviética por un periodista. Más que suficiente. Ni Sigerist ni médico otro alguno. Un periodista, un radical de izquierda como ya los había entre los intelectuales. Basta citar a Sinclair Lewis, a Howard Fast.

Marian Scott lo llevó a la conferencia de Maurice Gerschon Hindus, un precursor de Jack Keruack y las hordas *on the road*. Nació en Rusia, de padres judíos campesinos de Bolshoye Bykovo, una aldea al sur del imperio ruso. Su madre enviuda y viaja en 1905 con sus once hijos a Nueva York. Sobrevive como obrera en la “jungla de concreto”, reserva de inmigrantes, empleados y desempleados, golfos y pícaros, por debajo de las nubes del gran capital en la cima de los edificios. Extraña la paja y el adobe, trabaja de jornalero en granjas aledañas a la ciudad, viaja por el campo. Casi autodidacta termina la secundaria, no abandona las carreteras ni el olor del heno y la boñiga, es vagabundo de los ferrocarriles, hobo, se mece y despierta con el bamboleo del furgón, unas veces mustio, las otras sobresaltado, con las canciones de los Wobblies en los furgones. *Solidarity forever*. Mira a los campesinos encorvados en los campos de Oklahoma, en las llanuras de Indiana. Se indigna cuando los petimetres ciudadanos y racistas los llaman *red necks* por sus cuellos enrojecidos al sol. En realidad están bronceados, y el rojo tendrá otro significado en la vida de Maurice.

Bethune lo escucha fascinado en Montreal. Ese hombre sí que ha recorrido mundo, un auténtico proscrito que se atreve a deambular por Estados Unidos y Canadá sin conocer fronteras, sin temor a la cárcel, *on the road* por las estepas, la tundra y las ciudades. Lo rechazaron de la Universidad de Cornell. Trabaja por las noches. La

Universidad de Colgate lo gradúa en literatura. Da clases de ruso en el Medio Oeste, es un correcaminos académico, escritor *freelance*. El *Century Magazine* lo contrata para la corresponsalía en la Unión Soviética.

Recientemente publicó su ensayo *Pan rojo* y cimbra a Bethune el veredicto: “la medicina soviética es superior a la de Estados Unidos”. Ésa es la razón por la que viaja. Vende su coche, le escamotea dinero a la Sociedad Americana de Cirugía Torácica, con el compromiso, que nunca cumplió, de ocupar un cargo importante en un hospital. Marian apoya con el dinero del viaje.

La sentencia de Maurice Hindus, las tertulias de Montreal, el hospital en el que fue un paciente tuberculoso, los barrios de los pobres, las canciones de la Revolución. *La Internacional*:

“¡Arriba, parias de la Tierra!

¡En pie, Famélica Legión!”

Atruenan la razón en Marcha: es el fin de la opresión”, lo acompañan en la marcha a la URSS.

La versión original de *La Internacional* es de revolucionarios franceses. Se gesta en la Comuna de París de 1871, hay varias letras. Los Wobblies la cantaban: “Arise ye workers from your slumbers”. Cuando regresa de Rusia a Canadá oye hablar de Woody Guthrie, hijo de un miembro del ku-klux klan que participó en el linchamiento de una madre afroamericana y de su hijo en Oklahoma. Un inadaptado auténtico, hobo y tramp que aprende a tocar la guitarra y la armónica con marginales de Texas, negros y blancos, empieza a componer para los trabajadores en California. *Oh, no te cases*, la tonada ya sonaba antes de que Bethune marchara a España.

———— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

“Oh, no te cases con un banquero,
De tus manos te quitará todo el dinero,
Con un financiero no te habrás de casar,
Con una hipoteca en tu mano te habrá de azotar”.

Se dijo ya que hacía dueto con Pete Seeger —el salvador del banjo instrumento de muchos pueblos— que recorría ritmos del Caribe a Luisiana, a los Apalaches y de vuelta. Al parecer el banjo se inventó en la región española. Todas las culturas han tenido un instrumento con una caja de resonancia, una cuerda y una membrana. A la colonia española lo llevaron esclavos negros, tal vez en su tierra el pellejo fue de peritoneo de elefante, ahora era de vejiga de cabra, de tripa de carnero. Algún español lo oyó, le sugirió al músico emigrante que le pusiera más cuerdas, unas cinco y el peninsular le dijo que parecía bandurria y tal vez en la deriva de la lengua pasó a banjo. Lo bautizaron los franceses expulsados del Canadá, en los manglares del Mississippi.

De Alabama a Montreal el idioma era la música, del Golfo de México a los Apalaches, en la vertiente al Este de las tierras donde Bethune creció. La voz de la Luisiana resonaba, se sumaron los cantos católicos y protestantes de los irlandeses, nació el *Blue Grass* y luego el *Country* altanero mucho más tarde, en el siglo XX. “No te cases con un banquero”, pero tampoco con un granjero ni con un ferrocarrilero: “cuando quieras que esté contigo, nunca va a estar en tu mano”.

A Woody Guthrie no lo dejaron entrar al Partido Comunista de Estados Unidos, porque se negó a dejar a un lado su fe religiosa. Bethune, el mismo año en que se había casado y divorciado dos veces con la misma mujer, se

adhiera al Partido Comunista de Canadá. Su consigna era la de forjar un sistema de salud para todos, con la abolición de la medicina privada, como en la Unión Soviética.

A la música de protesta, a los sones que originó *El tazón del polvo*, la zona de Estados Unidos devastada por la miseria y la sequía de la Gran Depresión, la acompañaba el *Manifiesto del Partido Comunista, Pan Rojo* y al poco tiempo *Las viñas de la ira* de John Steinbeck. Bethune llevaba ya dentro las notas de *La Internacional*, las de *Solidarity for ever*, el banjo y el acordeón, la guitarra, en las ciudades y bosques de Canadá, una tierra para todos. Qué importaba que Woody Guthrie, a quien oyó y no conoció, compusiera un año después de la muerte de Bethune, *This land is your land...*

“This land is my land

From California to the New York island;

From the red wood forest to the Gulf Stream waters

This land was made for you and me”.

En inglés la cantará Bruce Springsteen y todo el mundo sabe de qué trata. Fácil de entender que la tierra americana es vasta y de todos, como en francés se escribió *La Internacional* y en español *Si me quieres escribir* que oirá Bethune entre metralla poco más tarde.

Hindus era un año menor que Bethune y tenía muchos más en su experiencia como agitador. Una estrofa de *No te cases* pasará mil y un años después al grupo holandés Shocking Blues: “Don’t fall in love with a railroad man” (No te cases con un ferrocarrilero). No faltará quien la ligue con los Wobblies y recupere el sentido. La historia es menos círculo y más espiral. Todo eso lo ignoraba Bethune o nunca lo mencionó. No era necesario.

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

En 1936, a su regreso de la Unión Soviética, el seductor y repelente de los pequeños grupos, de las mujeres, de la bofetada contra la compostura de sus colegas, se convierte en líder. Sus carencias como organizador, la falta de inteligencia social que lo envolvía, se ponen a prueba y funda, que no consolida, el Grupo de Montreal para la Seguridad de la Salud del Pueblo. A la convocatoria de la primera organización con estas características en el mundo capitalista, acuden médicos, enfermeras, trabajadores sociales y curiosos. Es un círculo de estudio. Se discute, como lo aprendió el dirigente en las asambleas de médicos en la URSS, el sistema de salud en varios países. En la civilizada Inglaterra el que paga es el obrero aunque los servicios sean gratuitos. La plusvalía se le tiene que endosar al explotador con el daño en los bolsillos del empleado. El movimiento empezará, por lo pronto en Quebec para extenderse al resto de Canadá. Cuatro puntos sostienen el programa de la medicina social: autonomía municipal, seguridad social obligatoria, seguro de salud voluntario y asistencia médica para los desempleados. El texto fue enviado al gobierno, a los partidos políticos y a los trabajadores de la salud. Canadá pasaba por un momento de elecciones provinciales.

Son seis meses de reuniones periódicas. El cirujano notable bebe y arenga. No le tiembla la voz, como tampoco se le ha estremecido la mano en ninguna operación, aunque destile alcohol y blasfemias. Es un sujeto creíble. Si no con demasiada confianza, que valga de nuevo el aforismo de Oscar Wilde: “En la vida, es más importante el estilo que la sinceridad”.

Los cirujanos mienten para cumplir. Su truco es escenográfico, histriónico. Aparentan tener repuestas rápi-

das, pero a diferencia de políticos y comediantes, éstas han sido estudiadas en días de sudor y noches de insomnio, en faenas diurnas después de jornadas nocturnas, un alud de libros y una jungla de pacientes. Aquí no hay autodidactas ni desertores. Cada tripa tiene su lugar. Cada gota de sangre su equivalencia en sueros, y cada respiración en volúmenes de aire. Los cirujanos son Houdini ante los deudos y el enfermo, técnicos en lo más recóndito y esquivo del ser humano; en la intimidad en riesgo le dicen al paciente que las cosas van bien cuando van mal. Son timoneles de la incertidumbre. No pretenden ser capitanes de la vida, eso se lo dejan al internista.

Difícil separar a Bethune, el conferencista vehemente y rijoso, del estereotipo de un cirujano. “Arrogantes, abusivos y revoltosos”, los llaman las enfermeras. Junto con los pacientes, son las más intimidadas por ese gusto secreto del cirujano por dominar. Su arrogancia es causa de errores, de muertes que se ocultan y representan a la ira apostada en el camino de la salud.

La jactancia de Bethune se vio mermada cuando fracasó el Grupo de Montreal. La gente empezó a dejar de asistir hasta que ya no acudió nadie y algunos se mostraron hostiles, sobre todo los médicos. Era, sin embargo, un precedente que seguirá Wendell Macleod, un internista sosegado.

Se restablece del mohín, del desprecio, en un centro para las artes infantiles en su departamento en Montreal, financiado por Marian Scott. Da clases de pintura y exhibe su mural *El nocturnal teatro del quirófano*. Está al tanto de lo que ocurre en España, el asalto infernal de los fascistas a la República. Sabe que hay comunistas en la defensa, el pueblo

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

en el combate, que la España violenta, clerical y reaccionaria, pelea a muerte contra la otra España.

Hacia España

En el Sacre Coeur oyó del levantamiento franquista de julio de 1936. Le irritaba la indiferencia de sus colegas y se enfadaba contra él mismo porque el patronato de su hospital pertenecía a la iglesia católica. Operaba enfurruñado. Por la radio y los periódicos se enteraba de la invasión de los nacionales, reaccionarios empedernidos. Acude a la Cruz Roja para que lo envíen a España. En vano, son neutrales. Una noticia falsa lo entusiasma. Un diario liberal de Toronto escribe sobre una organización que recluta médicos para la guerra española. Mentira, el editor le dice que el grupo no existe, que lo ha publicado tan sólo para motivar la enjundia de los canadienses en contra de los fascistas. Bethune se encoleriza, llora, aprieta puños, mandíbulas, pero la intención del periodista lo conmueve. Está emocionado por la mentira piadosa. El editor busca donaciones de comunistas, socialistas. El cirujano lo sigue, como sigue a las noticias que desalientan sobre el avance de Franco desde el norte hacia el Mediterráneo con Madrid de por medio.

Bethune andaba con ciertos problemas financieros y enredos amorosos y de alcohol. Cando se divorció de Frances, la mujer le compró un seguro de vida que cubría mensualmente los gastos de la tuberculosis, que ella seguía pagando año con año. Sanó pero el seguro continuó hasta

1936, cuando la aseguradora sospechó un fraude. Bethune compartía un departamento en Montreal con un moralista de izquierda intolerante con cualquier tipo de fraude. Se enteró del seguro, no tan sólo, también que se iba a casar con una amiga de ambos, heredera rica, a la que le triplicaba la edad, sólo por el dinero. La quería separar de los padres. El amigo lo echó de casa. Quizás era tiempo de partir.

No importaba que fuera a hundirse en un naufragio de la esperanza. En España había dos frentes. Uno auspiciado por la Iglesia Católica, los nacionales como brazo armado de la reacción, una ola que se venía levantando desde el África colonial española, y un cielo oscuro en el que se ocultaban los nazis alemanes y los fascistas italianos. El otro frente, el de anarquistas, comunistas, socialistas, el pueblo español y voluntarios extranjeros. A éste iba Bethune, a romper las filas enemigas, a que naufragaran los otros, a evitar que los nuestros fueran los desamparados de la esperanza.

A mediados de 1936 acudió o fue llamado por el Comité Canadiense para la Ayuda a la Democracia de España. La organización se formó con la unión, por su única vez en la historia, del Partido Comunista Canadiense y de la Cooperative Commonwealth Federation, del marido de su amante. De Vancouver a Halifax los activistas juntaron miles de dólares para la causa, ante la indiferencia del gobierno, como tantos otros, del mundo occidental civilizado. El presidente socialista francés León Bum se negó a dejar pasar armas a España por su territorio, acorde con el pacto de no agresión que firmó con Inglaterra. Cuatro años más tarde los nazis invaden Francia. Y los canadienses creían que

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

el comunismo era el peor enemigo de la civilización. En plena Guerra de España, ya con voluntarios canadienses en el frente, el primer ministro William Mackenzie hizo una visita amistosa a Alemania y no escatimó en los elogios a Hitler.

Los obreros canadienses lo ignoraron, con la actitud del político quedaba demostrado que tenían al enemigo en casa, que no era el momento para vencerlo, que era más oportuno cruzar el Atlántico y defender a la península lejana, a España. Fueron más los canadienses, después de los franceses, los que combatieron allá. Ya habían partido de Canadá cuando Bethune viaja a la guerra. Los primeros contingentes formaban parte de la XV Brigada Internacional en el bando republicano. El Batallón Lincoln de Estados Unidos, al que se sumaron los canadienses, era parte de ella. Hubo una separación en Albacete, dividir una tropa entre los humores de la sangre y los vientos de la pólvora no era sencillo. A diferencia de los estadounidenses, que en su mayoría eran intelectuales y estudiantes, la milicia canadiense era obrera y campesina casi en su totalidad. No hay descalificación para nadie en cuanto al oficio, es tan sólo un detalle de la lucha de clases.

Ambos batallones luchan en la Batalla del Jarama, del 6 al 27 de febrero de 1937, cruenta como pocas, sin vencedores ni vencidos, tierra de nadie durante gran parte de la guerra. Los canadienses forman el Batallón Mackenzie-Papineau, en honor a dos rebeldes contra la oligarquía inglesa en Canadá en el siglo XIX, uno de origen escocés y el otro francés. El primero, tatarabuelo del primer ministro de las genuflexiones ante Hitler. A los combatientes los apodaron los Mac Paps.

Débiles fueron los gobiernos occidentales, sobre todo en su posición contra los fascistas. La Unión Soviética observaba. Su participación fue sagaz. El partido comunista francés le propuso a Stalin la formación de un ejército internacional contra los fascistas españoles. Se hizo por medio de la Internacional Comunista (KOMINTERN), un organismo para ayudar a la rebeldía en países que estuvieran en aprietos con la tiranía del capital. Los primeros enviados a España por los soviéticos fueron refugiados políticos, comunistas asilados en Rusia. Un asilo no demasiado bien visto por Stalin. La Guerra de España se volvió un vehículo para deshacerse de la molestia. El ejército voluntario de las Brigadas Internacionales llegó a tener más de 50 mil hombres y mujeres de 55 países. Bethune viaja a España como parte de esa tropa mundial, aunque por personalidad y características de su misión tuvo un papel más bien independiente. La asistencia médica internacional se integró a la 35 División de la República en Huesca y se hizo de un hospital. Bethune había llegado con un pasaporte listo para que lo echaran. Era un ofidio entre sus colegas, aunque un pastor amable con su grey de enfermos, a veces.

“...tal vez la más sangrienta de todas”.

Y León Felipe, el poeta, sí que había vivido la guerra, visto y caminado bajo bombas enemigas, palacios hechos escombros, sepultura de niños y mujeres inocentes. “Estuve en una guerra, tal vez la más sangrienta de todas”, y contó cientos de cadáveres buscando un amigo muerto. Y ha-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

cia allá fue Norman Bethune. La ruta de los brigadistas canadienses era de Toronto a Montreal, o a Nueva York, Londres y algún puerto francés del norte, para cruzar por avión o caminando los Pirineos y entrar a España. El cirujano zarpó en octubre de 1936 y en noviembre estaba en la península listo para lo que fuera. Si navegó de Nueva York a Barcelona por la travesía breve y apresurada, no fue en un barco de lujo.

La ciudad catalana empezaba a ser un modelo de organización médica. El profesor anarquista Antonio García Birlan, andaluz y maestro de Federico García Lorca, sin ser doctor organizó a más de mil médicos, 3 mil doscientas enfermeras, dentistas y comadronas para agilizar los servicios. Los nacionales amenazaban el puerto. Era consejero de Sanidad y Asistencia Social de la *Generalitat*. El gobierno atendía sin cobrar, la salud era un derecho, la vacunación contra la viruela y la difteria obligatoria, los niños tuvieron más centros de asistencia que nunca, y Bethune sonreía displicente. Más cuando supo que se ampliaron los servicios con mil camas para tísicos, un reto para la némesis del cirujano y su cruzada contra la peste blanca. Viaja a Madrid.

Empezaba el sitio de la ciudad y el impuntual Bethune, por hábito, excepto cuando de operar se trata, está en la ciudad a la hora exacta y en el momento preciso, con la escuela anglo europea de medicina a cuestas.

Se hospeda en un hotel de La Gran Vía, no habla español. Las calles en torno a su hospedaje bullen de furia contra los invasores. Se respira sangre y arena, júbilo. Los afiches de los artistas, en el modelo soviético del torso

en primer plano, un mazo en el fondo que se mueva para demoler a la serpiente del fascismo a los pies del obrero combatiente. El cartel es la herramienta, como las canciones y la voz de Dolores Ibarruri, “La Pasionaria” y la arenga: “No pasarán”. Se empiezan a escuchar grabaciones de Paul Robeson, antiescalvista negro de Nueva Jersey que envía *Old Man River*, un himno contra la segregación. Llega Ernest Hemingway para sustituir al escritor John Dos Passos, que escribía el guión de *Tierra de España* para el cineasta holandés Joris Ivens. El escritor André Malraux, el de “la acción se piensa en la acción”, ametrallaba desde el aire a los aviones alemanes. España no era una fiesta.

Madrid era una reserva de gente bravía, obreros, burócratas, excéntricos, artistas, con el denominador común de convencidos y desertores, y como en la aritmética, de fracciones. En este caso de pedazos al tratarse de humanos y creencias. En la operación de la guerra, como en la de los números, de dos fracciones se obtiene una tercera que puede ser la traición, la desertión o la muerte. Las divisiones mermaron a la Revolución.

Al día siguiente de que Bethune llega a Madrid, la policía lo detiene como sospechoso de ser un espía alemán. Con gallardía, el conserje del hotel lo salva cuando están a punto de llevarlo a la cárcel y, quizá ejecutarlo. Los traidores, verdaderos o no, empezaban a ser perseguidos. La traición podía no ser contra la República, sí por infidelidad a la Unión Soviética, que asesoraba por igual la organización social que la de la guerra. Dos Passos es uno de los primeros desertores cuando su amigo José Robles muere en el paredón acusado en falso de conspirador. Bethune no

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

hablaba español y no le preocupaba demasiado. Del aprieto lo saca el danés Henning Sorensen, aventurero que estuvo años en Canadá, que va a España como representante del Comité Canadiense para la Ayuda a la Democracia de España, una organización independiente de la política y del gobierno. Está para observar los servicios sanitarios en la zona de guerra. Meses después será él quien meta en problemas al doctor.

Entre el elenco de aquella Babel, aparece junto a Bethune el doctor Hermann Müller. No es médico, es un biólogo que viene de Leningrado decepcionado por el atraso de la ciencia soviética y en peligro de muerte. Bethune será su aliado en la transfusión de sangre de cadáver. Antes de la República la medicina española estaba muy por detrás de la de Inglaterra, Francia, Alemania y, ni se diga, de Canadá y Estados Unidos. Un sólo Premio Nobel, en esta disciplina, Santiago Ramón y Cajal, a quien se le rendía pleitesía con tufos monárquicos y de santoral. Predominaban el rezo y los santos óleos sobre la terapéutica. Los médicos republicanos abrieron aquel sarcófago y lo ventilaron con nuevas técnicas. El cirujano Josep Trueta, pieza clave en la guerra, cirujano e historiador de la medicina, empleaba los métodos de Winnet Orr, médico de campaña en la Primera Guerra Mundial, hábil de manos y erudito en la anatomía. Hizo un novedoso tratamiento para las fracturas de guerra con heridas, las fracturas expuestas, caldo de cultivo para las infecciones. Partió, curiosamente, de ciertas enseñanzas de Alexis Carrell cuando estuvo en Francia. Era un Premio Nobel de Medicina, avezado en el tratamiento y sutura de las heridas y de los vasos sanguíneos. Inventó una solución

de hipoclorito de sodio que prevenía infecciones como la terrible gangrena y la septicemia. Lo curioso es que Alexis Carrell era un racista y más tarde se alió los nazis.

Trueta aplicó desde un principio las técnicas de Orr con una diferencia. Las sacó del hospital y las llevó al frente de batalla. Entre las bombas, con las fracturas expuestas, la asociación temible del hueso roto y una herida por la que asomaban los fragmentos, ponía en su lugar a los huesos por medio de una tracción en medio de la carne viva, suturaba los vasos, o al revés, limpiaba con agua y jabón restregados los huesos con un cepillo, debridaba los esfacelos, luego llenaba el agujero de la lesión con una gasa mientras el ayudante vendaba con yeso húmedo. Al secarse, inmóvil la extremidad del paciente, no se infectaba. Seis muertos entre mil setenta y tres operaciones. La debridación se usaba en la osteomielitis, cuando el hueso y la médula se pudren, nunca en las heridas de guerra. Trueta actuaba antes de que la infección llegara al tuétano. Fue una revolución en la ortopedia. Bethune lo vio actuar y sonrió con beneplácito. Hizo lo mismo que Trueta, sin darle crédito. La aportación a la medicina de la guerra la hizo con transfusiones. Así como el catalán sacó los yesos del hospital, el canadiense llevó la sangre a la trinchera. Un médico español se le adelantó, a éste sí le daría cierto reconocimiento.

Entre los médicos republicanos y de fama, estaba el fisiólogo Juan Negrín, con estudios de medicina en la Universidad de Leipzig. Liberal y erudito, fue presidente del gobierno republicano desde el año en que llegó Bethune a España. La medicina española se enriquecía y actualizaba. España empezaba a ser Europa, dejaba atrás

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

a “España... una gran ballena encallada en las orillas de Europa”, como la llamó Herman Melville. El sarcófago hospital de los enfermos y los santos óleos se oreaba con la República. El triunfo de los franquistas se encargó de cerrarlo. La medicina volvió a encallar en la mortaja.

Los sublevados de Franco también querían un lugar en Europa: “Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa”. Significa que ese lugar estaría fincado en la tradición católica, a diferencia de Alemania e Italia, las otras dictaduras en el Continente. Es la voz de José Antonio, el fundador del movimiento Falange Española en 1933. Hijo del dictador Miguel Primo de Rivera y el lema “Dios, Patria, Rey”; el que nombró al Papa “viceregente de Dios en la Tierra”. Siete años de dictadura que empieza con el autoexilio de Alfonso XIII, un rey débil y timorato, no obstante “el Rey” y Miguel Primo de Rivera es un monárquico convencido. Represor a ultranza, hostiga y asesina obreros, principalmente a los de Cataluña, organizados en el CNT y la UGT, uniones anarquistas, resistentes feroces a la autoridad. Los desbarata, pero no aniquila y serán “fuego en las estrellas” en la Guerra Civil. Sin ellos no se habría puesto en marcha la Segunda República. Tampoco hubieran sido uno de los blancos principales del franquismo. Habrían debilitado al dictador al grado de influenciar en su dimisión.

La Falange Española trata de hacer una amalgama entre patronos y obreros en un molde inquisitorial del capitalismo católico. Son el caldo de cultivo para la guerra. No son el nacional socialismo alemán, pero sí el nacional sindicalismo con los mismos engranes y el aceite monárquico. En vísperas de dar un golpe de estado, José Antonio entra a

la cárcel republicana por acopio de armas. Cuando Franco se subleva es fusilado.

La asonada franquista corre a cargo de los nacionales en 1936. Es una conspiración truculenta, de traidores militares y políticos en contra de una república electa con democracia. Bethune no tiene muy claro los entreveres de la contienda, sí, en cambio, que los obreros corren peligro y allá va. Viaja a conservar en sus continentes a la sangre proletaria y lo hará en la trinchera misma, en la guerra, tal vez más sangrienta de todas.

Los puentes de la sangre

Que la sangre cambie del rojo opaco al brillante después de pasar por los pulmones no fue un hallazgo deleznable del inglés Richard Lowell a mediados del siglo XVII. Empezaban las centurias de la mecánica en la biología. En 1628 el también inglés William Harvey descubrió los caminos por los que circula la sangre al corazón como una bomba hidráulica. El paso de la sangre por los pulmones al corazón lo había encontrado el español Miguel de Servet. Si lo que va regresa y algo se vacía en el camino, es posible volverlo a llenar.

No fue un médico sino un arquitecto el que hiciera la primera transfusión de sangre exitosa de un perro a otro perro. Se requería saber de andamios y Sir Christopher Wren, el constructor de la catedral de San Pablo, en Londres, veía al cuerpo animal como una estructura mecánica de músculos y huesos irrigada por sangre que circulaba y

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

para transfundir sangre se requería de un andamiaje, y los médicos lo siguieron.

Tubos rígidos se insertaban en la arteria de las patas traseras de un perro conectados a la vena de otro animal. Casi todos morían. Luego se hizo de un humano a otro, con la misma cuota de muertos, después de una oveja en Francia, a un obrero francés. Sobrevivió al primer intento, murió en el segundo. Varias fueron las pruebas de humano a humano, la muerte era la regla. Se trató de vaciar de las venas, de las arterias a un frasco y guardarla. Se coagulaba. Los perros y los hombres de los experimentos tenían un final convulso y horrible. A los pocos minutos se hinchan, la garganta se inflama, la respiración es entrecortada, estridente y en la agonía convulsionan hasta quedar inertes. Es el principio de la incompatibilidad, la hipersensibilidad a lo extraño o la terrible anafilaxia.

Durante un tiempo se abandonó la práctica. En el siglo XIX se renovaron los andamios con tubos de plata combinados con el vidrio. La inyección de sangre fue otro intento con la invención de la jeringa. Se inventaron anticoagulantes que mataban con más eficacia que la incompatibilidad. Resultaron veneno.

Durante las guerras, cuando los soldados se desangraban era impráctico rellenarlos con el andamiaje de la tubería de cristal. Se intentó suturar la arteria de un donador a la vena de un herido. Imposible en la trinchera y de todos modos morían. La muerte era más dramática que la hemorragia. Bethune consiguió con éxito que sobrevivieran. Habían pasado más de tres siglos desde la temeridad del arquitecto Wren. Algunas anécdotas quedan

como curiosidades impertinentes. La que más se recuerda es la del médico de Luis XIV. El aparejo fue de cánulas de ave, una ternera como donador y el recipiente fue el cuerpo de un joven lunático poseído por la vesania. Se calmó su ira con la muerte a los pocos días. La hipótesis del doctor era que la sangre de los animales dóciles tenía partículas de mansedumbre que podían curar a los iracundos. La práctica fue prohibida tras un largo debate en las academias de ciencia.

Cuando Betune hacía trasfusiones en Montreal los experimentos eran más por verificación de hipótesis que por ensayo y error. Ya era posible almacenar sangre en frascos sin que se coagulara. Se le agregaba citrato, un anticoagulante de baja toxicidad.

La transfusión de mamíferos en los humanos, producía reacciones semejantes a las que ocurrían en las personas, aunque no todos morían. La causa de la fatalidad de los que recibían sangre ajena fue descubierta por el austriaco Karl Landsteiner en 1901. Los microbiólogos de finales del siglo XIX sabían que si ponían bacterias de cualquier tipo en el suero, la porción líquida y sin células de la sangre, de un paciente que tenía o tuvo una enfermedad por una bacteria determinada, las bacterias se aglutinaban en coágulos. La respuesta era específica. Si el enfermo no tenía tifoidea, no reaccionarían los agresores. Había una inmunidad natural contra lo extraño en el cuerpo. Se le llamó antígeno, partícula que desata los anticuerpos que aglutinan a los cuerpos extraños. Landsteiner encontró el mismo proceso contra los glóbulos rojos y los clasificó en tres tipos ABO. Si a una persona con sangre A se le transfundía sangre B la reacción era de una hipersensibilidad feroz,

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

por tener los antígenos en contra. El tipo O carece de los antígenos y puede ser transfundido a cualquier persona. El tipo AB tiene ambos antígenos por lo que no produce anticuerpos y puede recibir cualquier sangre del complejo ABO.

Veintinueve años después le dieron el Premio Nobel de Medicina. El beneficio principal ocurrió en las guerras, un manantial de sangre a borbotones. Bethune había sido testigo como camillero en la Gran Guerra. El descubrimiento de Landsteiner era la ciencia pura aplicada a la tragedia. Bethune la aplicaría a diario en todas sus experiencias, de Inglaterra a Canadá y a Estados Unidos, a España y a China.

Cuando llega Bethune a la península, es la República la que se encargaba de poner al día a la medicina. El cirujano canadiense, habituado a los avances de la ciencia en los países por los que pasó, ve con alegría que el doctor Frederic Duran Jordà, anglo catalán, ha creado un método para conservar sangre de cadáveres y donantes vivos, que almacena refrigerada y es capaz de llevar al frente donde los republicanos se desangran. Dirige un Instituto y es hematólogo, a diferencia de Bethune que es cirujano. También estaba Josep Trueta, que además de ser un médico de habilidades quirúrgicas magníficas, es un fisiólogo y clínico excelente que explora y cura hasta los riñones. No sólo es diestro en el bisturí. También con las ideas. Descubre el sorprendente Puente de Trueta: "En los casos de shock clínico o experimental se produce una desviación de la circulación cortical que se reduce o desaparece, hacia la médula, camino por el cual el tránsito es más rápido; esto hace que la sangre no tenga tiempo de ceder el oxígeno a las células

renales, como lo prueba la existencia de la misma proporción de oxígeno en la sangre de la vena renal que en la de la arteria renal". Música para los oídos. Trueta y Bethune hablaban el mismo lenguaje melodioso de la técnica y de la ciencia. También el idioma de la medicina para el pueblo, en la paz y en la guerra. En esta última se conocieron con una Barcelona bajo el acoso de los golpistas y de las bombas. Otro sonido matizaba al de las explosiones, el de la canción:

*"A sangrienta batalla,
sacra y justa,
marcha, marcha y sigue al frente,
proletariado".*

Letra con música de *La Varsoviana*, una de las primeras canciones revolucionarias de los obreros polacos en contra del zarismo ruso. Se cantó en la revolución soviética y ahora sonaba en la versión española de *A las barricadas*, himno triunfal con el largo aliento de los anarcosindicalistas. Era una melodía que ya extendida por la Europa proletaria, durante la Guerra de España iba a cubrir a todo el territorio. Por debajo o a un lado de los carteles revolucionarios, de la música, sin corridas de toros, porque la mayoría de los matadores eran fascistas. George Orwell describe una ciudad con atmósfera enrarecida por la guerra y un aire de tristeza, con los burgueses disimulando en la sombras a la espera del momento para quitarse el disfraz. Las canciones revolucionarias le sonaban ingenuas y reiterativas en torno a la unidad proletaria y a la maldad de Mussolini.

La acción en la acción

“Mi padre fue evangelista, sí, y yo vengo de una raza de hombres violentos, inestables, de convicciones apasionadas y de mala templanza, pero con una visión tan completa de la verdad, que hacia ella nos dirigimos.. Lo escribió Bethune en una carta en 1935. Cuando llega a España dos años más tarde, el campo de batalla es el lugar para accionar su obstinación. Ahí estaba porque la República sola no podría darse abasto en la curación de los heridos.

En Madrid la República le da una casa de quince habitaciones en Príncipe de Vergara 36, un barrio residencial, para que opere. Su fama de cirujano excelente es una garantía. Le dicen que el lugar está a salvo de las bombas porque Franco respeta los lugares de los ricos. La deferencia fue una humillación. Sin apartarse del teatro de las operaciones quirúrgicas, su anhelo lo lleva como un simún al teatro de la pólvora, de los mutilados. Convoca a donadores de sangre para un banco. Hay una fila dispuesta a colaborar. Crea el Instituto Canadiense de Transfusión de Sangre donde instala laboratorios, un sitio para experimentar y obtener sangre de cadáveres.

Es su cuartel general y el de la parte operativa: el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre. Había bancos de sangre en Valencia, Madrid y uno muy avanzado en Barcelona a cargo de Duran Jordà. A Bethune le interesan todo sobre las transfusiones, sin estar dispuesto a dejar a un lado los frentes de batalla. Es un militar, que no militante, de las Brigadas Internacionales, no es pacifista, es

parte del Batallón Mackenzie, con mil quinientos soldados canadienses, de los que morirá más de la tercera parte. Es también un elemento clave del Socorro Rojo Internacional. Esta organización creada por la Internacional Comunista de 1922, al margen de la Cruz Roja, cuidaba las heridas de los disidentes de izquierda, hacía bibliotecas y hospitales que eran parte de la tarea. Y ambulancias. El Servicio de Bethune estaba por debajo en jerarquía del Socorro Rojo Internacional, en la jerarquía de la recientemente creada Sanidad Militar.

Bethune era un desconocido más allá del ámbito médico. Aquí los empleados lo apodaron “Doctor Sangre”, pero el Socorro Rojo Internacional sí tenía celebridades. Tina Modotti, fotógrafa e intelectual que tanto vivió en México, era enfermera en Almería cuando amparaba a los huérfanos de la metralla. La conoció en Madrid. Le impresionaron sus palabras salidas de ese espectro de carne entre pintura renacentista, fotografía y afiche revolucionario con arengas de Juana Arco comunista. No hay datos de su encuentro en Almería. Ambos eran enamoradizos, difícil dejarlos al margen de una aventura y menos en condiciones de conflagración. Debieron, tuvieron que haberse conocido y al menos dejar el principio de una novela, la trama, el romance abrupto. No parece haber sido así. Transfusiones, bombas y heridos, no daban tiempo para romances. Además, Bethune ya era amante de la periodista sueca Kajsa Hellin Rothman, la mano izquierda del cirujano. Hablaba inglés, alemán, francés y español. Era guapa.

No hubiera importado. Los republicanos eran ajenos a las moralinas católicas y las desafiaban, a pesar

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

de discursos intimidatorios como los del zafio militar franquista Queipo de Llano: “Nuestros valientes Legionarios y Regulares han demostrado a los rojos cobardes lo que significa ser hombre de verdad. Y, a la vez, a sus mujeres. Esto es totalmente justificado porque estas comunistas y anarquistas predicán el amor libre. Ahora por lo menos sabrán lo que son hombres de verdad y no milicianos maricones. No se van a librar por mucho que berreen y pataleen”. Lo decía la derecha a ultranza, pero Bethune saldrá de la España republicana, en parte, por un romance con una extranjera que incomodó a la moral y a la política comunista.

A principios de 1937 Bethune cruzó los Pirineos para traer un vehículo que fuera a la vez laboratorio y ambulancia. Fue un viaje relámpago con 10 mil dólares del Comité Canadiense. No iba por una carroza fúnebre de esas que marchan al ritmo de la paciencia. Una herida aunque no aparentara ser grave vaciaba a un soldado y se necesitaba un transporte para llevarle la sangre

Francia tenía servicio de ferris del continente a Inglaterra. Pudo embarcar en el Havre o en uno de los puertos de Bethune, la región con su nombre de donde salieron sus ancestros. En Londres conoció a Hazen Sise, un arquitecto canadiense fundador de la escuela popular Art Atelier con mujeres artistas en Toronto. Lo sacó de su estudio cerca del Albert Hall para participar en la educación del pueblo mientras Bethune operaba. Fue su chofer en las campañas, amigo y auxiliar en la administración del Instituto. La ambulancia era una camioneta Ford con carrocería de madera. Se surtió de reactivos para procesar la sangre, sondas de

caucho, instrumentos, lo necesario en el aparejo de un laboratorio que sólo en Londres podría conseguir y whisky. Los tubos de ensayo eran vitales para ensayar con la sangre de los heridos en la trinchera y ver en cuales se precipitaba con los anticuerpos y qué casos podría salvar. Un ayudante haría la transfusión mientras él, vigilante, sutura intestinos a flor de piel y los pone en su lugar, acomoda huesos y riega las heridas con las técnicas de Trueta. Manda confeccionar overoles de algodón crudo con mangas, azul celeste y cremallera del pubis a la garganta. Cambió el azul marino que usaban los militares de sanidad y en el hombro puso en rojo “Canadá”. Es un overol de obrero, para los obreros de la salud en el Servicio de Transfusiones de Bethune. Sin que haya pólvora, es todo un arsenal antifascista y como parte de los activos, entra el arquitecto Sise, en overol.

Al regreso se detienen en París y ordena una manta que identifica al Servicio de Transfusiones de Canadá.

La cultura es tan sólo la cultura

Cuando vuelve a España, con Sise insomne en la ruta de centenares de kilómetros. La capital se había trasladado de Madrid a Valencia, se queda en Madrid. Ahí se integra Thomas Worsley, joven inglés que de profesor y literato se convierte en ayudante médico de guerra. “¿Alguna vez estaré libre para soñar con cosas que no hayan Pasado?”, escribía el también dramaturgo, poeta y crítico de teatro. Un mundo de voluntarios: poetas, escritores, periodistas actores, y demás, se unían en donde fuera con el ánimo de

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

reventar al fascismo, un tumulto de rusos, norteamericanos, alemanes, italianos, griegos, yugoslavos, argentinos... Bethune incorpora al inglés junto a Sise en el júbilo de armar su servicio itinerante de transfusiones, y mientras tanto opera, cuida del banco de sangre, ve enfermos y riñe con los españoles.

Los universales de la urbanidad no le funcionan a cabalidad. ¿Qué tanto pesa ser presbiteriano renegado?, ¿divo arrogante?, ¿anglosajón? Bethune se enfrenta en España a dilemas culturales que chocan con sus ideas del orden y de la administración. No deja de haber en él algo del estereotipo inglés. La Armada Invencible de España fue derrotada por la Reina Isabel I, con la estrategia de un pirata, Francis Drake, pandillero de los mares, pillo redomado que vence a un imperio en el que no se ponía el sol. Es el arpón de la Reforma en la ballena encallada de Melville en Europa.

Bethune asume un papel de Capitán Ahab y no se pone de acuerdo con la burocracia de la República. Va y viene a gritos y manotazos, habla más alto que los españoles. No entiende bien el ya conocido síndrome de la siesta. De la valentía ni quién dude, pero hay algo que no cuaja con la mentalidad anglosajona.

La impresión no es tan sólo de Bethune. George Orwell, miliciano del POUM, dice que los españoles son buenos para muchas cosas pero no para la guerra. Como otros ingleses se aflige por la ineficacia a causa, entre otras cosas, de una impuntualidad que lo enloquece. Lo primero que aprende en español es la voz *mañana*. Mañana está en la

llegada tarde por igual a una comida que a una batalla, cuando eso no ocurre es porque se adelantaron. Por el capricho de un maquinista un tren, con frecuencia, puede salir, digamos, media hora antes. Los ingleses no olvidan que la reina Isabel I venció a Felipe II porque además de la ayuda de los piratas, el calibre de las balas no coincidió con el diámetro de los cañones españoles. Los barcos ingleses eran más veloces y ligeros que los galeones, lo que mostraba una inventiva más ágil que la del Imperio en el que no se ponía el sol. En uno de los combates del Jarama ocurrió lo mismo con las municiones que recibió la XV Brigada.

De la ineficiencia española abundan anécdotas entre los extranjeros que perciben una herida profunda en el orgullo del alma hispana por la ayuda extranjera. En la generosidad son tan extremos que si se pide un cigarrillo dan todo el paquete. En el frente se baten con una gallardía y valor supremos, en el Instituto parecen sestear en el cumplimiento de las órdenes. Es el “mañana syndrome” que incomoda Bethune. No puede seguir el vaivén hispano. A los españoles les parece un inglés bebedor y arrogante, un chovinista impertinente, pésimo administrador por añadidura. Como médico apuraba a sus pacientes, los ponía en peligro con sus tratamientos desaliñados. La impresión no es sólo de los españoles. A sus paisanos y colegas les apabulla lo mismo, y además la virilidad alcohólica y la seducción a las mujeres. Sus arrebatos contribuyen a la conspiración de los comunistas para echarlo de España.

No fueron esas menudencias las causas de que la República fuera derrotada. La causa estuvo en el apoyo de la alianza con Hitler, Mussolini y la timidez de las potencias

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

Europeas. Eso no manda a las sombras otro factor, el de las desavenencias fraticidas que promueve el estalinismo, el acoso a los trotskistas y anarquistas, la pasividad socialista, el lado político de la guerra que Orwell comprende ya bien entrado en combate.

“Que la sangre combata en otras venas”

Mentira que en el barrio de Príncipe de Vergara 36 no cayeran las bombas. Madrid estaba en asedio. Ya en noviembre de 1936 los sublevados atacaron la Ciudad Universitaria con la vanguardia de los moros del Ejército del África. Carne de cañón. Fueron derrotados pero quedó una cuña cerca del Hospital Clínico durante toda la guerra, de donde brotaban obuses, que en efecto, no cayeron en el cuartel de Bethune. El Ejército Popular ordenó en Paracuellos el fusilamiento de dos mil presos del lado fascista, entre militares, clérigos, burgueses y otros civiles opuestos o enemigos francos de la República.

En el parque de la Casa de Campo los nacionales fueron derrotados. En el barrio se contaron decenas de muertos apilados. Bethune hizo la primera transfusión en un joven con choque por la pérdida de sangre. El muchacho pasó de ser un Cristo que yace en el sudario de su carne blanca a un mozo que de inmediato levantó la mano al frente con el saludo de la República.

No hay rastros por ahora de otro enemigo; la gangrena ni la septicemia. Bethune salió más tarde a merodear por Madrid. Cuando regresó al hotel escribió el poema:

“Vengo de Cuatro Caminos
De Cuatro Caminos Vengo
Mis ojos se desbordan
Se nublan de sangre
De la sangre de una pequeña
Hermosa mía
Que encontré destrozada en el asfalto
La sangre de una joven mujer.
La sangre de un viejo, de un hombre muy viejo
La sangre de mucha gente, demasiada
Confiada, indefensa
Que cayó bajo las bombas
De los piratas del cielo.
Vengo de Cuatro Caminos
De Cuatro Caminos vengo”.

Mientras tanto y en el Valle del Jarama las Brigadas Internacionales se bañaban de sangre en su bautizo de fuego a campo abierto. Bethune no se daba abasto para operar en el frente, quitar piernas, comprimir intestinos agazapados en el vientre y transfundir. No dejaba de estar en su laboratorio en la clasificación de la sangre, en los refrigeradores para conservarla, en la búsqueda de donadores voluntarios. La ubicuidad lo desesperaba sin poder estar en varios lugares a la vez.

Al joven cirujano inglés Reginald Saxton, del Batallón Británico de las Brigadas Internacionales, tampoco le alcanzaba el tiempo ni la sangre para los heridos en el Jarama. Desde la Atalaya de El Vellón se podía ver Madrid y al otro lado del río, a los franquistas mediando el cerco para atenazar con muertos a la ciudad.

———— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

Tomaron un club campestre Villarejo de Salvanés, en la Sierra de Guadarrama, entre pinos y alcornoques, buitres y águilas, ovejas. Convertido en hospital, con los cirujanos Alexander Tudor inglés, y el catalán Moisés Broggi, el teatro quirúrgico se instaló en el bar. La barra sirve para colocar el instrumental, los frascos, se llena de olores a cloroformo y benjuí. Hierve el agua oxigenada. No hay antibióticos, no se han inventado. Los microbios no tienen conciencia de la historia. Infectan para sobrevivir y evolucionan. La penicilina fue descubierta en 1928 pero no la forma de emplearla. Ronda la gangrena y hay que amputar. Las bacterias producen gases, la piel crepita sobre las burbujas y todo se pudre y asfixia con el olor. En el bar se provee el cirujano para llevar medicinas a su tienda de campaña en la rivera del Jarama. Su batallón se batía en la Colina del Suicidio, así nombrada porque defendió a toda costa el avance de los temibles marroquíes. El propósito era cortar la carretera a Valencia y aislar Madrid. El fracaso de la toma de la Ciudad Universitaria puso en aprietos al general Franco. Sus aliados Hitler y Mussolini, que habían dado aviones, tanques y pertrechos, dudaban de su capacidad. Hay que reeducarlo, clamaba un asesor italiano. Las Brigadas Internacionales lo pusieron de nuevo en ridículo, si es que en las guerras hay tal cosa.

El Batallón Británico se estableció en la carretera que une los valles del Jarama y del Tajuña para evitar que los invasores continuaran hacia Alcalá de Henares y luego a Barcelona. Tres días fueron suficientes para frenar al enemigo. Mil doscientos cadáveres ingleses quedaron en la loma y no pasaron. Eran parte de la XV Brigada con el Batallón

Lincoln, de norteamericanos. El Valle del Jarama sería su himno con melodía canadiense de una vieja canción insurgente.

Abrumado, mas sin agobio en su tienda-enfermería, el doctor Saxton vio asomarse al doctor Bethune: "Sentí como si hubiera visto a mi hada madrina", contará más tarde el joven cirujano. "Me ofreció ayuda, sin más. Y claro que acepté todo lo que pudiera darme. Hasta sus consejos." Desde ese momento Saxton empezó a convertirse en uno de los expertos más eficaces en la transfusión en la trinchera. Bethune volvió al día siguiente serpentean-do entre las balas. Lo invitó a su cuartel. El último día del combate, cuando ya casi no quedaban oficiales vivos cae el capitán Tom Wiintringham, el comandante del Batallón Británico, soldado, poeta y comunista que tras ser herido tres veces, una de muerte a la que sobrevivió y enfermar de tifo, escribió en un hospital de campaña su agradecimiento a la Unidad Médica:

"Nuestros enemigos pueden elogiar a la muerte, y adorar a la muerte

Para nosotros, la resistencia, el sol, y ahora en la noche/

Esta antorcha eléctrica, débil y menguante, aunque muy cercana,

Sigue a los dedos del cirujano/

Y todos nos aliamos con esa luz".

Al laboratorio de la mansión se acerca Hermann Joe Müller, el biólogo que viene de la URSS para asistir en las maniobras de los muertos como donadores de sangre. Extravagante como Bethune. Neoyorquino, de madre judía

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

y padre alemán, un humilde orfebre artesanal, el hijo sorteaba los márgenes de la pobreza, el antisemitismo y se convierte en un biólogo notable, pendenciero y comunista partidario de la eugenesia. Su vida se da en torno a la ciencia y a la revolución proletaria. La materia no es tan sólo el revés del idealismo, es la estructura que se puede medir y transformar hasta convertir a las moscas en monstruos, en que la sangre de un combatiente muerto extiende la vida de otro que desfallece.

Las leyes de la evolución darwinista le son precarias para explicar la vida y eso requiere de un lenguaje “no para cualquiera”: el de los números. Sin estas explicaciones la evolución obedecía a fuerzas sobrenaturales en la naturaleza. Era un materialismo fácil y confuso. Cuando Müller era estudiante se redescubrieron las leyes del jesuita checo Gregory Mendel. Los darwinistas, sin comprenderlas o por eso, las mandaron al olvido.

Para el comunista Müller la herencia no estaba en la orden de un dios mineral, como creían los evolucionistas, sí por partículas, los genes, que podían expresarse en una generación y en otra no. Eran materia que podía modificarse para bien o para mal. Müller bombardeó moscas de la fruta en su laboratorio de Estados Unidos y creó generaciones con más ojos, alas o menos patas. Se podía medir la cantidad de radiación y el número de mutaciones. El genetista tenía también otra idea, la especie humana se podía mejorar hasta hacer de los obreros humillados por el capital, seres humanos de la talla de Lenin.

Acosado por el antisemitismo, con las envidias que despertaba su genialidad, se refugia en la Universidad de

Texas en Austin. Pronto lo acosan por escribir panfletos a favor de la Revolución Bolchevique. Decide ir a la Unión Soviética. Lo invita Nikolái Ivánovich Vavílov, botánico, genetista y poderoso miembro del Soviet Supremo. Ahí conoce al héroe de la Primera Guerra Mundial, el cirujano Sergei Sergeevich Yudin, pionero en la anestesia espinal, sobreviviente a tres heridas en los frentes como joven cirujano, fundó en los años 30 el primer banco de sangre en Moscú, con material de vivos y de muertos. Bethune sabía de su existencia y era reconocido en Estados Unidos. Müller le traía a Bethune noticias frescas del cirujano soviético. Ya Duran Jordà había hecho transfusiones en cadáveres en Barcelona, pero éste frente estaba poco asediado y la práctica se abandonó. Madrid era otro asunto. El Instituto Canadiense de Transfusiones en el cuartel de Príncipe de Vergara cubría ya en 1937 cerca de mil kilómetros en fronteras de combate. Bethune, ufano, era comandante designado por la República, el grado más alto en la milicia médica de España. Se necesitaban muertos, darle utilidad a la muerte.

La Unión Soviética era la avanzada mundial en el campo práctico y de la investigación de las transfusiones, con el primer instituto importante en esta materia. Bethune, además tenía a su lado a Müller, un testigo de las prácticas aunque no fuera médico. Algo conveniente en ambas personalidades rijosas. El biólogo le enseñará la técnica soviética para extraer sangre de un cadáver del que cuelga la cabeza en una mesa, cortarle la yugular y tratar a la sangre coagulada con anticoagulantes.

Era partidario de la eugenesia, corriente más filosófica que científica originada en Inglaterra a finales del si-

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

glo XIX, con Francis Galton, médico y primo de Charles Darwin. Aristócrata victoriano, estaba convencido de que al igual que en los caballos se puede mejorar la raza, es posible crear mejores razas de hombres. Con el lema “la verdadera semilla o el nacimiento noble”, tomaba la selección artificial de la evolución de su primo. Su preocupación estaba en eliminar a las clases medias de Inglaterra, degeneradas, culpables del hacinamiento de las ciudades. Para que no se transmita la herencia negativa, propone el control de la natalidad y la esterilización. A la corriente se adhieren H. G. Wells y George Bernard Shaw, que optan por la eugenesia positiva y ridiculizan a Galton. A favor de un comunismo demócrata optan por un proceso que haga crecer a los obreros en una libre competencia con los ricos y eliminar a la plutocracia. En *La máquina del tiempo*, Wells describe una sociedad depurada con una clase única de mecánicos e ingenieros que sustituye a los poderosos pasivos y a los campesinos analfabetos. El meollo estaba en cambiar el ambiente de trabajo y favorecer la educación para conseguir la pureza de la eficacia.

En este sentido Müller era también un ambientalista, aunque con un enfoque más biológico que social. Su libro de 1936 *Afuera de la noche: la perspectiva de un biólogo sobre el futuro*, lo escribió expreso para Stalin antes de partir a la Unión Soviética. Con ideas en las que trabajó desde 1910, su visión, y la misión, eran las de transformar la herencia para conseguir el éxito proletario en una sociedad sin clases sociales. La base estaba en sus experiencias con las moscas y la influencia del ambiente, las mutaciones y las leyes de Mendel. Con inseminación artificial y un ámbito

socialista, las mutaciones se darían en la descendencia de los obreros más aptos. El dictador lo leyó precavido y no le gustó. Ese año empezó con las purgas de los disidentes hacia Siberia. La tercera o cuarta de las oleadas de hambruna asola el campo a consecuencia de la colectivización social que deporta a los gulags a los antiguos propietarios.

Müller le envió una carta a Stalin. Mientras esperaba la respuesta entró en contacto con las transfusiones de sangre como un probable vehículo para los experimentos genéticos. También en ese lapso, el agrónomo Trofim Lysenko negaba la herencia de Mendel. Negaba las leyes de la uniformidad, separación e independencia. Palabras sencillas pero de una gran complejidad matemática. Para Lysenko era más fácil afirmar que el trigo crecía mejor en un suelo socialista que en otro capitalista, tan sólo por el efecto de la abolición de la propiedad privada.

El científico era poderoso, le agradaba a Stalin. Los detractores de su teoría de la evolución materialista fueron excluidos, amenazados o terminaron en Siberia, si no es que asesinados. Müller le era incómodo. También a Stalin. La propuesta de que en un par de generaciones con las leyes de Mendel y la inseminación artificial, todos los obreros serían Lenin, enojó tanto a Stalin que empezó a urdir el asesinato del biólogo. Vavilov lo salva con un pasaporte para las Brigadas Internacionales y va a dar a España. Vasilov, oponente de Lysenko, terminará en la cárcel por contrarrevolucionario y muere de hambre.

Así se dan en España los encuentros más inesperados en las calles, los frentes, los hoteles, las cárceles, paredones y en Príncipe de Vergara 36, en donde, como en to-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

dos los otros lugares, los extranjeros tienen una historia. El fugitivo soviético se va pronto a otro sitio. Le ha enseñado algo a Bethune, pero la sangre, si no tiene códigos de herencia no es su campo. No puede volver a la Unión Soviética y los soviéticos dominan buena parte de la inteligencia y de la guerra. En la Brigada Lincoln hay miles de norteamericanos, pero si regresa a su país, será juzgado por sus publicaciones prosoviéticas en la Universidad de Texas. Tira entonces a la Universidad de Edimburgo en donde le dan alojamiento. En 1946 gana al Premio Nobel de Medicina.

Se va el científico, entra en su lugar el cirujano que a pesar de su juventud ya tiene historia. Reginald Saxton. Setecientos heridos llegaron al hospital de Villarejo los primeros cinco días de los combates en el Jarama. Ya es algo para contar. Los tiros y las bombas venían de las armas que los alemanes les dieron a los fascistas. Los nazis están a favor de la eugenesia como Müller, o el irlandés George Bernard Shaw y el inglés H. G. Wells, aunque del otro lado de la moneda. Los nazis están en la cara de la eugenesia negativa, la máquina de aniquilar, la de la supremacía de la raza, no en el lado de la sociedad igualitaria que pregona la eugenesia positiva.

Saxton era un antifascista convencido desde la infancia. Sudafricano, hijo de un profesor inglés de botánica, crece en la India y estudia medicina en Cambridge. La Gran Depresión de Estados Unidos golpeó con severidad a Inglaterra. Millones de obreros desempleados, marchas en las ciudades, golpes y represión. Barrios y pueblos conocen la miseria. El sistema político y la industria se resquebrajan. Saxton viaja la Unión Soviética, está a poco tiempo

de conocer la medicina social. Al regreso se une, “no había otra alternativa”, cuenta, al Partido Comunista. Lo subleva el ascenso de los nazis en Alemania y cuando se entera de la sublevación en España, forma un comité de médicos antifascistas. Se unen al Spanish Medical Aid Committee y de ahí da el paso a las Brigadas Internacionales. “He venido a España con el apoyo de toda la gente decente que hay en Gran Bretaña”, le dice al secretario del Partido Comunista de Gran Bretaña para solventar cualquier duda. Será el sucesor de Bethune. El “hada madrina” que se le apareció en la tienda de campaña del Jarama.

Al poco tiempo la camioneta Ford se vuelve insuficiente. Bethune se ausenta, va a Francia, regresa con un camión Renault. Va equipada con refrigeradores, hornos, autoclaves, aparatos que funcionan con gasolina o keroseno sin necesidad de electricidad, innovaciones de Bethune, y sangre de muerto para resucitar a los vivos. “Con frecuencia faltaba lo elemental.” El servicio de Sanidad Militar que se formó desprevenido con la sublevación no se articulaba bien con las necesidades que surgían con la proliferación de los frentes y la organización era frágil. Bethune tornaba la paciencia contenida en irritación. Se controlaba a medias en la precisión del trabajo: “Por su mirada y lo débil del pulso debe haber perdido más de dos litros. Sangre calentada a temperatura del cuerpo, jeringuilla totalmente esterilizada. Miro la etiqueta, *sangre número 695, donante 2206, grupo IV, recogida en Madrid el 6 de marzo*. Todo en regla; no hay hemólisis. Vamos allá, cinco minutos y hemos acabado”. Entre los republicanos no había mucha disciplina. Bethune se exasperaba con el desparpajo, le molestaba que hablaran

———— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

tan alto los españoles y “este tono levantado del español es un defecto, viejo ya, de raza. Viejo e incurable. Es una enfermedad crónica”. Entonces Bethune burlaba al flemático anglosajón que llevaba dentro y hablaba más alto que todos los españoles y era más grandilocuente que Góngora o el mismo León Felipe. Su amante Kajsa aplaudía con ademán sevillano. Es un mal presagio.

Y Saxton, paciente, agrega ya en el campo: “A veces no teníamos jeringas para transfundir y las agujas no eran adecuadas. Yo por mi cuenta había guardado un par de estuches con instrumental que me permitieran disecar una vena e insertar la cánula. La sangre se vertía del frasco en un embudo conectado a un tubo y de ahí a la cánula del paciente”. Las cánulas son de vidrio, rígidas, los tubos son de caucho. El plástico no había sido descubierto. Esto dificultaba las maniobras.

Con los donadores, el Servicio es capaz de abastecer a 56 hospitales en Madrid o en las afueras. Bethune no es meticuloso y Kajsa resulta una gerente con magia. Las botellas son de un cuarto de litro, esterilizadas al igual que los tapones de caucho. El equipo, aunque aparatoso es simple. Alcohol, un torniquete de goma, jeringas y agujas, una bomba de vacío para hacer expedito el flujo de la sangre, cánulas de vidrio para unir los tubos con los frascos y con la bomba. Toallas, algodón, gasas y citrato de sodio. La parte estéril es de las agujas y trocares intravenosos. Los donadores eran gente sana, hombres por lo general entre los 18 y los 50 años de edad. Entre las precauciones se usaba la reacción de Wasserman, un prodigio de la inmunología de la época, para detectar la sífilis. Todo fácil de conseguir, si no fuera por la guerra.

Hay otro problema, los donadores se agotan, y no por falta de voluntad. En los pueblos cercanos a los combates la gente está enferma o desnutrida, no se le puede sacar una gota de sangre. Hay hambre y la sangre de los hambrientos no sirve en las venas de los combatientes. Aquí empieza a sobresalir la utilidad de las técnicas de Müller. En las mesas de las cocinas, de los comedores, yace el cadáver, cuelga la cabeza y Saxton o Bethune seccionan la yugular. De un hombre vivo se pueden sacar apenas dos litros de los cinco del cuerpo humano. En un muerto hay dos litros más de utilidad.

Los españoles apodan “La Rubia” a la Ford por el color de la carrocería. Recorre los frentes de la Sierra de Guadarrama, Guadalajara, Valencia, Barcelona, Bethune va con su overol, la metralleta o el fusil en una mano, el frasco de sangre en la otra y con frecuencia se cubre con una boina vasca. Cuando está en Ribarroja del Turia estalla otra granada: ¡Los fascistas tomaron Málaga!

Al sur

El camión Renault fue más apropiado. Cabía más sangre. En el extremo sur de la Península Ibérica, ya cerca de Gibraltar, Málaga era un nicho obrero de anarquistas y comunistas. Como buena parte del aislamiento internacional de la República, sólo una carretera hacia Almería la comunicaba con el resto de España. A principios de 1936 hubo disturbios anticlericales en algunos conventos y mansiones de la alta burguesía, incendios, pretexto fértil para el ren-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

cor del General Queipo de Llano que usaba la radio para aterrorizar: “Estamos decididos a aplicar la ley con firmeza inexorable: ¡Morón, Utrera, Puente Genil, Castro del Río, id preparando sepulturas! Yo os autorizo a matar como a un perro a cualquiera que se atreva a ejercer coacción ante vosotros; que si lo hiciéreis así, quedaréis exentos de toda responsabilidad”. Y sus legionarios mataban en verdad, como la partida de Camisas Negras italianos, de Italia, como italiana era Tina Modotti y la Brigada Garibaldi en el lado de la República.

“Que le den café”, era la sentencia que sin inmutarse usaba Queipo de Llano para matar. Se le atribuye el asesinato de García Lorca con la orden: “que le den dos tiros en el culo, uno por rojo y otro por maricón”. Los republicanos en Málaga tenían apenas 8 mil fusiles, la mitad de los del enemigo. Tres cruceros bombardeaban desde el Mediterráneo y los aviones alemanes arrasaban con bombas y metralla. A ese paraje se dirigió Bethune con Worsley y Sise. No llegaron más allá de Almería. Se toparon con miles de refugiados, una mayoría de niños y mujeres que huyen de la masacre. “Lo que les quiero contar, es lo que yo mismo vi en esta marcha forzada, la más grande, la más horrible evacuación de una ciudad que hayan visto nuestros tiempos....” , escribirá Bethune, en memoria de los cerca de 150 mil pobladores en el blanco de los tiros y cinco mil muertos, civiles en su mayoría. A la entrada de los fascistas se sumó la delación de los vecinos contra “los rojos”. Los obreros se desbandan bajo el temor de Queipo de Llano que avisó a las mujeres que prepararan el luto. En la huida los tanques alemanes pasaron sobre los vivos, los

italianos colgaron a los que alcanzaban, había cadáveres entre las piedras a lo largo de los 200 kilómetros que separan a Málaga de Almería.

El Servicio Canadiense de Transfusión avanza hacia el sur desde Almería. A unos cuantos kilómetros, la “desventurada caravana”, hace lenta la marcha del camión. Vienen primero los más fuertes, lo que alcanzaron a subir su pobreza a los burros o a los caballos, siguen los que cargan una cacerola y trastos. Por los lados del Renault pasan niños y ancianos que se tambalean con los pies agrietados luego de caminar cinco días con sus noches. Las criaturas tiemblan bajo harapos ensangrentados. La respiración se escucha entre el sonido del mar y responde al eco de las montañas. Al final los militares de la República, describe Bethune, con los fusiles inutilizados, los ojos hundidos por la derrota. Repleto de heridos, el camión da vuelta a Almería.

“España es una herida en mi corazón. Una herida que nunca cicatrizará. El dolor permanecerá siempre conmigo, recordándome siempre las cosas que he visto.” Tres días pasa el Servicio Canadiense en Almería. En el hospital del Socorro Rojo Internacional opera lo urgente, transfunde. Cuando termina alguna faena sale a la carretera. Por el cielo pasan bombarderos italianos y alemanes, ráfagas plateadas en el infinito. El cirujano los mira con sorna de rebelde hasta que de repente pierden altura para ametrallar a los desventurados. Va y viene de la carretera al hospital. Si olfatea la gangrena opera sin misericordia. Afuera los cadáveres yacen entre los enfermos. Las sombras vagan cogiendo manojos de hierba para comer, alucinan. En

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

el centro de Almería caen diez bombas, el cirujano recoge los cadáveres de tres niños. Tina Modotti lo ayuda a llevar críos a los refugios. Busca a los padres, si es que no han muerto los reúne, identifica a los huérfanos, consigue alimentos. Codo a codo con Bethune que tiene debilidad por la infancia. Enfermo de tuberculosis pintó en el hospital *La dulce muerte con el más amable de tus ángeles*, niños y jóvenes con el cirujano protector. Cuatro días con sus noches pasa el trío de voluntarios vestidos con el overol. Media el mes de febrero. Regresan a Madrid. Bethune, el grandilocuente habitual va en silencio.

Kajsa se quedó en Madrid. Era ágil para la administración y diestra en el manejo de personas, de hombres sobre todo. Nació en 1903 en Karlstadt, Suecia. Un paraíso vikingo en el delta de un río sobre el inmenso lago Vänern. Muy apropiado para Kajsa, a quien Worsley y Sise veían como una valquiria, un personaje de la mitología de los nazis a los que la mujer no sólo odiaba, sino combatía desde España.

Salió de Suecia a Francia, donde trabajó como niñera, periodista y bailarina por toda Europa en concursos de bailes de maratón (¿Recuerdan *they shoot horses*....?) Cuando el gerente de la empresa huyó con el dinero de los premios, Kajsa estaba en Rumania y puso una agencia de viajes. La experiencia le serviría durante su largo exilio en México. Cuando se desató el golpe fascista en España viajó a Madrid como parte de la Cruz Roja Internacional. La asignan como enfermera de la unidad anarquista de La Columna de Hierro. Anhela más y entra a la Unidad Escocesa de Ambulancias, al mando de Fernanda Jacobsen. Los trabajadores escoceses donan alimentos a los republi-

canos. Kajsá descubre que Jacobsen lleva la comida a los quintacolumnistas ocultos en la Embajada de Inglaterra. Además, los saca del territorio republicano y los lleva con los fascistas. Se desata un escándalo y es acusada de conducta inmoral. Antes de que la echen con deshonor, encuentra trabajo como secretaria de Bethune en el Instituto y se encarga de la logística. Empieza con el apoyo en el Valle del Jarama. Ordena los mapas que su jefe y amante irá dibujando, en los que con precisión describe los frentes a donde llegará la sangre, los riesgos, distancias, ríos, pueblos y montañas, los climas y hasta los cielos.

Cuando regresaron de Almería, Worsley y Sise empezaron a sospechar que se volvían sospechosos. Sanidad Militar impuso a los doctores José Goyanes y Antonio Culebras. Con preparación excelente y republicanos leales, entraron al Instituto. Los señalaron como chauvinistas a ultranza, celosos de la fama de Bethune y de los médicos extranjeros que opacaban a los españoles, sin ser completamente cierto. Bethune tenía lo suyo para el rechazo.

J. Wendell Macleod describe a su maestro como “un individuo inquieto y desapacible. Acelerado en el habla y en los ademanes, extrovertido, entusiasta y amanerado”.

Ese desparpajo no gustaba demasiado a los españoles. Por un lado lo respetaban como cirujano y su presencia garantizaba fondos del Comité de Ayuda.

En marzo de 1937 Bethune estaba en París buscando dinero para el Instituto. Gustaba de la publicidad y en el viaje conoció al cineasta húngaro Geza Karpáthi y al periodista norteamericano Herbert Kline. Bethune les ofreció financiar un documental con el Comité de Ayuda,

———— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

que luego sirviera para recaudar fondos para su instituto y recuperar la inversión. Así surgió *Corazón de España*, propaganda médica y política que mostraba los avatares de la transfusión de sangre en la guerra.

Buena parte de las descripciones son menos generosas que las de Macleod. Lo pintan con ataques de ira incontrolados, con cambios de conducta de la afabilidad a lo inhóspito, arrogante en la cirugía, déspota con los médicos ignorantes y borracho estridente. Vociferante, cierto es que hablaba más alto que los españoles, pero con la tesitura de la advertencia al igual que en el poema que habla de las voces en la historia de España y ahora... “El otro grito es más reciente. Yo estuve en el coro. Aún tengo la voz parda de la ronquera. Fue el que dimos sobre la colina de Madrid, en el año de 1936, para prevenir a la majada, para soliviantar a los cabreros, para despertar al mundo: ¡eh! ¡que viene el lobo! ¡que viene el lobo!... ¡que viene el lobo!” dirá León Felipe.

Su extravagancia en el vestir también molestaba, con el overol y la boina. Kajsá, que se arreglaba con pantalones militares y un cinturón cruzado sobre el pecho a la usanza de los oficiales ingleses en la India. Lo alternaba con vestuario y peinado tipo Isadora Duncan con mascaradas. También era perturbadora, una molestia con encanto. Ignoraba los galanteos de Sorensen, que celoso dio aviso al Comité de Ayuda sobre las extravagancias de la pareja.

La desconfianza la sembró el general Emilio Mola, autor y director del golpe de estado de julio de 1936. Cuando cercó Madrid al mando de cuatro columnas, un reportero le preguntó en cuál confiaba más. El militar respondió que

en la quinta columna, la de los agentes secretos del fascismo dentro de las filas de la revolución. Bethune y su novia cabían en la calumnia. Había indicios. Los mapas acuciosos de los frentes de batalla, los viajes de Bethune a Inglaterra y Francia, la firmeza con la que se ausentaba y la confianza en dejar a la secretaria sueca al mando de la logística.

Bethune, Kajsa y un voluntario de Australia ya habían sido detenidos a principios del 37 en Madrid, bajo sospecha de trabajar en la quinta columna. La animadversión contra Bethune no dejó de preocuparle a Sise, que además de la furia irracional del cirujano, la atribuía a un asunto cultural. En una lucha de intrigas de nacionalidades los anglosajones desestimaban a los hispanos.

El escritor Elías Canetti, hilandero en la rueca frágil de la identidad de los pueblos, teje con ironía el hilo quebradizo entre ingleses y españoles. Más allá de los idiomas, Gran Bretaña es una isla, a la vez un barco y los jefes son capitanes con un grupo pequeño de hombres por encima del mar al que dominan. Venga este himno inglés "Rule Britannia, Britannia rule The Waves", Como Nelson o el Capitán Cook, el inglés le indica al océano a dónde quiere que lo lleve. Los españoles no se mueven. Cuando ocupan una tierra lejana en otro continente, siempre están pensando en regresar al ruedo. Son el matador rodeado por una masa. Cuando dejan de ver al matador, voltean la cabeza, se persignan y se lanzan a matar herejes.

¿Ocurría eso en el Instituto de Transfusiones, en las ciudades republicanas, en los campos de batalla, en los cafés y bares cuando se podía? No sólo había anglófonos. Desde Paraguay o de la India venían los voluntarios

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

además de otro medio centenar de países a las Brigadas Internacionales. El Batallón Lincoln de Estados Unidos tenía negros, indios, rubios y morenos. Adoptaron como himno una vieja canción canadiense, *Red River Valey* que protesta contra la humillación de los mestizos rebeldes de Manitoba. El Batallón Ernest Thälmann estaba compuesto por alemanes y austriacos, también suizos y eslavos. Lleva el nombre en honor al líder comunista preso en Buchenwald y más tarde fusilado. Heroicos en la defensa de Madrid, con numerosas bajas, se retrasa en la Batalla del Jarama y en un momento se relaja la disciplina. Esto podría contradecir el estereotipo alemán que con sorna aporta Canetti. Dice el escritor que los alemanes son, el bosque en marcha con el ejército como símbolo, con la rigidez de los árboles y sin distinguirse uno de otro. La xenofobia estaba del lado franquista y no era sólo contra los extranjeros. El psiquiatra Antonio Vallejo Nájera era un racista “científico” que avalaba a los españoles como una raza semejante a la aria, a la que había que depurar con eugenesia mortal de la contaminación de otros pueblos y: “Si militan en el marxismo son de preferencia psicópatas antisociales, como es nuestra idea, la segregación total de estos sujetos desde la infancia, podría liberar a la sociedad de plaga tan terrible”, para que surgiera la supercasta hispana a semejanza de los arios.

El problema estaba en que Hitler despreciaba a Franco, “un cerdo jesuita”, junto con todos los españoles. A los italianos, con admiración por la Roma antigua, los tuvo por perezosos y negligentes. La discriminación moderna se origina principalmente en Inglaterra, España, con la

sumisión de los nativos en las colonias. Alemania, Italia y Canadá llegan después. De Inglaterra también sale el antídoto contra el racismo y el capital. Los cuáqueros tienen ya movimientos antiesclavistas en el siglo XVII y en 1883 se promulga la primera ley contra la esclavitud. La Declaración de los Derechos del Hombre apoya a estos movimientos. Aunque la esclavitud se relaciona con el racismo, éste último persistió. Los movimientos ingleses proletarios, con todo y su filosofía igualitaria de la prole, soslayan el rechazo a la gente por su color y costumbre. Marx escribió artículos antisemitas, celebró la invasión de Estados Unidos a la California mexicana, la de Inglaterra a la India y con Engels consideraba a los africanos inferiores. Al socialista mulato alemán Ferdinand La Salle le echaba en cara su africanidad heredada con un análisis fisiognómico, con énfasis en las protuberancias de su frente. A partir de las reflexiones marxistas, los nazis y los italianos adoptaron el término socialista en la política. Bethune no era muy afecto a los negros, aunque los aceptaba si eran comunistas.

No hay demasiadas naciones con el afán de afirmar una identidad como España. Ha sido una pasión intelectual sobre todo de los conservadores con el catolicismo en el eje. "El problema de España", "Las dos Españas", "El ser de España" no han ocultado una cultura fraticida. España, con una riqueza étnica de Andalucía al país Vasco no estaba exenta de prejuicios con el Vaticano en las espaldas. Había vigencia de la memoria con la expulsión de moros y judíos en el siglo XV, y la Inquisición no desaparecía del todo. No era sólo un resabio contra las colonias liberadas,

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

también hacia el interior, con los nacionalismos vasco, gallego o catalán, los gitanos en una suerte de *apartheid*. En el ánimo de la II República estaba desaparecer esas majaderías, echar a nadar a la ballena de Melville y ser la primera nación libre de miserias culturales. No se pudo.

La xenofobia que sintieron Worsley y Sise era tal vez una disonancia cultural con vestigios de vicios entre lords e hidalgos. Bethune rebasaba esas categorías. Y era más infante que nadie, con la categoría, además, de Comandante Médico del Ejército Popular.

A principios de 1937 la Sanidad Militar se organizaba. El Servicio de Transfusiones en las tres sedes principales quedaba a cargo de Durán Jardò, opacado por las veleidades de Bethune, español y con una gran experiencia. Se decía que Bethune había parasitado al médico anglo catalán. No soportó que al Servicio Canadiense de Transfusión el gobierno le agregara Hispano Canadiense. Los comunistas, con influencia soviética esparcieron las sospechas de traición y conducta indecorosa de Bethune. Una paradoja cuando los republicanos combatían también a la moral de la aristocracia católica.

Para aminorar la situación a la que llagaron los chismes, Kajsa rompió con Bethune. Lo mejor era separarse, dejar al cirujano que ya planeaba salir de España. La sueca quería además quitarse de encima a Sorensen, a quien detestaba. Y la mujer que hablaba varios idiomas, a la que Worsley y Sise llamaban Gretchen por parecer un personaje de los Nibelungos, la veterana de los bailes maratónicos, la que contestaba el teléfono “Aquí Kajsa, sabes, la sueca, alta, rubia”, fue contratada por la Oficina de Prensa

como guía y traductora de las personalidades que visitaban Madrid. Hemingway, entre ellas. Más tarde la reclutó Svenka Spanienhjälpen, la ayuda humanitaria a España del gobierno sueco.

Bethune despechado empezó con una botella de whisky, en las sombras, le siguió otra más, salía a los pasillos del Instituto trastabillando. Era lo mejor, le dijo Kajsa al separarse. La borrachera le duró varios días. Sus colegas estaban contentos, el gran cirujano mostraba sus desventuras. Renunció al Instituto con honor y énfasis en que consiguió el mejor servicio de transfusiones en campaña. Goyanes se quedó a cargo y demostró ser eficiente. Culebras se fue a los frentes, al Ebro, Teruel, a todos y a la cárcel como prisionero de guerra. Worsley y Sise continuaron con la faena. Reginald Saxton andaba por todos los frentes, transfunde con la técnica de Bethune, el cirujano que fuera su iluminación en el Jarama, y amputa en el frente íntimo de la gangrena en el cuerpo humano. De cuando en cuando se encuentra con un enemigo, un franquista, y se entremete sin importar de quien se trate, aunque sea en vano y se trate de una gangrena avanzada: "Era un moro... tenía un tiro en la pierna, estaba inmóvil, hambriento hasta la inanición en algún lugar de las montañas. Llevaba al menos cinco días antes de que lo encontraran. El pobre tipo agonizaba marchito con la pierna infectada que daba horror, con larvas reptantes que asomaban. El cirujano español lo tuvo que amputar, fue una amputación difícil. Hay que tener estómago para ver esas mutilaciones. Después de la operación seguía agotado y débil. No obstante un jefe de la milicia anarquista local vino y lo vio con pena, pobre hombre... murió al día siguiente".

———— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

Los de las brigadas no iban a matar. Viene de nuevo el poema del comandante Tom Wintringham: “Nuestros enemigos pueden elogiar a la muerte, y adorar a la muerte/ Para nosotros la resistencia y el sol...”

El Batallón Lincoln adopta como himno la canción del *Red River Valley*. Los canadienses de la Mackenzie-Papinau le cambian la letra y se convierte en *The Jarama song*.

“En España hay un valle al que llaman Jarama
Es un lugar que todos conocemos bien
Ahí fue donde peleamos contra los fascistas
Y lo vimos convertirse en la paz de los infiernos.”

En mayo de 1939 Bethune estaba en París, derrotado, aunque regresaba a Canadá para seguir en la recaudación de fondos para España. El Instituto murió de muerte natural, a salvo de la gangrena, gracias a los esfuerzos de Henry Norman Bethune, después de todo.

El 7 de junio de 1937 atracó en Nueva York el *Queen Mary*. Bajó el cirujano. Lo seguían Geza Karpathi y Herbert Kline con los negativos de *Corazón de España*. Un tumulto de reporteros lo esperaba. Vestía elegante e impecable. De pronto su voz se incrustó en el puerto: “¿Qué pasa con Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Canadá? ¿Tienen miedo de darles armas a las fuerzas leales porque se desataría una guerra mundial? La guerra ya empezó y va en la tercera etapa. Primero Manchuria, luego Etiopía y ahora España. Se trata de la democracia contra el fascismo”.

Las acusaciones de que era un agente de los nazis, de los italianos, un espía disfrazado de cirujano comunista en la quinta columna se desbarataban. Era un héroe que regresaba

glorioso a su patria. De paso, una estancia breve. Regresaría, luego de recaudar fondos con la película *Corazón de España* que pronto estaría editada. Cuestión de semanas. Y continuó con la arenga:

“Nosotros en España no podemos entender semejante timidez, ni ese apoltronamiento de los países demócratas. Si cuentan con las armas apropiadas, en un mes las fuerzas leales pueden tirar al mar a todo ejército de Franco. Así podrían terminar la guerra y desvanecerse el peligro. Pero mientras Italia y Alemania agiten la guerra exhibiéndose para matar al pueblo español, la guerra no tendrá final. Y aunque los fascistas nunca tomarán Madrid y jamás Bilbao, la prolongación de la Guerra de España sin duda se extenderá por todo el mundo”.

Allá había quedado Kajsa. Se dedica a cuidar a los niños huérfanos de la República. Hace un hospicio, les enseña a dibujar. Cuando todo está perdido viaja a Francia. Participa en la organización de los españoles en el exilio, ayuda con la documentación, organiza las hileras de refugiados que dejan España. Va con las caravanas de París a Saint Nazaire y a Sète. Zarpan el Flandre y el Sinaia, el Mexique y el Ipanema, los barcos del exilio, una veintena de días por el Atlántico a la España de “tabaco y brea, la perezosa de piel morena, la marinera”. Es el año de 1939, la República fue derrotada. Dos años antes Bethune se embarcó rumbo al Oriente. Kajsa navega en compañía de los emigrantes. También lo es. En el horizonte está Veracruz.

“Qué hilo tan fino, qué delgado junco
— de acero fiel — nos une y nos separa
con España presente en el recuerdo

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

con México presente en la esperanza.

Repite el mar sus cóncavos azules,

repite el cielo sus tranquilas aguas

y entre el cielo y el mar ensayan

vuelos de análoga ambición, nuestras miradas.”

Poema del trasterrado Pedro Garfías. Kajsa se queda para siempre en México. Guía turistas a lo largo de treinta años y muere.

La llegada y el destino

Angus Bethune, el socio influyente de la Huston Bay Company, oteó desde Oregón los confines de China a los que nunca llegó y en los que su bisnieto entró como guerrero y cirujano. Mares de personajes olvidados. Fueron españoles los primeros marinos que partieron de Nueva España al oriente por el Pacífico, a las Indias verdaderas. Era vasco el piloto Urdaneta que encontró la ruta del regreso. De China era el almirante Zheng He que en el siglo XV construyó la flota más poderosa de la dinastía Ming, que navegó de Siam a Malaca y Calcuta. Y de China la muralla, la cerámica Ming, de horizontes tan insospechados que llegaría hasta Sanborn's, de China el misterio, Confucio, Lao Tse, las pagodas, el río Yang Tse, la seda, la Guerra del Opio, Manchuria, la invasión de Japón, la Violación de Nankin, una revolución, el Octavo Ejército de Ruta y la futura tumba de Bethune.

No era mucho lo que Bethune sabía de China, ni siquiera que allá iba a terminar. Apenas algunas nociones para mitigar la amargura con la que regresó de España. A

pesar del despecho viaja por Canadá y el norte de Estados Unidos para conseguir el dinero que necesita la causa. Es un héroe agotado o un empecinado no muy cabal. La gente acude a sus mítines. Habla de sus hazañas en España, de los combates, de la unidad móvil de transfusiones, con la necesidad urgente de asfixiar al fascismo. No es bien visto por el gobierno de Canadá que lo tolera a pesar del revuelo. No hay demasiada presión, lo dejan. Serán los mismos comunistas quienes lo acoten.

Del Grupo de Montreal de 1935 ya nadie se acuerda, excepto Wendell Macleod que, asiduo a las reuniones, hoy está apartado. Lo que no se aleja de su memoria es la conducta de Bethune cuando regresó de la Unión Soviética, generoso, detestable o arrogante al mismo tiempo. Recuerda al Grupo de Montreal. El cirujano hablaba poco de la medicina soviética. Normalmente hablantín, se reservaba los comentarios. Daba otro giro a sus ponencias. En una conferencia con el título "Reflexiones de un retorno a través de un catalejo", la Revolución Soviética equivale a la niñez después de un parto complicado. Usaba la metáfora de Isadora Duncan y la maternidad: "Aquí yazgo, cual fuente de la que brotan chorros de sangre, leche y lágrimas". "Que la creación del mundo no haya sido nunca y menos ahora un gesto de generosidad explica la rudeza y la violencia revolucionaria. La vida moderna es una degradación hasta la pobreza y la miseria que sólo la pasión comunista puede resolver. Esto no es un asunto de Dios, y sí de la voluntad humana". Para los corazones valientes que creen en el futuro ilimitado del hombre, el destino divino yace en sus propias manos, y Rusia presenta hoy el espectáculo

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

más emocionante del espíritu que evoluciona y emerge con heroísmo... “También en una alusión poco clara, hermética, se refiere a la Unión Soviética como *Malicia en el país de las maravillas*.”

De la medicina en la URSS apenas hubo un pie de página. Ahora tampoco tiene demasiada presencia. El Instituto que fundó y las transfusiones en campaña conmueven a los contribuyentes. Muestra el film *Corazón de España* con la sentencia “Yo no vine a España a derramar sangre sino a entregarla”. Lo produjo *Frontier Films*, compañía estadounidense de los radicales Paul Strand, Joris Ivens, que ya había filmado en España, y Leo Hurwitz. En apoyo al Frente Popular en España, en Estados Unidos se forma el *Popular Front*. Enjambre de obreros de toda ralea, de la industria y el comercio, comunistas y sindicalistas, pacifistas y belicistas, emigrantes que huyen del fascismo europeo. Un confín de lejanías que vigila a Manchuria y Etiopía invadidas por Japón e Italia, no sólo a España. *Popular Front* es aliado de *Cultural Front*, un tropel de intelectuales y artistas en el que cabalga *Frontier Films*. Es el latido de la empresa que Bethune lleva a cabo para regresar a España. Es una narración con mucho de Dziga Vertov y los montajes de Ródchenko, la perspectiva que exalta el músculo en el realismo socialista. La diferencia es que la acción de la verdad ocurre en la línea de los combates y que el personaje es el doctor Henry Norman Bethune, de Gravenhurst, ahora en el papel del médico solidario en una secuencia de Madrid sitiado. Bombas, escombros y cadáveres que siembra el enemigo. En Valencia aparece en el desalojo de herido. El documental muestra a un pueblo

que se defiende. Entonces aparece Bethune para defender a los defensores. Pasa sangre de unas venas que murieron a otras que fallecen de no ser porque de pronto se revitalizan, un puño que se ha cerrado a las puertas de la muerte, en la siguiente toma está presto con el saludo comunista.

La propaganda es contradictoria. Es una crítica al gobierno demócrata de Roosevelt que permanece neutro en un conflicto que destruirá al mundo si ganan los fascistas. Wall Street enfurece.

Se siente como meses antes cuando partió a la guerra al mismo tiempo que el búlgaro Georgi Dimitroff publicó en Moscú: "Realizar el mayor esfuerzo posible para ayudar al pueblo español a aplastar a los rebeldes fascistas; No permitir que el Frente Popular sea perturbado o desacreditado en Francia; acelerar por todos los medios el establecimiento de un Frente Popular mundial para la lucha contra la guerra y el fascismo". Eran los ecos de todos los internacionalistas y Bethune seguía sintiéndose camarada, aunque su locuacidad habitual de orador se apaga en momentos. Hay un presagio: *I blotted my copy book*, me arruiné, en español, dijo una vez en el camino a una casa que lo alojaba en Toronto. Lo dijo en primera persona. El modismo habitual en inglés dice: *I blotted your copybook*, dirigido a otra persona que dejó de creer en él, que traicionó su confianza. Es un momento revelador para uno de los que lo escuchaban. Era el chofer de la campaña de propaganda de Bethune en Canadá, el padre de Roderick Stewart, el más fiel de sus biógrafos. En ese trayecto íntimo brotó el individualismo y la poca importancia de los otros.

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

El chofer escucha otros lamentos de Bethune en la soledad del camino, confesiones a la sombra de los arcos que pasan veloces por la carretera... Asume que tiene prejuicios contra los negros, sí, no obstante los puede superar si el negro es un buen comunista.

En los sótanos del Partido Comunista de Canadá los rumores tienen cimientos. Los republicanos españoles no lo quieren de vuelta. Se ventila el robo de unas joyas en el Instituto, del gasto del dinero del Comité de Ayuda para la Democracia de España en la buena vida, en mujeres y en alcohol. No le valió decir al desembarcar en Nueva York que el viaje no fue en primera clase. Lo escoltó un miembro del Partido Comunista de Canadá, el suyo, el de Bethune, no el de ustedes... De España llegaban noticias de ofensas a sus camaradas. De ser generoso se ha vuelto egoísta y ególatra. Un miembro del Comité lo acompañó durante la gira canadiense para vigilar su comportamiento. El partido recibió una carta de la policía de la República de España. Bethune tenía una tacha de persona *non grata* con los asuntos de la amante sospechosa. Intentó volver al hospital del Sacre Coeur en Montreal, donde tanto abogó por los pobres. Las monjas eran partidarias de Franco.

Pronto vino la ayuda. El Partido Comunista de Canadá se alió con El Comité de Ayuda a China, con sede en Nueva York. En compañía de la joven enfermera Jean Ewen, hija de comunista, en enero de 1938 zarpó rumbo a Hong Kong por los mares de Urdaneta y Zheng He, la experiencia de la movilización de la sangre en campaña y el germen de lo que será, tiempo después de que muera en China, los hospitales itinerantes de la guerra de Corea:

M.A.S.H, que retoma el ejército de Estados Unidos. Le falta un mes de travesía.

China

Es un nombre misterioso, ya lo era cuando Marco Polo lo hizo popular en Europa durante el siglo XIII. Puede ser de origen sánscrito, para llamar a la región más allá del Tíbet. No era mucho lo que Bethune sabía del país a donde llegó.

Sí era experto en transfusiones, gangrena y tuberculosis. Y sabía que podía ser útil en un país invadido por Japón. Era la misma batalla aquí que en España. No quiso oír los consejos que le avisaron que China y España no eran lo mismo. Pronto se dio cuenta.

Los hospitales eran un desastre, los médicos no tenían experiencia y la medicina tradicional era un lastre anacrónico. El atraso era una de las razones que justificaban una revolución y no tan sólo la invasión a Manchuria contra la que alertaba Bethune.

China no era España. Encontró resistencia en la puesta al día en materia médica. Al cirujano le desagradaba la herbolaria, el yin y el yang, y los campesinos que se atendían con remedios superados por la medicina europea.

Los primeros médicos occidentales con influencia en China fueron presbiterianos. Hubo intentos católicos con los franciscanos desde el siglo XIII y más tarde con los jesuitas en el XVI con una secuela de mártires. La medicina occidental era incómoda en una región con más de cinco mil años de historia en la salud y en la enfermedad. Una

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

medicina hermética a diferencia de la europea que irrumpió en el balance de la armonía ancestral. Poco le importaba a Bethune la cadencia ancestral con la balanza hecha pedazos por la guerra: la invasión japonesa en uno de los platos y un ejército rojo en el otro que luchaba por tener el mayor de los pesos. La paradoja, una de las incontables en la vida del cirujano, es que sus aportaciones occidentales iban a ser utilizadas en uno de los fraudes políticos más grandes de la salud, el de los médicos descalzos que retoman la medicina tradicional. Ya estaba muerto cuando estos curanderos entraron en boga.

Desde el siglo XIX y gracias a los misioneros y exploradores ingleses, la medicina tradicional china entró a Europa con la euforia de los orientalistas. Intelectuales con fervor por lo exótico formaron círculos esnobs. El kimono y los arabescos, hashis y opio, la cerámica azul y blanca de la dinastía Ming para los aristócratas europeos. La tecnología inglesa descifró el secreto del azul cobalto, abarató el proceso, una factoría en Burslem la imitó con motivos chinescos y la popularizó. El éxito fue tan grande y persistente, que se convirtió en una joya de los restaurantes de Sanborn's en México. Otras curiosidades fascinantes de China fueron el té, las hierbas y el poder contra la impotencia de los huesos del tigre. El tigre que se inflama de luz en la selva de la noche, el de la "terrible simetría.

Bethune, que venía de la asimetría en España entre el fascismo y el comunismo, se encuentra ahora en la espesura de proporciones desconocidas y terribles. El enemigo ahora está a la sombra de las hojas, en el Bushido, el camino del guerrero y el del samurai que se encuentra en el sende-

ro de la muerte. El fascismo japonés tenía grandes semejanzas con la doctrina de los arios y la casta de la superioridad italiana. Culturas diferentes con el denominador común del racismo y la masacre. Es lo que preocupa al cirujano, no el yin ni el yang. Los contrarios están en la dialéctica de la lucha de clases, en Canadá, en España y en China

La esoteria europea esnob se regocijaba con la medicina China, una práctica mística con plantas milagrosas. Un antiguo adagio chino dice que es más importante conocer lo que el otro ignora que lo que sabe. Este proverbio va de Confucio en el *I Ching* a Sun Tzu en el *Arte de la guerra*. Bethune era un ignorante de todo lo que no fuera occidental. No sabía que hacia el 500 a. c., con el imperio de la dinastía Chou, ya había libros de medicina en los que se describe a la acupuntura con poesía y tenían academias de medicina. Ignorante, se adentra en un cosmos de cinco elementos que actúan en un círculo de generación mutua. En el agua se origina la madera de la que brota el fuego que da origen a la tierra que genera al metal que se convierte en agua. En otro círculo simultáneo los elementos se conquistan, giran en sentido contrario y el agua destruye al fuego en una cadena destructiva hasta el metal.

El yin y el yang no son opuestos, se complementan sin la noción del bien y el mal. El *I Ching* tiene mucho de quirúrgico, es el libro de las mutaciones. El hombre aparece dotado de un alma grandiosa que le permite meditar adentro del conflicto para prevenir los problemas. El yin, el Yan y el *I Ching* eran omnipresentes en el nuevo paisaje de Bethune. La práctica de la medicina imperial estaba jerarquizada. Del jefe supremo de los médicos dependían graduados de primer y tercer orden, escribanos y aprendi-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

ces. Los graduados de segundo orden estaban adscritos a las enfermedades sencillas, resfriados, dolores de cabeza, enfermedades de la piel. Al jefe le reportaban día con día y por escrito los pormenores de la jornada. En la categoría de los médicos de las úlceras entraban los cirujanos. En la categoría de úlceras están las heridas por armas y las caídas, los huesos rotos. Aplicaban drogas, debridaban tejidos muertos, limpiaban con agua y jabón, pero no amputaban. La especialidad de Bethune era quitar.

La medicina china logró establecerse fuera de los sacerdotes y de los políticos, pero siempre dentro de la ideología del imperio. El emperador era el Hijo del Cielo y por encima estaba El Gobierno del Cielo, la medicina laica estaba subordinada a la religión. La sumisión y obediencia ante esta figura las encontrará Bethune en diferentes formas. Una resistencia a vencer con trucos de Houdini.

La medicina china tenía alrededor de 2000 productos, plantas sobre todo, y 16 mil recetas. A lo largo de los 5 mil años de existencia y cultura, tenía semejanza con la medicina europea anterior a la revolución científica. Bastaron los últimos 300 años, a partir del final del siglo XVII, para que China se rezagara con brutalidad de los avances de occidente.

La pólvora, la imprenta y la brújula disminuyeron en importancia. Los tipos móviles de Gutenberg, los cañones, fusiles y pistolas le dieron un aliento fúnebre a la pirotecnia, la brújula fue más útil con el sextante y el cronómetro, y la síntesis química hizo pastillas de la herbolaria. La máquina de vapor llegó a China guiada por la brújula de las innovaciones occidentales. La Compañía de

Jesús tuvo un buen juego diplomático. Mostró al emperador de la dinastía Ming el telescopio y la astronomía, a cambio de cierta tolerancia religiosa para los católicos. Los protestantes fueron los que ganaron.

Eran presbiterianas las primeras misiones que empezaron a llegar en el siglo XVIII con los primeros médicos anglosajones y el acervo novedoso de una curación que desconocía El Hijo del Cielo. Los presbiterianos son calvinistas, predeterminados independientemente de sus acciones. Dios destinó unos hombres a la vida eterna y otros a la muerte eterna. Por lo tanto, los presbiterianos sortean la incertidumbre, no con buenas acciones, sí con un *ethos* económico ascético y racional. Acciones con máximo rendimiento y gastos mínimos. Es una forma de gloria, un entendimiento con Dios para engrandecerlo con el trabajo ahorrativo de sus fieles. Ganar más y gastar menos. Esto requiere una estrategia que parte de saber lo que ignora el otro. Confucio, podría ser científico, de no ser porque este filósofo tenía una racionalidad distinta a la de los europeos, con evidencia, carente de la prueba. Los chinos tenían geometría pero no con el modelo griego de la demostración euclidiana. En este juego ganaban los presbiterianos.

Si en el *I Ching* el hombre se hunde en su espíritu para reflexionar en lo que viene, el presbiteriano emplea la lógica matemática de la teoría del juego. La pérdida o la ganancia de un participante se equilibra con la ganancia o pérdida del otro. Si se comete un fraude será castigado, no se le elimina. Si lo vuelve a cometer en el siguiente lance perderá y así sucesivamente hasta quedarse en la indigen-

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

cia. El egoísmo es pernicioso para la comunidad presbiteriana. Es un engranaje de ética comunitaria que no tienen los chinos para vivir en el presente capitalista.

Este *ethos* es el arma con la que los presbiterianos construyen en China los primeros hospitales y más tarde las escuelas de medicina occidental, con resultados muy limitados. Los médicos chinos que salen de esas escuelas están mal preparados desde su origen. Esta negligencia desatará la ira de Bethune un siglo más tarde. Los chinos no aprendieron de las misiones presbiterianas que llegaron a China en 1838, durante la Primera Guerra del Opio y arriban en medio de una animadversión contra los extranjeros. Los misioneros soportan estoicos el clima, los insectos, las inundaciones y las calamidades de la cultura ajena. El doctor Divie Bethune McCartee, de probable parentesco lejano con Henry Norman, construyó una iglesia en Ningpo, un pequeño dispensario y va a las casas a visitar pacientes y evangelizar. El sistema de la visita a domicilio se esparce. Llegan legos y enfermeras, atienden males menores y catequizan. Hay un control estricto de la disciplina por la Oficina de Misiones Extranjeras con sede en Estados Unidos.

En 1854, el doctor John Kerr, sin el compromiso de cristianizar a nadie, toma el control del Hospital Cristiano de Cantón, un núcleo de medicina occidental con servicios de salud y educación médica. También, en una cuestión novedosa, construye un asilo para enfermos mentales, atención jamás vista en China. Sun Yat Sen acude para adiestrarse en materia de primeros auxilio. Se convierte al cristianismo, estudia medicina formal en Hong Kong

y Honolulu, para ser más tarde el padre de la Revolución China.

El doctor Sun Yat Sen, se europeíza en Londres y Estados Unidos. Admira la filosofía positivista y la democracia en América. Hace levantamientos en China, va contra la dinastía Manchú que tiraniza al pueblo, lo persiguen, se exilia en Inglaterra, la policía secreta de Manchuria lo secuestra en Inglaterra, lo llevan a China, escapa a Japón y regresa, tira al imperio y es el primer presidente de la República China. En sus primeras acciones descalifica a la medicina tradicional. A Confucio, Lao Tse y Buda no los puede mover. Opta por la indiferencia. Es un presbiteriano tolerante. En 1911 funda el Kuomintang, el pasaje hacia la China moderna y la guerra civil que le tocará a Bethune. En 1912 empieza la República Popular China. Las guerras del opio, el despotismo imperial, las víctimas y derrotas de la rebelión de los Boxers, las cerrazones y aperturas con el comercio occidental tenían a China devastada.

El opio no era una droga importante en la farmacopea China. Se convirtió en un arma comercial poco ética de la Reina Victoria para doblegar a la dinastía Qing, sucesora de la Ming en la fabricación de vajillas. La empresa inglesa de espíritu protestante tenía un serio déficit comercial. La avidez por la seda, cerámica, té y otras extravagancias de la burguesía, la cerrazón por otro lado del imperio chino a los bienes ingleses, urdió la importación de opio de India hacia China que resultó en una enajenación soporosa de los habitantes con los vapores de la droga. La protesta de un funcionario trajo naves de guerra, ataques con cañón desde la flota imperial británica que ganó. Suspendió por

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

un momento la conspiración del opio y a cambio se hizo de Hong Kong con el tratado de Nanking.

El dominio británico, la pasividad y tolerancia de los manchúes en el poder agobiaban al pueblo. A fines del siglo XIX empieza la sublevación de los Yihétuán. Apodados boxers por los occidentales, campesinos pobres, miles, con cristianos en las filas, se levantan contra la penetración de Occidente y su acarreo de miseria. Los boxers fueron derrotados con la alianza de ingleses, franceses, alemanes, occidentales que reinaban en Beijin. Sun Yat Sen tenía terreno para unificar China. No sólo hace que los manchúes caigan. Para modernizar la emprende contra la medicina tradicional y apoya los hospitales presbiterianos.

Fuera con la moxibustión, una técnica que aplica calor en el cuerpo con artemisa incandescente. La peste negra, el cólera, la difteria y la escarlatina están sin control y no se alivian con sahumerios. Los gusanos de los esquistosomas inundan los pulmones de los campesinos y la fiebre blanca, la tuberculosis es rampante y la gangrena el enemigo mortal en la guerra. La acupuntura no los cura. ¡Fuera con los remedios tradicionales!, dice el doctor Sun Yat Sen. No tiene éxito. El pueblo continúa con los curanderos. En 1927 cuando el Guomindang se renueva con Chiang Kai-shek a la cabeza, aparece el decreto: “Abolición de la Antigua Medicina para eliminar los obstáculos de la salud pública”. La orden viene del Ministerio Central de Salud de la República Popular. La medicina tradicional es anticientífica y fraudulenta. Se prohíbe, por lo tanto, todo tipo de escuelas en esta corriente, para controlar a la superstición.

Mao Tse Tung, futuro mecenas de Bethune, se adhiere con vehemencia a la prohibición de la medicina folclórica. En 1921 participa en el Partido Comunista de China. Por un tiempo aliado con el Guomindang para unificar China en contra de “los señores de la guerra”, los terratenientes alzados, en 1927 se dividen, Mao crea el Ejército Rojo en el que Bethune va a militar y se desencadena la guerra civil que va a durar hasta 1950.

Ese pasado lo ignoraba Bethune. No importa, va contra el fascismo japonés, enfermedad terrible en la Segunda Guerra Sino Japonesa. A finales del siglo XIX Japón invadió China para separar a Corea del imperio Qin. Japón gana y se queda con algunas islas. Es un antecedente de la insurrección de Sun Yat-Sen. En 1931 Japón invade Manchuria y la anexa a su imperio. La idea es controlar todo el noroeste de China. Un incidente banal, la desaparición de un soldado en el Puente de Marco Polo en Pekín, da lugar a una trifulca entre soldados de China y Japón. Tokio ordena invadir Nankín, capital del Kuomintang, masacra a 300 mil personas y empieza la Segunda Guerra Sino Japonesa.

Es el llamado que escucha Bethune. Le basta que participe un ejército marxista comunista para enrolarse. La URSS contuvo la expansión japonesa en los límites de Manchuria, Mao había construido un soviét chino, tenía apoyo de la Unión Soviética y llamaba bolcheviques a los campesinos. Era un movimiento tan trascendente como el calvinismo. Bethune no lo veía en tono religioso. Eran los tiempos en los que el ateísmo se consideraba racional por naturaleza, sin importar que esto fuera una falacia.

En sus discursos Bethune mencionaba con frecuencia a Manchuria. La región donde se origina la dinastía

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

Qin depuesta, de origen altaico y no chino, fue invadida en 1931 por Japón, un peligro para el cirujano semejante al de Alemania y al de Italia. Una guerra civil y una invasión fascista eran el escenario. Algo le recordaba a Bethune la situación española. Pero España no era China, se lo advirtieron sus camaradas en Canadá. No hace caso.

El 27 de enero de 1937 Bethune declara al desembarcar en Hong Kong, territorio inglés: “Me niego a perdonar, por indolencia u omisión, a las guerras que la avaricia lleva a los hombres a matarse unos a otros. España y China son partes de la misma batalla. Voy a China porque siento que es donde puedo ser más útil”. Vuela con la enfermera Jean Ewen a Wuhan, capital provisional del Kuomintang. Se entrevista con Chou En lai, líder comunista que trataba de montar una alianza con los nacionales de Chiang Kai-Shek para contener a Japón, hay una tregua. El recién llegado merodea por algunos pueblos aledaños, trabaja, observa en los hospitales y dispensarios presbiterianos. A los pocos días emprende su larga marcha rumbo a Yunan, capital de China Comunista en la provincia de Shaanxi en el momento. Lleva consigo a su tesoro, la cámara Kodak Retina II que compró en Nueva York antes de partir.

Mil quinientos kilómetros agrestes, caminos reventados. En camión, mulas, carretas y ferrocarril. Se detenían cuando se encontraban con un herido. Lo curaban bajo el acecho del Bushido enemigo en el Hagakure, a la sombra de las hojas. Escaparon de un ataque. Semanas después Norman y Jane arriban a Xi'an, cuartel del 8º Ejército de Ruta de la milicia roja. Los recibe efusivo Zhu De, el comandante en jefe. Barracas con la dignidad de la pobreza,

peroles humeantes de una comida ajena, de olor desconocido, soldados en cuclillas y perros flacos, fusiles que se recargan en pilas de trípodes, que donó la Unión Soviética. Conocen al doctor Richard Brown, cirujano cardiovascular y de tórax. Con unos meses de experiencia en el campo, misionero evangelista y constructor de hospitales, acompañará a Bethune y a Jane durante un tiempo.

El siguiente paso es a Yunan, el centro neurálgico del Ejército Rojo.

“Me causó muy buena impresión” dijo Bethune después de conversar horas, hasta avanzada la noche, con el presidente del Consejo Militar Revolucionario: Mao Zedong. No se volverían a ver. El día de la muerte del Gran Cirujano, el futuro Gran Timonel, escribirá una de las más graves y grandiosas esquelas fúnebres, *deploratio mortis*. Mao quizás conocía la de Tucídides por la muerte de Pericles. Una exaltación didáctica de la democracia, las leyes y la bondad de los vecinos. El texto de Mao dice “¿Qué espíritu impulsa a un extranjero a entregarse sin ningún móvil personal a la causa de la liberación del pueblo chino como a la suya propia?”. No escatima las menciones al marxismo leninismo. No era común en China el discurso para los difuntos. Las elegías o endechas a los muertos llegaron con las misiones jesuitas y luego con los protestantes. Con fuertes raíces bíblicas y grecolatinas, en Rusia formaron parte del discurso bolchevique y más tarde en la Unión Soviética. Había especialistas. Sergei Kirov escribió la endecha de la muerte de Korosov. Lenin la hizo publicar en el periódico *Vperiod*, engrane de la propaganda comunista. Conmovió. Mao integró el discurso del camarada Bethune

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

en el *Pequeño Libro Rojo*. El muerto era una vida ejemplar en la tarea de forjar la igualdad en la lucha de clases y la solidaridad del extranjero convertido ahora en un vecino camarada.

Viene de nuevo a colación Oscar Wilde: “En la vida, es más importante el estilo que la sinceridad”. Los dos tenían aplomo. Esto no quiere decir que Mao y Bethune se mintieran el uno al otro, sino que la aprobación fue mutua. La prueba está en que el cirujano canadiense fue nombrado miembro del Partido Comunista de China.

Poco después del encuentro con Mao, Brown, Jean y Bethune viajaron al norte, a la fronteriza y acosada región de Xinhua, aislada, escenario de combates fieros bañados en sangre. Está bajo el mando del mariscal Nie Rongzhen. Bethune ya ha visto lo suficiente y está listo para formar unidades quirúrgicas que se desplacen al frente, como en España. “El herido no viene a nosotros. Nosotros vamos por el herido”. No había ambulancias.

“La luz que persigue la bondad”

Su carácter se ha atemperado. No apresura a los pacientes como en España. Sigue bebiendo a cántaros pero sus borracheras ya no despiertan a los dragones de la cólera. No siempre, estalla sobrio o borracho contra la ineptitud y la pagan los ayudantes. Se queja de la ineptitud de los médicos chinos, los maltrata, grita, levanta la voz amenazante. Nadie lo entiende, pero impresiona. Él nunca tuvo la intención de aprender chino, como tampoco español. Se entendía con

gestos y manotazos o con la dulzura del presbiteriano que cuida de los desposeídos. Jean Ewen es su mano derecha y la traductora.

El doctor Zhang Yesheng es uno de los últimos testigos de las andanzas de Bethune, de los que sobrevivieron a sus arranques y, con el impulso del cirujano, logró recibirse como médico. Con él fue bondadoso. Tenía diecisiete años. Una caravana de 16 burros entró a su aldea. Los bultos doblaban a los animales, eran de comida y medicinas. El muchacho siguió al cirujano hasta un hospital en Yunan, que había construido. Adopta a Zhang como aprendiz, mira cómo corre a gritos a los ineptos que aspiran a un puesto como el suyo.

En una reunión en Yunan se discutía sobre la pertinencia de que los médicos fueran al frente. Ya estaban organizadas las Unidades quirúrgicas móviles. Apenas con la insinuación de que deberían quedarse en el hospital, agarró un taburete, lo agitó en el aire y lo tiró por una ventana. La hizo trizas. Durante la operación de un herido grave con la cabeza partida, la ineficiencia de sus ayudantes chinos a los que preparaba lo sacó de quicio. Aventó el instrumental y a patadas lo regó por el piso. Se desconoce el desenlace del paciente. El mariscal Nie estaba atento en el cuartel a los avisos y rumores de la cólera. Le gustaba que a los campesinos los tratara como proletarios. Cuando llegaba a curar a las aldeas, la gente lo recibía como si fuera la emanación de una luz budista. Le llamaron Bai Qiu, que en chino significa "la luz que persigue a la bondad". El mariscal Nie Rongzhen lo nombró comandante médico de todo el 8º Ejército de Ruta de

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

China Comunista. Una milicia de guerrillas en contra del poderoso y bien armado ejército japonés con medicina de vanguardia. China no era España. La electricidad era precaria, no podía alimentar refrigeradores para conservar la sangre. Difícil tener unidades móviles de transfusiones. Había unos cuantos médicos calificados, no más de una docena, en su mayoría occidentales, para atender una población de trece millones de habitantes con campesinos enfermos y soldados heridos. El Hospital Central estaba en Jingangku, al pie de la montaña inhóspita de Wutain Shan con sauces embrujados, almas que llevan la maldad de la persona en vida, cercados por las sombras en las hojas del Bushido y sus guerreros japoneses, vástagos de los samurái. Era un villorrio. La Unidad quirúrgica móvil que ideó Bethune para China fue un camión con un juego completo de instrumental quirúrgico, veinticinco tablillas de madera, gasa estéril, cloroformo o éter, iodo y jabón, alcanfor desinfectante, jeringas, suturas, lámparas de keroseno, fenotiacina, cafeína, quinina, aspirina y hierro. Aparte, imprescindible, estaba la sierra, el primer artilugio contra la gangrena y la sangre envenenada. Dos médicos chinos, un traductor adiestrado por Bethune como anestesista, un cocinero y dos aprendices.

Bethune dejaba atrás su fama de negligente y desparpajado en la administración, lo que le criticaban en España. Ahora no estaba Kajsa. Era Jean quien llevaba la logística. Diseñó una mesa quirúrgica plegable de madera. En caso de un repliegue, todo el hospital se desarma en media hora, aun bajo las balas, con tiempo para escapar del enemigo. Al camión iban atadas un par de mulas para

cualquier emergencia. Bethune iba al frente montado en un caballo y el camión lo seguía a través del páramo.

En el combate de Qihui, abril de 1939, operó ciento quince veces en un lapso de sesenta y nueve horas. Cada día salvó quinientas vidas, cuenta Zhang. Con la luz de los quinqués se tenía que ser preciso. Las mulas resoplaban tras el camión, la sanidad era un desastre, gasas sanguinolentas en el piso, piernas y brazos en el terreno, olor a putrefacción mezclado con alcanfor. De vez en cuando uno de los animales se encabritaba o daba coses en el aire de la árida montaña de Wutain Shan.

—¿Nadie más? —dijo Betune después del combate. Se enjugaba las manos. Había cuatro japoneses prisioneros, mal heridos. —Que los traigan. Ésta es la comunidad del dolor y no hay enemigos. Que les quiten ese uniforme ensangrentado. Que les paren la hemorragia y los pongan junto a los otros heridos. ¿Estos hombres son asesinos profesionales? No. Son aprendices de las armas, son manos trabajadoras. Son obreros con uniforme.

En esta metamorfosis del enemigo en un trabajador sencillo en la comuna de la pena, había alguna resonancia de la Guerra de España con el poema de Tom Wintringham de las Brigadas Internacionales:

“Nuestros enemigos pueden elogiar a la muerte, y adorar a la muerte. Para nosotros la resistencia y el sol...”

España y China se funden en una misma idea. “Obreros con uniforme”. Bethune no usa en China el overol de obrero de la salud, ni la boina, tampoco el suéter de cuello de tortuga amarillo. Los campesinos chinos no conocen el overol, les sería un estorbo. Viste con uniforme

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

de soldado del Ejército Rojo, unas veces sólo el pantalón y una camisa desabotonada, otras, nada más al pantalón. Así se pone a escribir cuando no opera, supervisa, ve enfermos o lleva provisiones a las aldeas en las que predica el evangelio de la lucha de clases, la buena nueva. Descamisado se echa en el patio de los hospitales, afuera de su casa, a mirar el horizonte con las sombras de la montaña inhóspita.

Escribe sobre los horrores de la guerra, *Heridas* es el nombre de lo que escribe al ritmo de lo que observa, de lo que vive, desde la soledad alumbrado por una lámpara de keroseno: “A lo que viene. ¡Qué niño! Diecisiete. Le dispararon en la panza. Cloroformo. ¿Listo? El gas corre afuera de la cavidad peritoneal abierta. Olor a mierda. Asas en rosa del intestino dilatado. Cuatro perforaciones. Cíerrenlas. Fruncir con las cuerdas de la sutura. Fuera de la pelvis las esponjas. Los tubos. Tres tubos. Difícil de cerrar. Manténganlo caliente. Mojen esos tabiques en agua caliente”.

Es gangrena, no hay nada que hacer, las vísceras pasarán pronto al azul, al negro en un joven de diecisiete años, el frío es indicio del choque, no hay calefacción, los tubos del suero ya no sirven, tampoco el de la garganta, la tecnología es insuficiente. Se va.

Intestino dilatado, el vocabulario de la medicina le explica a Bethune el destino. Es diferente al del *I Ching* que dice:

“Indaga el oráculo una vez más,
ve si tienes elevación, duración y
perseverancia”.

El oráculo de Bethune es el responsable de que el cirujano se asome dentro de acertijos que no contempla la mística china. Habla y mira con otro dialecto: "en la encrucijada biliopancreática el conducto hepático tiene aproximadamente 2. 5 centímetros de longitud, se continúa con el colédoco en el borde del epiplón menor, por delante de la vena porta, a la derecha de la arteria hepática, por detrás de la primera porción del duodeno que aún se halla por delante de la vena porta, se dispone a la derecha de la arteria gastroduodenal. Después describe gradualmente una curva al atravesar la cabeza del páncreas..." Es el espejo de los intestinos, que se empaña con los gases que producen las bacterias para sobrevivir, los microbios que triunfan a costa del muchacho herido a la sombra de la montaña árida. Es un lenguaje no para cualquiera. Bethune observa con el argot de la sangre. No lo van a aprender los aprendices que lo ayudan. Bethune es un gran cirujano porque es el intérprete de la naturaleza con las voces del universitario.

No puede usarlo en las personas que adiestra en el campo para que resuelvan las heridas de la guerra, las enfermedades de las aldeas. Son analfabetas. Les da rudimentos, lo necesario para que un cocinero se convierta en anestesista. En la aldea de Yangjiazhuang da un curso de cinco semanas para preparar campesinos en acciones que van de la enfermería a los primeros auxilios. Del jabón y el lavado de las heridas, el aislamiento de los enfermos con tuberculosis. Operaciones muy sencillas. No enseña las profundidades de la encrucijada biliopancreático con una bala incrustada.

La intérprete es Jean Ewen, una auxiliar verdadera, un enigma en la vida de Bethune, un olvido en el panteón

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

de los héroes de China y de Canadá. Enfermera graduada acompaña al cirujano desde la partida al Asia, hasta lo desconocido para Bethune, a terrenos que ella ya exploró cinco años con misiones franciscanas en China. La orden tenía cadena de paciencia, mártires y humillaciones con poco éxito en la conversión al cristianismo. Los misioneros abogaban por un Señor de los Cielos y los chinos por un Hijo del Cielo encarnado en el emperador. En esa lucha de conceptos sin posibilidades de empate Jean Ewen recorre los vicariatos de San Francisco en China. Es hija de un escocés proletario y comunista que emigró a Canadá. Ella es católica, abnegada. Con muy buena preparación en enfermería, estudió en Winnipeg, habla chino mandarín, lleva la contabilidad, atiende heridos y adiestra practicantes y guía al pueblo en la prevención de enfermedades. Es un germen para el desarrollo de los médicos descalzos, sin sospecharlo. Le era tan útil a Bethune, que el cirujano contuvo su misoginia. Bastó con no mencionarla nunca.

Está a su lado en la construcción del hospital permanente de Sung-yen-K'on. Escuela de aprendices de la salud. En menos de dos años hizo una veintena de dispensarios escuela. Otro antecedente que servirá al maoísmo en la formación de los médicos descalzos. Bethune diseñó instrumentos quirúrgicos en Canadá y un aparato de neumotórax. El impulso lo continuó en China con carpinteros y herreros nativos. Inventó un contenedor para el transporte y almacenamiento de drogas y suplementos. Se podía desplegar y volverse una mesa de cirugía. Lo llamó *lugou qiao*, el puente de Marco Polo. Un día, después de una decena de operaciones, exclamó con el ánimo fatigado no haberse

sentido jamás tan feliz como en China comunista donde era un camarada al que trataban a cuerpo de rey.

Una tarde, poco antes de morir, con deseos de regresar a Canadá y conseguir dinero para financiar sus proyectos, sobrecogido por la soledad, reclama la necesidad de tener alguien con quién platicar. Es un amante de la conversación que da vueltas y zigzaguea por paisajes insospechados. No se queja del calor ni del frío que cala con amargura, de la sed o de los piojos, de caminar en las montañas y guarecerse en chozas sin estufas, camas ni baños. Está seguro de que lo mismo puede operar en un templo budista, oscuro y sucio, bajo la mirada impasible de un cura gigantesco que lo vigila por encima de sus hombros, que en un hospital moderno con lámparas, agua corriente, las paredes con el color verde, hermosas, y miles de accesorios e instrumentos. En un año recorrió 5 093 kilómetros y cuatrocientos tres metros por malos caminos, de los que 600 fueron a pie entre las provincias de Shansi, Shensi y Hopei. Operó 762 veces y vigiló 1200 heridas. Seguía bebiendo y con berrinches, ahora moderados. El mariscal Nie lo surtía de whisky y lo toleraba... Además de los pequeños centros y hospitales de entrenamiento, una escuela elemental de medicina occidental para aprendices. Escribió tres manuales con los patrones de Occidente que de inmediato tradujo Jean al chino mandarín.

Política oportuna

Mao y los jefes del Ejército Rojo se oponían con tenacidad y hasta con violencia a la medicina tradicional china. Era

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

supersticiosa, anímica, religiosa y esotérica. El Yang I, la medicina ancestral era reaccionaria, simplemente no iba con el materialismo histórico de la Revolución. Mao seguía aquella prohibición de Sun Yat Sen. Una abolición que no cundió. El gobierno de la República Popular que se burlaba del aceite de serpiente y calificaba a los médicos tradicionales de cirqueros, era también sindicalista al estilo occidental. En esta corriente, los llamados charlatanes anticientíficos formaron la Unión Nacional de Asociaciones de Medicina China. El pueblo empobrecido reclamaba la tradición curandera y con el sindicato en la clandestinidad continuó el ejercicio del Yang I.

Había otros médicos occidentales además de Bethune. Dwarkanath Shantaram Kotnis partió de la India con cuatro compañeros a dar asistencia médica en la Segunda Guerra Sino Japonesa. Los envía Nehru en un gesto de amistad con China. Lo único que sabían de China es que “de pronto aparece gente extraña en India que vende seda”, dijo el doctor Kotnis y se fue a los combates. Graduado en el Seth G. S. Medical College de Bombay, con una sólida preparación de la escuela inglesa, se unió al Ejército Rojo en Jin -Cha- Ji, en el borde de la montaña Wutai. Su resistencia le permitía operar setenta y dos horas sin parar y en un combate trató a ochocientos heridos. Conoció a Bethune sin tiempo para la amistad o con todo el horario para antipatía profesional. La arrogancia y la competencia son parte de la estereotipia del oficio. De humildes barberos en la edad media, con el descubrimiento de la anestesia a mediados del siglo XIX adquirieron la vanidad escénica y el control material de la vida. Si una enfermera

opina la abaten con el desprecio de su ignorancia en medicina, así tenga razón y sus observaciones puedan sacar de la muerte al enfermo. El doctor Kotnis tendrá estatuas en China, al igual que Bethune y también será héroe.

En los años cincuenta llega el doctor Leo Eloesser, de San Francisco. Estuvo en la Guerra de España. En China hizo cuadrillas de parteras empíricas, escribió manuales de medicina elemental y modelos de atención de la salud en la base del pueblo. En cuanto a los objetivos sanitarios, no había duda de la eficacia de la medicina occidental. Cuando llega Eloesser ya se habían descubierto los antibióticos. Más útiles que el veneno de serpiente, la moxibustión y la acupuntura, que pasaban a la moda exótica de la burguesía de Europa y Norteamérica.

En 1945 Japón es derrotado por las potencias aliadas. El Ejército Rojo triunfa sobre el Guomindang y se organiza el bolchevismo campesino. Los médicos de la escuela occidental se desvanecen y al Gran Timonel se le ocurre echar mano de la medicina tradicional china, sin los grandes costos de la medicina científica. Arma un híbrido de la medicina tradicional a la que quita la esoteria, no por completo y deja la herbolaria. Recluta campesinos jóvenes con estudios de secundaria. No eran viejos sabios del Yan I. Son aprendices del sistema de Bethune y Eloesser. Mao publica la gran idea en 1958 en el *Diario del Pueblo*. Afirma que son médicos descalzos como los campesinos que trabajan en los sembradíos de arroz. Son los años del nacionalismo de Franz Fanon, del “Black is Beautiful”, “El patriotismo es un egoísmo en masa”. La Organización Mundial de la Salud mira a la pobreza como una amenaza a la salud y

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

en la medicina occidental encuentra costos excesivos. No hay recursos para el Tercer Mundo. Convoca en 1978 a la Conferencia de Alma Ata, Kazajistán. Concluye que la solución a los problemas de la salud y de la enfermedad está no sólo en la prevención, sino en que ésta vaya a cargo de modelos como los médicos descalzos y en convivencias con las medicinas folclóricas. La *folk medicine* fue adoptada de inmediato por ecologistas, burguesía esnob, gobiernos de países pobres y ricos. En los países desarrollados no se aplicó, pero miraban con simpatía el esfuerzo autóctono.

No era la medicina que Bethune y Eloesser querían. El viraje del Gran Timonel fue del rechazo en los años veinte a la aceptación del folclor en los años sesenta. A diferencia de la filosofía de Bethune, privó la consigna de Mao: “El conocimiento es menos importante que la voluntad”. No funcionó. Los médicos descalzos estaban cerca del Tao, “el camino de la enseñanza”, lejos de Lenin, del “camino que la clase obrera desbroza, el que conduce a la victoria del principal enemigo de los trabajadores: el capital”.

Se rompió la continuidad que esperaba Bethune. El gran salto de Mao, El Gran Timonel, fue un tumbo inesperado en el sendero de Bethune. Los aprendices se convirtieron en médicos, profesionistas sin sandalias más aptos para caminar en los arrozales que en los pasillos de la tecnología occidental. El camino se bifurcó.

El héroe

En un papel de antropólogo social, Bethune batalla contra las falsas creencias. Los campesinos son renuentes a

las transfusiones de sangre. Los donadores son escasos. El doctor Brown está a cargo del procedimiento que tanto éxito tuviera en España. Ahora es difícil llevarlo a cabo tras la línea de fuego. Se aplica en los hospitales. Bethune predica con el ejemplo. Se acuesta en la mesa de operaciones, el colega traspasa la sangre de Bethune a un paciente, es una demostración pública. Trata de convencer a los campesinos que se horrorizan ante los aparatos, el concepto, y la sangre. Trata de educar al pueblo. Con el ejemplo. “Ningún hombre ha sacado tanto plomo de la gente, de sus huesos, de su carne, de las tripas, puesto en su lugar tantos huesos o amputado tantas piernas y brazos”, escribe Jean Ewen. Es un buen pastor de la grey que trata a los enfermos y a los heridos como si fuera una monja, observa la enfermera. Una hermana de la caridad que no pierde lo viril, aún con los ademanes femeninos que describe Macleod. Es un predestinado, él, Bethune lo acepta. Mao Zedong lo va a confirmar en la factura de un héroe. No sólo los cristianos se confirman.

“Al ataque, Bethune está con nosotros”, era el grito de guerra de los soldados al entrar en acción. El cirujano de Gravenhurst ya era un héroe con atributos homéricos y de *La Biblia*.

Entre el azar y el destino, la tuberculosis puso la dirección de su vida en el Hospital Trudeau en el lago Saranac. Un templo para la meditación a la que había sido ajeno. La lectura y el mural que pintó lo redimían con sus recuerdos de infancia en los que empezó a sentir la predestinación. El miedo a la muerte lo sobrellevó con las sombras de la melancolía. La primera escena del mural es su existencia antes

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

de nacer. Al útero de su madre lo representa una caverna. Hay un reptil antediluviano con un hocico enorme, dientes afilados, el cuerpo rojo con alas de murciélago que representa la amenaza de una infección intrauterina a la que vence. Un letrero advierte de los peligros en los que se encuentra el embrión del héroe. La caverna oscura no tiene barreras contra los peores enemigos de la humanidad. De ese tugurio saldrá a combatirlos ya convertido en cirujano y guerrero.

En otra escena Bethune aparece como un niño que entra a la vida en los brazos de un ángel femenino, hermoso, con alas que resplandecen. Viste una túnica muy larga que vuela y ondula. Enfrente está el ángel del destino. Se sienta en un trono. Deja caer el papel de un rollo en el que está escrito el futuro del cirujano. Detrás hay varios ángeles. Flotan y leen el destino, dan la vuelta y se alejan llorando. “Me imagino que la predestinación es una reliquia de mis antepasados escoceses”, suponía Bethune.

El monstruo rojo de la infección lo perseguiría. Ya estuvo en la tuberculosis, en las heridas de la guerra de España, en las guerrillas de China: “Heridas como charcos resecos, endurecidas con barro marrón oscuro. Heridas de bordes cuarteados, coronadas de gangrena negra. Pulcras heridas, disimuladas bajo el absceso profundo, escarbando en los músculos firmes y alrededor de ellos, como un río maldito fluyendo alrededor de los músculos y entre ellos, como una corriente cálida. Heridas manando hacia afuera, orquídeas putrefactas o claveles pisoteados, terribles flores de carne. Heridas desde las que la oscura sangre brota a borbotones de coágulos, mezclada con las ominosas bur-

bujas de gas, flotando en la sangre fresca de la hemorragia secundaria que no cesa”.

El hervor es el aliento del *clostridium*, la bacteria que vive sin aire, que respira dióxido de carbono. Los ángeles videntes no han logrado contener al monstruo rojo de la caverna en el hospital del lago Saranac. *Clostridium*, el microbio de la gangrena que segará la vida del héroe cirujano al pie de las áridas montañas de Hebei.

“Desdichados los pueblos que necesitan de los héroes”, dice un personaje en el *Galileo* de Bertold Brecht. El filósofo e historiador inglés Thomas Carlyle es un creyente de los héroes, de Mahoma y de Thor. Dice que la historia sólo se puede comprender a través de los hombres extraordinarios. Es un culto a la autoridad que servirá para construir los andamios del fascismo, de las dictaduras, del poder paternal.

A la muerte de Bethune siguió la construcción de la República Popular China. La agricultura fue un fracaso, el hambre y las enfermedades mataban. Los médicos descalzos no pudieron contener, no tan sólo a la tuberculosis. Epidemias de bilhardiasis, gusanos que pasan al hombre de los caracoles de agua dulce y se alojan en el hígado mermaban a los chinos. Las ratas y las moscas dañaban a las plantas en suelos maltratados.

En Occidente los hospitales y fábricas crecieron con una tecnología que China no logró obtener. Aislada como un espectro comunista, se le creía una amenaza a la civilización. La República Popular empezó un acercamiento sigiloso con Canadá a finales de los años sesenta. Necesitaba trigo con urgencia, dinero, maquinaria. El dios de los negocios y de

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

la sangre que riega la usura, el que tanto criticó Bethune, sería la salvación de China. Se abrió el mercado agrícola a los granjeros canadienses. Faltaban dólares para el pago, los créditos urgían. En 1971 se establecen las relaciones bilaterales. Un año después, China regala una enorme estatua de Bethune. Los canadienses no lo conocían. Mao les descubre un héroe en el raquítico panteón de la mitología política de Canadá. Hubo un gran desconcierto. No se supo en un principio qué hacer con la estatua. Los políticos estaban tan perplejos como los historiadores. Carreras apresuradas entre los ministerios y universidades condujeron a la casa de Gravenhurst y se reconstruyó la historia del médico pródigo. Hoy es un museo. Canadá tuvo por fin un héroe de talla internacional, sin importar que fuera comunista. China a cambio recibió carretadas de trigo y de créditos en dólares.

Uno de los anhelos de Bethune ya se había cumplido en Canadá. El doctor J. Wendell Macleod, aquél que acudía al grupo de Montreal para socializar la medicina, creó la medicina socializada en Canadá. Sin eliminar la plusvalía ni la propiedad privada, con un Estado burgués, la clase obrera *llegó al paraíso*. Presbiteriano como Bethune, acopló las lecturas del evangelio con las necesidades de los trabajadores para tener mejores condiciones de salud. Era un médico destacado de la Universidad de McGill, director del Colegio de Medicina de la recientemente fundada Universidad de Saskatchewan, donde pregonó su evangelio social. Le llamaban “El Rector Rojo”. Con la influencia bethuniana, ya toda una corriente, organizó una huelga de médicos en 1962. Exigían un

trato digno y mejores salarios y prestaciones. Condujo el movimiento a la demanda de una medicina preventiva, gratuita para los obreros. Reclutó a los mejores médicos, a los más experimentados, a la élite de la academia y tuvo un buen éxito. No eran médicos descalzos.

A la llegada de Den Xiaoping al poder en China en 1977 empezó la desaparición de los médicos descalzos. En 1990 empezaron a ser vestigio. En el siglo XXI muchos se pasaron, para no extinguirse, a la práctica privada que prohibieron Mao y Sun Yat Sen. El tema es controvertido, algunos apuntes dan por cierto la disminución de la mortalidad infantil en menores de cinco años con la medicina sin sandalias. Estudios académicos no han podido establecer la relación del empirismo médico chino, con la disminución de la mortalidad en general. No cuenta el aumento de la mortalidad política con setenta millones de cadáveres producto de las purgas y de la Revolución Cultural. En China, la medalla Norman Bethune es el reconocimiento máximo al mérito médico. El Colegio Médico Norman Bethune es la facultad de medicina de la Universidad de Jilin. El Bethune International Peace Hospital, en Shijiazhuang, a donde fueron trasladados sus restos es un edificio inmenso, de medicina occidental y al frente tiene una estatua de Bethune, de gran tamaño y aplomo, con un pie que avanza, en el mejor estilo del realismo socialista. Miles de chinos viajan a Gravenhurst, vuelto santuario. No son muchos los canadienses que acuden a ese santuario o a los que dejó Bethune en China. La Ciudad Prohibida y la Gran Muralla les son más atractivos. Es un héroe que no ha penetrado demasiado en el corazón de Canadá a pesar de haber un

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

museo en la casa donde nació. Hay un pequeño grupo de médicos que han hecho una Alianza Canadiense Bethune Bai Qiu, más nostálgica que científica. Está la plaza Bethune en Montreal con la estatua que China donó. Se crea el Instituto Bethune para Estudios Antifascistas en Columbia Británica aliado con la Coalición Antirracista. Hay una serie de televisión, varios libros, biografías, decenas de artículos, películas, Donald Sutherland interpreta con exceso de bilis al cirujano en *Bethune: la creación de un héroe*. “Desgraciada es la tierra que necesita héroes”, confirma Galileo.

Gangrena y septicemia

Las inundaciones cayeron sobre los parajes de Bethune, un hospital se derrumbó. Bethune se desnudó para rescatar los bienes que flotaban antes de que la corriente se los llevara al río. La gente lo miraba absorta, divertida. Le contó al pueblo sus aventuras en los ríos de Ontario. Se hizo una cadena de aldeanos y algo se pudo rescatar. Cada medicina, un solo instrumento, vale una fortuna en medio de la nada. Quiere volver a Canadá para recaudar fondos. Necesita mil dólares en oro al mes. El Consejo de Ayuda a China lo considera negligente. Tendrá que negociar. Flaco, desgarrado, los dientes se le caen, está sordo de un oído, delgado, la vista menguada, demasiado alcohol acumulado, se jacta. No pierde prestancia aunque el porte esté algo desaliñado. Los campesinos ya no le llaman Bai Qiu, es simplemente El Anciano. Sus andanzas mujeriegas se abatieron. Excepto la enfermera Jean Ewen, no hay europeas a su alrededor.

El doctor Dwarkanath Shantaram Kotnis se ha casado con una china. Bethune no mira a las nativas. Para salir de Henin tendrá que caminar 800 kilómetros hasta Yunan y con suerte subir a un autobús que lo lleve a la Indochina francesa, de ahí tomar un paquebote a Hong Kong, luego un barco de carga a Honolulu para evitar Japón, el enemigo, y navegar en otro carguero hasta San Francisco. Será un viaje temporal, necesita el dinero. Volverá. Esos campos son su tierra, y volverá.

Por el momento: “Sueño con un café, un buen *roast beef*, un pay de manzana y un helado. ¡Veo espejismos de comida celestial! Libros. ¿todavía se siguen escribiendo libros? ¿La música se sigue escribiendo y se toca? Se baila, bebe cerveza y se va al cine? ¿Cómo se sienten las sábanas limpias y blancas? ¿Las mujeres continúan el amor por ser amadas?”

Gangrena, del griego *γάγγραινα*, *gangraina*, del latín *gangraena*, del verbo *grao*, devorar. La misma raíz de *gaster*, estómago. Que traga, digiere los tejidos, los infecta y deja esfacelos, pellejos muertos, un páramo de muerte, la necrosis.

“Y su palabra carcomerá como gangrena”, sentencia San Pablo para acusar a los estafadores. Gangrena, la infección del fascismo, la crueldad, que invade sin piedad a los pueblos y contra la que lucha Bethune en su vida ejemplar.

En noviembre de 1939, vísperas del viaje a Canadá, opera a un soldado con una pierna fracturada en la aldea de Shijiazhuang. Los *clostridia* rondan por todos lados, los estafilococos y estreptococos que también suelen

——— **Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones**

gangrenar. Gangrena, la hay de tres tipos, seca, húmeda, gaseosa. La que describe Bethune con más frecuencia es la de las burbujas, la que ataca en las trincheras. Empieza con una coloración de bronce por debajo de la piel, sube, se vuelve azul o negra, con humores malolientes que impregnan la ropa, la habitación. El dolor es tremendo en la región, luego se pierde la sensibilidad mientras el ataque avanza. La piel crepita, los gases forman ampollas, las bacterias respiran, quieren vivir. La presión sanguínea del enfermo cae, la infección viaja por la sangre, es ponzoña. El enfermo está confuso, estuporoso y muere. Ese día operaba sin guantes. Se cortó un dedo, lo metió en yodo por un rato. Al rato se empezó a hinchar, pasaron las horas. El equipo estaba absorto. Necesitaba una amputación urgente. Se debía aplicar de inmediato las enseñanzas que él daba en sí mismo. Los aprendices podrían amputarlo. No era una cirugía mayor. Lo habían visto amputar una y otra vez, brazos, piernas, un dedo era más sencillo. No se rebaja. Se niega. “En un médico que se trata a sí mismo el paciente es un estúpido”, decía el aforismo de Osler”.

Escribe, parecería un telegrama, a Lang Lin, un ayudante que habla inglés:

“Rivera norte de Tang Ho, cerca de Hua Ta, Hopei oeste. Noviembre 11 de 1939.

Ayer estuve en el frente. Estoy de regreso. No me sentí bien por allá. No pude levantarme del catre ni operar. Dejé el Hospital Central de Hopei en Shih Chia Chuang el día siete y vengo al norte. Se me infectó el dedo. Llegué a Tu Ping Ti por la noche, ya tarde. Luego al oeste y me uní al 3º Regimiento del Servicio Sanitario como a las 10

de la mañana del día siguiente, como a diez kilómetros de Yin Fang. Todo el día he tenido fiebre y escalofrío incontrolable. Temperatura alrededor de 39.6° C, muy mal. Dí instrucciones para que me informaran sobre cualquier caso con compromiso del abdomen, cráneo o de fractura de fémur. Al día siguiente, el nueve, vomité todo el día. Al día siguiente, el diez ordené al comandante que me regresara al hospital ya que estaba incapacitado para trabajar. Vomité en la camilla todo el día. Fiebre alta de 40° C. Creo que tengo una septicemia gangrenosa. No puedo dormir. Mentalmente estoy brillante. Fenacetina y aspirina, antipirina y cafeína son inútiles. Hoy vino el doctor Che'en. Si mi estómago se asienta regresaré mañana al hospital de Hua Pai. Muy rudo el paso por las montañas. Dolor en el corazón. Quiero verlo mañana. Espero. Norman Bethune".

Nadie encontró una bandera del Ejército Rojo. Cubrieron el ataúd con una de Estados Unidos. La gente se empezó a congregarse en torno a la casa humilde de un campesino en Huang Shikou el 13 de noviembre de 1939. Estaban detrás de los soldados del 8° Ejército de Ruta. El funeral duró cuatro días de andanzas por los caminos agrestes, senderos helados en la montaña, apenas sin detenerse y dando rodeos para evitar al enemigo. Dos veces se detuvo el cortejo para homenajear al difunto. Fue enterrado en el Cementerio de los Mártires Revolucionarios en Shijiazhuang. Diez mil campesinos cubrieron las laderas.

Lo que pudiera ser un testamento, lo dejó como indicaciones: Que el Consejo de Ayuda a China le dé algo de dinero a Frances Eleanor. Su responsabilidad con ella

——— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

era incuestionable. Para las tareas en medicina, cada año se tienen que comprar 250 libras de quinina, 300 de hierro para la malaria y la anemia. No comprar medicinas en Boading, cuestan el doble que en Hong Kong o en Shangai.

En una carta dirigida al mariscal Nie, le dice que esta vez se siente realmente mal y que tal vez le tenga que decir adiós para siempre. Le pide que envíe un reporte sobre su labor al Partido Comunista de Canadá y a las organizaciones que lo ayudaron.

Las dos cajas de instrumental quirúrgico son para el Ministerio de Salud Militar. Sus pájaros podrán repartirse entre los doctores y las escuelas. Para el mariscal son:

Los dos catres de campaña, los zapatos de Inglaterra. Para el comandante del distrito, las botas y los pantalones de montar. Sendas cobijas para sus dos sirvientes y el cocinero y “por favor mi cámara Kodak Retina II al comandante Sha Fei. No puedo escribir más. Norman Bethune. 04:20 pm, noviembre 12, 1939”.

FUENTES INFORMATIVAS

Phillip Borsos (director): *Bethune: The Making of a Hero*, Filmline International, 1990.

Cynthia Camacchio, Janet Golden, y Georg Weisz (eds): *Healing the World's Children, Interdisciplinary Perspectives on Health in the Twentieth Century*, McGill Queen's University Press, London, 2008.

Elias Canetti: *Masa y Poder*, Random House Mondadori, México, 2005.

Richard Cavendish: *Death of Ivan Pavlov, history today*, Vol 61, Febrero 2011.

Jung Chang y John Halliday: *Mao: la historia desconocida*, Taurus, México, 2006.

Adrienne Clarkson: *Extraordinary Canadians, Norman Bethune*, Penguin Canada, 2009.

Patrick Collard: *The development of Microbiology*, Cambridge University Press, 1976.

León Felipe: *¡Oh, este viejo y roto violín!*, Fondo de cultura económica, México, 1965.

Deon Filmer, Jeffrey S. Hammer and Lant H. Pritchett: *Weak Links in the Chain: A diagnosis of health policy in poor countries*, World Bank Res Obs, 2000.

John Glad: Hermann J. Muller's 1936 Letter to Stalin, *The Mankind Quarterly* 43 (3), Spring 2003.

Fermín Goñi: *El hombre de la Leica*, Espasa, Madrid, 2005.

Sidney Gordon, Tod Allan: *The scalpel, the Sword: The Story of Dr. Norman Bethune*, Durdun Pres, Toronto, 1952.

Larry Hannant: The politics of passion. Norman Bethune's writing and art, University of Toronto Press, 1998.

Louis Horlick: "J. Wendell Macleod: Saskatchewan's Red Dean", McGill-Queen's University Press, Canada, 2007.

Olive M. Johnson: "The overall brigade, Joe Hill History", internet.

Mary M. Leder: *My life in Stalinist Russia*, Indiana University Press, Indiana, US, 2001.

David Lethbridge: *The blood fights on in other veins. Norman Bethune and the transfusion of cadaver blood in the spanish civil war*, internet.

Jesús Majada Neila: *Norman Bethune*, Andalucía. Consejería de Cultura, Sevilla, 2008.

Jesús Majada Neila y Fernando Bueno Pérez: *Carretera Málaga-Almería* (febrero, 1937), Caligrama Ediciones, México, 2006.

Guido Majno: *The healing hand man and wound in the ancient world*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1975.

Mao Tse Tung: *Obras escogidas*, vol II, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1976.

James H. Marsh: *Norman Bethune: greatest canadian?* The Canadian encyclopedia, internet.

"Marx & friends in their own words", Internet.

Ramona Mc Kean: "Dr. Norman Bethune, China's canadian hero, fate or destiny?" (Part II), Internet.

Ramona Mc Kean: "Dr. Norman Bethune, China's canadian hero, fate or destiny? (part II)", internet.

Severiano Montero Barrado: "La colina del suicidio la XV brigada internacional en la batalla del Jarama", Internet.

Juan Moral Torres: "El Método español en el tratamiento de las heridas de guerra, (Técnica de Orr-Bastos-Trueta), Los médicos y la medicina en la Guerra civil española, Beecham, Madrid, 1986.

George Orwell: *Homenaje a Cataluña*, Penguin Random House, España, 2011.

John Pietaro: "Solidarity Forever: The IWW and the protest songs", Internet.

Igor J. Polianski: *Bolshevik disease and stalinist terror: On the historical casuistry of artificial pneumothorax*, MedHist. 59 (1), Cambridge (UK), 2015.

Paul Preston: *We saw Spain die: foreign correspondents in the Spanish civil war*, Constable & Robinson Ltd., London, 2008.

———— Norman Bethune: un cirujano en las revoluciones

Juan José Puigbo: *La fragua de la medicina clínica y la cardiología*, Universidad Central de Venezuela, Venezuela, 2002.

Jon Rohde, MDab, Prof Simon Cousens, Dip Maths Statc, Mickey Chopra, MBd, Viroj Tangcharoensathien, MDe, Prof Robert Black, MDf, Prof Zulfiqar A Bhutta, PhDg, Dr Joy E Lawn, MRCP [Paeds]d, h, i: 30 years after Alma-Ata: has primary health care worked in countries? *The Lancet*, Volume 372, Issue 9642, 13-19 Septiembre 2008.

Simon Sebag Montefiore: *Holocaust by hunger: The truth behind Stalin's great famine*, Mailonline.

Henry Ernest Sigerist: *Man and medicine: an introduction to medical knowledge*, W.W. Norton & company, inc., NY, 1932.

Milagros Soler Cervantes: "Henry Norman Bethune: Un médico canadiense en la Guerra Civil Española", internet

Spartacus Education: *The Spanish Civil War, International Brigades*, internet.

Jonathan Spence: *To change China: western advisers in China, 1620-1660*, Penguin Books, Harmondsworth, Middlesex, 1980.

Roderick Stewart y Sharon Stewart: *The life of Norman Bethune*, Montreal: McGill-Queens University Press.

Roderick Stewart y Jesús Majada: *Bethune in Spain*, McGill-Queen's University Press, 2014.

Paco Ignacio Taibo Lavilla: *Con el mar por medio: antología de poesía del exilio español*, Semana Negra, Gijón, 2003.

Paco Ignacio Taibo II (ant.): *Padrecito Stalin, no vuelvas*, Rosa Luxemburgo Stiftung y Para leer en Libertad A. C., México, 2013.

Laurie Tarkan: "Arrogant and mistakes: Arrogant, abusive and disruptive — and a Doctor", *The New York Times*, 1 diciembre, 2008.

Hugh Thomas: *La Guerra Civil Española*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1995.

Josep Trueta: *Treatment of war wounds and fractures: with special reference to the closed method as used in the war in Spain*, Hamish Hamilton, London 1939.

Max Weber: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Colofón, México, 2007.

"Western medicine in China", Presbyterian Historical Society, Philadelphia, PA, Internet.

John Wilson: *Norman Bethune*, XZT Publishing, Montreal, 1999

Tom Wintringham: *We're Going On! The Collected Poems*, Smokestack Books, UK, 2006.

Milton Wolf: *Otra colina*, Ediciones Barataria, Barcelona, 2005.

Peter Wyden *La Guerra apasionada: La historia narrativa de la Guerra Civil Española*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1983.

Eduardo Monteverde

Nació en la ciudad de México en 1948. Narrador, periodista, cineasta y médico patólogo. Estudió en la facultad de medicina de la UNAM y se especializó en patología en el Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán y el Instituto Nacional de Pediatría. Fue alumno de la Carl Max Universitat y egresado del CCC. Durante más de 25 años ha ejercido el periodismo. Ha sido profesor de redacción en la UNAM. Colaborador de *El Financiero*, *La Crisis* y *La Prensa*. Premio Rodolfo Walsh 2005 por *Lo peor del horror*, en la Semana Negra de Gijón.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de enero del año 2016

Para su distribución gratuita y es cortesía de
Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.